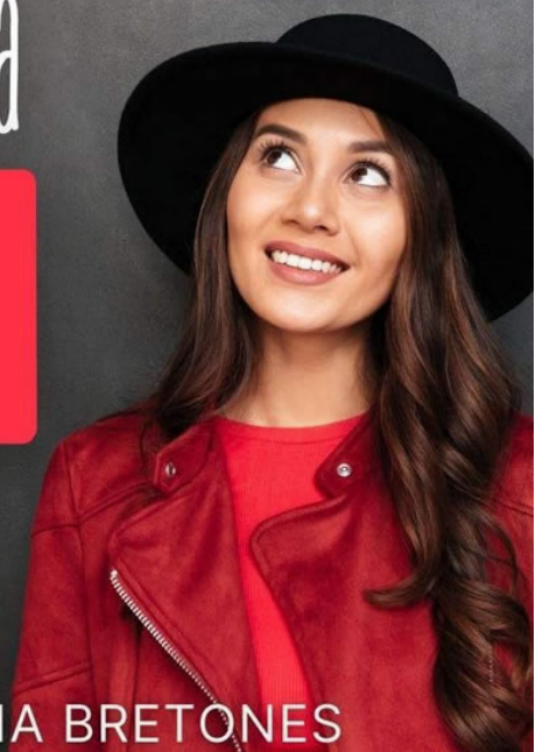
Lo que sucedió cuando todo se fue a la M



INMA BRETONES

¿Crees en el destino? ¿Y en las segundas oportunidades?

Violeta es una chica a la que la vida no la ha tratado demasiado bien. Pero, lejos de tirar la toalla, sigue adelante. Está convencida de que el destino le tiene reservado esa felicidad y ese amor verdadero que siempre creyó que le pertenecía y eso es lo que le revela el Tarot. ¿Se harán realidad las predicciones de las cartas?

Matías un atractivo chico de profundos ojos claros, quien ha tenido que luchar mucho en su vida para salir adelante. Busca una habitación en alquiler y poder continuar adelante. Quizá este sea el momento de que todo, al fin, empiece a ir como siempre ha deseado.

¿Qué tendrán en común los destinos de Violeta y Matías? ¿Estarán destinados a compartir el camino de la vida?

Una historia llena de emoción, amor, risas y dulzura como la vida misma.

Lo que sucedió cuando todo se fue a la M, una historia de segundas oportunidades.

Inma Bretones

Lo que sucedió cuando todo se fue a la M

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2023

Título original: *Lo que sucedió cuando todo se fue a la M*
Inma Bretones, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

X ANIVERSARIO

EPUBLIBRE

A todos aquellos que creen en las segundas oportunidades.

Capítulo 1

No me puedo creer que viniese a vivir a Fontplana por él. Yo que soy urbanita hasta la médula y que nunca me imaginé viviendo entre montañas, rodeada de gallinas y cuidando de un huerto, aquí me veo, en el campo.

Sin pararme a pensarlo demasiado, vine a vivir a una masía que se caía a trozos y que he tenido que arreglar de arriba abajo. Además, tuve que dejar mi casa, a mis amigos y a mi padre, para que Gonzalo fuese feliz, olvidando mis sueños a cambio de que él hiciese el suyo realidad.

Hasta que me marché a la montaña, siempre había vivido en Barcelona. Para ser exacta, en Poblenou, una zona cercana al mar, cada vez más de guiris, pero que, por suerte, aún mantiene ese ambiente de barrio con gente de toda la vida.

Con Gonzalo llevo un montón de años, exactamente doce. Empezamos a salir cuando ambos teníamos dieciocho y justo estábamos en primero de carrera. Estudié Fisioterapia y él Ingeniería Industrial.

Cuando acabamos la universidad nos hacía mucha ilusión trabajar en lo que habíamos estudiado, aunque no era demasiado fácil en aquellos tiempos. Yo logré hacer alguna sustitución en centros de fisioterapia, pero Gonzalo nunca llegó a conseguir nada de lo suyo. Ser ingeniero industrial en plena crisis económica, hacía que las perspectivas de encontrar trabajo no fueran demasiado buenas. Ya se lo habían dicho varios profesores en la facultad, o se iba a Alemania o aquí lo tendría un poco crudo. Sin embargo, para él marchar del país no entraba en sus planes. Así que no le quedaba otra opción que continuar trabajando de camarero, el mismo trabajo y en el mismo bar donde había estado sirviendo mesas desde el último año de instituto. Pero estaba tan harto de poner copas y aguantar a su jefe, que un día me propuso algo a lo que él

llevaba dándole vueltas desde hacía mucho tiempo.

—Julieta, he hablado con mis tíos —me dijo con una sonrisa radiante y de oreja a oreja, como hacía mucho que no le veía.

—¿Con tus tíos? —pregunté arrugando el entrecejo.

—Sí, los que tienen la casa en Fontplana.

—Uy, que ya sé por dónde vas —le contesté, suponiendo lo que me iba a decir.

—Me han dicho que sí —me respondió muy sonriente.

—Sí, ¿a qué? —dije alzando las cejas.

—A que nos dejan irnos a allí.

—Pero, Gonzalo, ¿te has vuelto loco? —respondí sorprendida.

—Loco, no, solo quiero hacer realidad mi sueño.

—¿Aunque sea a costa de nuestra relación? —le pregunté de forma tajante y con los ojos anegados de lágrimas.

—No, Julieta, quiero que vengas conmigo.

—¿Y mi trabajo? Allí, en Fontplana, ya sabes que no hay nada y todos los centros de fisioterapia están a varios kilómetros del pueblo —le dije con cara de fastidio.

—Bueno, pues vas en coche y cuando no trabajes me ayudas en el huerto —respondió levantando los hombros, como si fuera normal que yo aceptase sin protestar.

—Pero si yo no tengo ni idea de huerto. Además, así de sopetón, este cambio de vida sin esperarlo… —Resoplé.

—Va, si estarás encantada. Además, a trabajar en el huerto aprenderás rápido; si es muy fácil. —Sonrió pasándome el brazo por el cuello para acercarme hasta él—. Siempre te han gustado los animales y el campo, no me vengas ahora haciéndote la remilgada.

—Una cosa es que me gusten los gatos y salir a caminar por la montaña de vez en cuando, y otra irme a vivir al campo. Además, aquella casa está alejada de todo, no hay gente joven, porque todos se han ido a la ciudad, ni médicos cerca, ni nada. ¿Qué pintamos nosotros allí? —le dije intentando zafarme del brazo que me acercaba a su cuerpo.

—Julieta, es la manera de estar juntos y olvidarnos de esta porquería de crisis económica que mira cómo nos tiene: sin trabajo y sin un duro —me dijo volviendo a abrazarse a mí y besándome en el cuello en un intento de convencerme.

Desde hacía años, la ilusión de Gonzalo era irse a vivir a Fontplana.

Aquel era un minúsculo pueblo perdido en el Montseny, donde sus tíos tenían una masía. Hacía mucho que no iban y, antes de que se cayera a trozos, se la habían ofrecido para que la cuidase. Además, así contribuían a que pudiera cumplir su sueño: dedicarse al cultivo de verduras ecológicas.

Yo no tenía nada que ver con eso, porque lo mío eran los pacientes y las camillas, pero el amor, la juventud y la insistencia de Gonzalo acabaron convenciéndome. Así que, en 2011, hice las maletas y me marché de casa de mi padre a vivir con Gonzalo entre montañas.

Alquilamos una furgoneta, donde metimos todas nuestras maletas y algunos muebles que nos dieron sus padres y el mío. No sabíamos lo que nos encontraríamos en la casa, pero la ilusión que movía a Gonzalo o, quizá, la inexperiencia o la ignorancia de cómo funcionaba el mundo que íbamos a encontrarnos, hizo que nos fuéramos a vivir al campo con cuatro cachivaches y con el puñado de euros que teníamos, que, la verdad, era más bien escaso.

Cuando llegamos a Fontplana, donde yo no había regresado desde hacía mucho y por eso no recordaba demasiado la casa, me sorprendió lo grande que era la masía, aunque también lo destrozada que estaba. Por lo visto, Gonzalo había acordado con sus tíos que, a cambio de que nos dejaran vivir sin pagarles nada, nos encargaríamos de convertir en habitable aquella casa, que parecía que se iba a caer de un momento a otro. Cuando la vi, no me podía creer que entre aquellas cuatro paredes cubiertas por un techo, que rogué porque aún aguantase las inclemencias del tiempo, fuésemos a vivir de entonces en adelante.

—Aquí hay mucho trabajo por hacer, Gonzalo. —Resoplé preocupada con los brazos en jarras y mirando a mi alrededor.

—Bueno, lo haremos poco a poco, no te preocupes —contestó acercándose a mí por la espalda y abrazándome desde detrás—, pero, a cambio de eso, fíjate en todo lo que tenemos alrededor, mira cuánto campo para cultivar y qué tranquilidad —seguía hablando mientras caminaba hacia el exterior de la casa—. Mira, Julieta, ven y respira este aire tan puro, aquí no hay coches ni ruidos como en Barcelona.

La verdad es que era un lugar muy bello, pero a mí se me hacía francamente difícil imaginarme viviendo allí para siempre o, al

menos, por mucho tiempo. Respiré hondo y, mirando las montañas que nos rodeaban, me dije que a partir de aquel momento centraría mis esfuerzos en adecentar aquella casa tanto como estuviese en mis manos. Debía conseguir tener una vida lo más confortable posible, mientras Gonzalo se encargaba de sacar adelante su negocio de cultivo de verduras ecológicas.

Después de un par de años, parecía que el negocio de Gonzalo comenzaba a funcionar. Yo también había empezado a hacer alguna sustitución esporádica en centros de fisioterapia de la zona, aunque estaban a bastantes kilómetros de donde vivíamos, pero, al menos, eso me sacaba de la tediosa rutina de mi día a día.

En Fontplana había poco que hacer. Junto al ayuntamiento, que estaba en el centro del pueblo, había algunos negocios, pero las casas estaban repartidas por la montaña, por lo que no era nada fácil hacer vida social. Yo me recluí bastante en la masía y me concentré en dejarla en las mejores condiciones posibles, tal y como me había propuesto el día en que llegué, lo que hizo que me convirtiera en toda una manitas. Hice casi todos los arreglos del interior de la casa yo sola; así, los días eran más divertidos y entretenidos. De vez en cuando, en momentos en los que Gonzalo tenía mucho trabajo, le echaba una mano en el huerto, o cuidaba de nuestras gallinas o jugaba con Mini, mi gata pelirroja.

A Mini la encontré cuando era un cachorro, abandonada en un camino cercano a la casa. Por lo visto, algún desalmado la había dejado allí poco después de nacer. Cuando la vi con los ojitos cerrados y el cordón umbilical aún sin cortar, la llevé rápidamente al veterinario del pueblo.

—Está muy flojita —me dijo el veterinario apretando los labios.

—¿Pero se va a morir? —le pregunté preocupada.

—Yo no me haría muchas ilusiones, el animal está muy débil… Si quieres intentarlo le has de alimentar con biberón, aunque te aviso de que estarás todo el día y la noche dándole de comer —me explicó mirando a Mini hecha un ovillo encima de la mesa de acero inoxidable de la consulta.

No dudé ni un minuto en que aquella gatita tenía que sobrevivir. Así que me marché de la consulta veterinaria con Mini tapada con una toalla en un brazo y con una bolsa con un bote de leche en polvo para gatitos y un biberón en el otro.

Tal y como me había advertido el veterinario, los primeros días fueron difíciles. Viví pendiente de ella con el miedo de encontrármela muerta en cualquier momento. Pero cuando después de algo más de una semana empezó a abrir los ojitos, tuve la corazonada de que lo habíamos conseguido y que Mini había llegado para quedarse. A partir de entonces la vida en la masía con ella fue más divertida.

Con el paso del tiempo, Mini acabó convirtiéndose en una gata juguetona y muy cariñosa, que me seguía a todos lados y que dormía a mis pies. Era como si tuviera un perro, pero con forma de gato, me decía siempre Gonzalo, y la verdad es que tenía toda la razón.

Capítulo 2

Pasaron ocho años hasta que el negocio de verduras ecológicas a domicilio de Gonzalo empezó a funcionar a pleno rendimiento. Incluso tuvo que contratar a Mohammed, un marroquí que iba de masía en masía de Fontplana haciendo de jornalero, para que le echase una mano con el huerto en los momentos de más trabajo porque solo con él y conmigo no conseguíamos hacer todo el trabajo que el huerto requería. Mientras mi chico y yo nos encargábamos de preparar y llevar los pedidos semanales a los clientes, Mohammed hacía el trabajo del campo.

Gonzalo estaba feliz de ver que había logrado hacer su sueño realidad. Sin embargo, yo me sentía hastiada de vivir allí. Me gustaba la naturaleza y me había acostumbrado a vivir en la masía, pero me resultaba muy difícil poder trabajar como fisioterapeuta. Las reformas de la casa, cuidar a Mini, ayudar en el huerto, cuidar de mis gallinas y hacer de canguro las noches los fines de semana me sabía a poco. Había dejado de lado mi vida y mi profesión y eso empezaba a pesarme demasiado.

Además, se acercaba el verano, que era cuando Gonzalo tenía más trabajo y en los centros de fisioterapia bajaba bastante el volumen de faena. Según me decían los jefes de los centros a los que iba a hacer sustituciones: «Los pacientes, cuando llega el buen tiempo y el momento de ir a la playa, se olvidan de que les duele la espalda». Por lo que a mí poco me quedaba por hacer además de arreglar la casa, que a aquellas alturas ya estaba bastante adecentada, cuidar de las gallinas, jugar con Mini y leer.

En pleno mes de junio y con el calor que empezaba a hacer en Fontplana, llamé a Montse. Ella era la esteticista del pueblo y hacía muchos años que nos conocíamos, tantos como los ocho que hacía que nos habíamos mudado allí. Nos llevábamos muy bien y siempre nos reíamos mucho cada vez que nos veíamos. Así que la llamé, y le

pedí hora para que me depilara. Además, ese mismo fin de semana en que se había acabado el colegio justo antes de la verbena de San Juan, abrían la piscina municipal y me apetecía darme un buen chapuzón, porque empezaba a hacer calor de verdad. Así, al menos, tomaría el sol, me refrescaría y podría leer y descansar tumbada en el césped sobre mi toalla. Montse me dio hora para aquella misma tarde: «A eso de las cuatro, te vienes», me dijo cuando la llamé.

Montse tenía treinta y ocho años, ocho más que yo. Era la típica rubia teñida que se pasaba media vida en el gimnasio, a pesar de que para ir tuviera que conducir varios kilómetros. También era la típica tía buena del pueblo, de quien las malas lenguas decían que se había tirado a todos los chicos de Fontplana y alrededores. Sin embargo, a pesar de todo lo que decían de ella, le tenía mucho cariño y confianza. Era de las pocas mujeres de Fontplana con las que se podía hablar abiertamente de cualquier tema sin temor a que se escandalizase ni a que me juzgara o eso, al menos, me parecía a mí. Así que siempre le había explicado mi vida junto a Gonzalo, a lo que ella respondía: «Sí, tu *noviodetodalavida*», y yo me reía. Ella siempre me animaba a que fuera más alocada y que dejase de hacer lo que se esperaba de mí y de sacrificar mi vida por la felicidad de él. En el fondo, sabía que tenía razón, pero no me sentía capaz de dar ese paso.

—Gonzalo lleva un tiempo un poco raro —le dije mientras me tumbaba en la camilla para que pudiera depilarme.

—¿Cómo que raro? —preguntó sin dejar de remover la cera.

—Sí, no sé, distante, me rehúye. —Levanté y bajé los hombros.

—¿Y ya lo has hablado con él? Porque las cosas claras y el chocolate espeso —me respondió mientras comprobaba que la cera estuviese a la temperatura adecuada.

—Bueno, cuando quiero hablar con él siempre me dice: «Mañana hablamos, estoy cansado, hoy he trabajado mucho en el huerto» —respondí resoplando.

—¡Qué sosos son los hombres, nena! —contestó mientras cogía un poco de cera con la espátula.

—Y tan soso, ni me acuerdo de la última vez que lo hicimos.

—¿Qué dices? ¿En serio? —preguntó con cara extrañada.

—Y tan en serio. —Resoplé.

—Pues yo tengo la solución a eso —me dijo con una sonrisa

picarona.

—¿Ah, sí?

—Te voy a hacer una depilación integral —me dijo guiñándome un ojo—, nada de ingles normales, ni brasileñas, ni *na* de *na*.

—¿Cómo que *na* de *na*? —le respondí incrédula.

—Tú déjame hacer y ya verás. Cuando llegue a casa esta noche del huerto, se lo enseñas, y cuando te vea sin *na* de *na* se va a volver loco.

Yo solo podía reírme ante las ocurrencias de Montse, pero acepté su propuesta. Tampoco tenía nada que perder, y como decía ella: «Es pelo, si no le gusta, crece».

—Oye, ¿por qué no me tiras las cartas? —le pregunté a Montse cuando acabó de depilarme y mientras me ponía crema de aloe vera por la zona, que tenía irritada por los tirones.

Montse me había echado las cartas muchas veces en esos ocho años que hacía que nos conocíamos. Siempre había acabado acertando en sus predicciones, por lo que confiaba ciegamente en lo que me contaba que las cartas del tarot le decían.

—Uy, ¿qué quieres saber? Los pelos te van a crecer seguro, ¿eh? no se te va a quedar así para siempre —bromeó, a lo que yo le contesté con una sonora carcajada.

—Quiero saber cómo nos irá a Gonzalo y a mí. Le veo tan raro, que estoy preocupada porque le esté pasando algo y yo no me esté enterando.

—Bueno, yo si quieres te echo las cartas, pero que sepas que los hombres son más raros que nosotras por mucho que digan ellos. —Rio la rubia recogiéndose el pelo con una pinza de color caramelo.

—No, si eso ya lo sé, pero igualmente…

—Que sí, que sí, que yo te las echo. Va, que monto el chiringuito mientras te vistes —me dijo dándome la mano para ayudarme a bajar de la camilla.

Mientras, sacó de la estantería donde guardaba la caja plateada en la que tenía todo lo que necesitaba y extendió sobre la camilla el tapete de terciopelo granate decorado con estrellas, lunas y los signos del zodiaco de color dorado. Yo me vestía sin perder detalle del ritual que mi amiga seguía con el gesto serio y ensimismado.

A pesar de que intentaba concentrarme en lo que hacía Montse, no podía evitar notar un escozor que me latía a la altura de las

ingles, sentía la zona muy caliente y, por lo que había visto antes de bajarme de la camilla, estaba muy enrojecida. Pensé que en cuanto llegase a casa volvería a ponerme la crema de aloe vera, a ver si conseguía calmar aquella quemazón y rebajar la temperatura.
Después de extender el tapete, bajó las luces de la salita donde estábamos y paró la música. Encendió un par de velas blancas y colocó dos taburetes, uno a cada lado de la camilla. Yo, que ya me había vestido, me senté frente a ella. Montse se concentró respirando profundamente y barajó las cartas.

Barajaba el tarot con destreza. Me quedé hipnotizada mirando cómo sus uñas rojas de gel se paseaban arriba y abajo acariciando las cartas con maestría. Montse nunca me había explicado qué susurraba mientras barajaba, pero yo estaba convencida de que murmuraba alguna oración para ponerse en situación.

—Va, vamos a empezar. ¿Estás concentrada? —dijo mirándome a los ojos y esperando mi respuesta.

—Sí —respondí expectante.

—Julieta, ya sabes, corta la baraja por donde quieras, separa dos montones y elige uno.

—Ay, sí, siempre me quedo parada sin saber qué tengo que hacer —le respondí con una sonrisa tímida.

—Parece mentira, Julieta, que a estas alturas aún te lo tenga que explicar todas las veces que te tiro las cartas —bromeó.

—No me eches la bronca, que me pongo más nerviosa. —Reí.

—Venga, estate tranquila que las cartas no se comen a nadie —me contestó mientras observaba como yo elegía el montón de mi derecha.

Montse empezó a disponer los naipes sobre el tapete, en filas de siete y unas junto a las otras. Yo solo me atrevía a suspirar mientras veía cómo iba apareciendo carta tras carta. A medida que colocaba los naipes, ponía caras y susurraba palabras que no alcanzaba a entender. Cuando acabó de repartirlas sobre el tapete granate, empezó a leerlas:

—Mira, Julieta, las cartas que te salen son muy contundentes.

—¿Me tengo que asustar?

—No, asustarte no, pero ya sabes que ellas nunca se equivocan.

—Ya, por eso digo, ¿qué es eso que dices de contundente? Suena fatal…

—Mira, aquí te sale una traición de un hombre.

—Ves, ya te decía yo que Gonzalo está muy raro desde hace tiempo.

—Bueno, espera, porque justo al lado te aparece un renacer y la incertidumbre.

—¿Y eso qué significa?

—Que después de esa traición, tú te vuelves grande, sacas tu potencial, aunque eso hará que te surjan muchas dudas.

—Pues estamos bien. —Suspiré.

—Espérate, mira, y aquí te sale la disyuntiva. Tendrás que elegir, pero por lo visto eliges bien, porque date cuenta de la carta que tienes aquí: la estrella, el triunfo. Esta carta es buenísima, y más donde está, porque te dice que te van a salir bien las cosas, después de todo…, ¡triunfas! —me dijo mirándome a los ojos.

—Jo, Montse…

—Pero, niña, ¿qué más quieres? Si estas cartas son buenas, mira cómo acaban —añadió señalando con su larga uña roja el último naipe.

—Ya, ya, pero mira cómo empiezan… —dije alzando las cejas.

Montse no me respondió.

—¿Y esto cuándo va a ser? —le pregunté intrigada.

—Hombre, ya sabes que las cartas no son exactas con el tiempo en el que pasarán las cosas que cuentan, pero, por lo que parece —calló pensativa—, será en breve, sí, no creo que tarde mucho en suceder… —dijo golpeando de nuevo con la uña de su dedo índice cada uno de los últimos naipes.

De regreso a casa, no pude evitar darle vueltas a lo que acababa de vaticinarme mi amiga. Lo que más me preocupaba era eso de la traición y el renacer. No podía dejar de preguntarme qué me iba a pasar. ¿Gonzalo me iba a traicionar? ¿O quién sería capaz de hacerme algo así? ¿Iba a renacer? ¿Yo? ¿Gonzalo? ¿Renacería por la traición? ¿Pero ese renacer me causaba una incertidumbre? «Más incertidumbre de la que siento en este momento, no creo que me toque vivirla», me dije.

No paraba de darle vueltas a cada uno de los arcanos que me habían aparecido. Lo único bueno era que, por lo que parecía, todo acababa en un triunfo, en algo bueno para mí, o eso esperaba.

Cada vez que Montse me había tirado las cartas, me resistía a

creer lo que me decía, por miedo a que se hiciese realidad, pero la cuestión es que de una u otra manera siempre acababa acertando. Sin embargo, el temor hizo que aquella tarde intentase convencerme de que, por una vez, mi amiga se había equivocado. No veía posible que en mi vida cupiese una traición que me provocase un cambio y eso un renacer, un volver a empezar… «No, no puede ser», me decía mientras el calor de la tarde hacía que el sudor resbalara desde mi cuello hasta el centro de mis omóplatos.

Capítulo 3

Hacía tanto calor que no paraba de sudar, y eso hacía que tuviese la dermis de las piernas y la entrepierna aún más enrojecida después de la depilación. Siempre había tenido la piel muy sensible, pero desde que vivía en la montaña, no sé si por lo riguroso del clima en invierno, aún la tenía peor. Así que, en cuanto llegué a casa, me di una ducha con el agua tan fría como la soporté. Al salir, me hidraté todo el cuerpo a conciencia con la crema de aloe vera, concentrándome especialmente en la zona de la entrepierna.

Eran casi las siete de la tarde, la hora en que acostumbraba a llegar Gonzalo de trabajar. Hacía unos meses que regresaba cansado, sudoroso y con ganas de no hacer nada más que tumbarse en el sofá, encender la televisión y olvidarse del mundo. A mí apenas me decía un *ya estoy aquí*, y con eso tenía que darme por saludada, abrazada, besada y todo aquello que yo echaba tanto de menos de él.

Sin embargo, me había propuesto que la situación cambiase y estaba dispuesta a contradecir a las cartas de Montse y que, aunque solo fuera por una vez, no tuvieran razón.

Quería que mi día a día cambiase, pero a mejor, y siempre de la mano de Gonzalo, por supuesto. Después de tanto tiempo juntos, no podía, ni quería imaginarme con nadie más y estaba convencida de que Gonzalo sentía lo mismo que yo.

Así que, cuando comprobé que estaba tumbado en el sofá frente a la tele, fui hacia nuestra habitación, me desnudé y me puse un camisón muy *sexy* que guardaba desde hacía tiempo. Tenía la certeza de que a Gonzalo le encantaría, porque era muy transparente y dejaba poco a la imaginación. Además, me lo puse sin ropa interior, algo que sabía que le volvía loco.

—Gonzaaaaalo —le llamé desde la habitación con voz alegre y

sensual.

Él no me respondió.

—Gonzaaaaaaaaaaloooooooooo —volví a llamarle, esta vez con más fuerza.

Continuaba sin responderme y, además, escuché como subía el volumen del televisor. Así que decidí acercarme hasta el salón y plantarme delante de él, para que me hiciera caso de una vez por todas.

—Gonzaaaaalo —le dije sensualmente desde la puerta del comedor.

—¿Quéééééééé? —me respondió, sin dejar de mirar la pantalla.

—Miraaaaa —le dije con la voz más sexi que pude.

—Ay, Julieta, déjame, que quiero ver la tele tranquilo —respondió sin apartar los ojos de ella.

Yo estaba dispuesta a sacar partido a los tirones que Montse me había dado en la entrepierna, así que, sin dejarle alternativa, me puse delante de él.

—Quita, anda, no te pongas delante —dijo sin ni siquiera mirarme.

Cansada de que me ignorara, me subí el camisón y puse un pie sobre el sofá, dejándole ver mi entrepierna totalmente depilada.

—Sorpresaaaaaaa —le dije con una gran sonrisa y con voz sensual.

—Julieta, pero ¿qué te has hecho? —me dijo abriendo los ojos como platos.

—Me he hecho una depilación integral, ¿te gusta?

—Me encanta —dijo acercando su mano para tocarme.

—Está suave, ¿verdad?

—Mucho… Buff, Julieta, me pone mucho verte así…

—Pues todo para ti —le dije sentándome a horcajadas sobre él.

Él me agarró de las nalgas y me puso sobre su boca y no paró hasta que me regaló un orgasmo como hacía meses que no hacía. Cuando acabamos, nos besamos compartiendo mi sabor.

—Ahora me toca a mí, guapo —le dije llevando mis manos hasta su entrepierna.

—Espera que me doy una ducha, que vengo sudado del huerto.

—No tardes, ¿eh? —le dije, abriéndome de piernas en el sofá para que viese lo que le estaría esperando cuando saliera del baño.

—Ni te muevas… —me respondió con la voz ronca por la excitación y sin dejar de mirar mi sexo.

Mientras esperaba a que se duchase, apagué la televisión y decidí poner música suave de fondo con el móvil. Busqué mi teléfono, pero entonces recordé que lo tenía dentro del bolso en el coche y con el modelito que llevaba, no me atrevía a salir fuera de la casa. Así que como vi el teléfono de Gonzalo tirado sobre el sofá, decidí cogerlo para buscar alguna lista de reproducción con música romántica o algo por el estilo. Cuando tuve el teléfono entre las manos, vi que la pantalla se encendía. Supuse que debía ser algún mensaje con un meme o chorradas por el estilo de los mil grupos de WhatsApp en los que estaba. Como sabía que Gonzalo aún tardaría un rato en salir de la ducha, decidí mirarlo y echarme unas risas. Pero para mi sorpresa descubrí que alguien llamado «M» le estaba escribiendo mensajes, en los que sorprendida leí:

«Me ha encantado lo de antes, guapo».

«Te echo de menos y me muero de ganas de volver a repetirlo».

«Me vuelves loca».

«Mañana vienes a mi casa por la mañana y repetimos lo que hemos hecho hace un rato, que me muero de ganas».

No daba crédito a lo que leía en las notificaciones del teléfono. Decidí entrar en WhatsApp para saber quién se escondía tras esa tal «M» Abrí la aplicación e incrédula entré en la conversación. Agrandé la imagen de perfil de la interlocutora de Gonzalo. Cuando vi aparecer en la pantalla a Montse, a mi esteticista, la que creía mi amiga desde hacía un montón de años, a la que había confiado todos mis secretos y problemas con Gonzalo, no podía ni pestañear ni respirar.

Mis ojos abiertos de par en par se atrevieron a seguir leyendo la conversación que habían tenido días anteriores. Entre otras delicias, el que era mi novio desde que teníamos diecisiete años, le decía que no podía dejar de pensar en ella, que era la mujer de su vida y que esa misma semana empezaba a hacer las maletas para irse a vivir juntos.

Me senté en el sofá, mareada, aturdida, con el estómago hecho un puño y con los ojos a punto de estallar en lágrimas. La rabia me comía por dentro y era incapaz de hacer nada más. Intenté relajarme y respirar, pero la mirada se me iba al teléfono, donde no

podía parar de leer mensajes y más mensajes de aquel estilo.

¿Es una broma? ¿Una pesadilla? No, definitivamente, esto no puede ser verdad, me repetía una y otra vez.

Capítulo 4

Por mucho que me costase creerlo, aquello no era una broma. Seguí haciendo *scroll* en la conversación e incluso vi imágenes de ellos dos juntos, selfis vestidos y entre las sábanas. Imágenes, de la que había considerado mi amiga durante años, que, según ella misma le decía al que creía mi pareja durante todo este tiempo, se las enviaba para ponerle a tono para cuando fuese a visitarla a su casa.

No lo podía creer. La mujer con la que había pasado buena parte de la tarde, que me había tirado las cartas del Tarot y que me había asegurado que iba a vivir una traición, era la misma que estaba viendo en el teléfono de mi novio besándolo y con poca ropa.

Las lágrimas me inundaban los ojos y se deslizaban por mi cara, hasta caer sobre la pantalla del móvil.

—Vaya, has puesto velas y todo, ¡qué romántica! Pensaba que con eso que me has enseñado antes, solo querías sexo salvaje —dijo Gonzalo riendo mientras se acercaba por el pasillo.

No le contesté, no podía.

—Pero ¿qué te pasa a ti ahora? —añadió sorprendido al verme llorando.

Yo no podía hablar. La rabia que me trepaba por la garganta desde el estómago me impedía articular palabra. Solo pude acercarme hasta donde estaba y ponerle la pantalla de su teléfono delante de los ojos, mostrándole la conversación con Montse.

—¿Qué haces? —me gritó, arrebatándome de un tirón el teléfono de la mano con la cara desencajada.

Dominada por la rabia, el dolor aún no, porque ese llegaría cuando estuviese a solas y pudiese asimilar lo que acababa de vivir, le grité rasgándome la garganta:

—No quiero volver a saber nada de ti, recoge tus cosas y desaparece de mi vida inmediatamente —le chillé roja de rabia.

Él, desnudo y con la cara desencajada, cada vez se acercaba más

a mí hecho una furia.

—La que tiene que desaparecer de aquí eres tú —me respondió también gritándome—. Te doy una semana para que te vayas. Recuerda que esta es mi casa y no tuya —me susurró acercándose mucho a mi cara.

Gonzalo me recordaba que aquel lugar, donde habíamos vivido durante los últimos años y que yo había arreglado con cuidado y estima, pertenecía a su familia y que, por tanto, la que sobraba era yo. Si alguien tenía que irse de aquel lugar no era él.

—Se te tendría que caer la cara de vergüenza por haberme engañado, y, además, con Montse, con la que yo creía mi amiga. No me lo puedo creer, no me lo puedo creer… —repetía yo entre hipidos.

—Me he enamorado de ella, ¿qué quieres que le haga? —me respondió levantando de nuevo la voz.

—No engañarme, ¿por ejemplo? —le grité.

—Pensaba decírtelo. Estaba a punto de decírtelo.

—¿Antes o después de follarme hace un rato? —le dije con la cara cubierta por las lágrimas que no dejaban de salir sin control de mis ojos.

—Esta semana pensaba decírtelo.

—No digas más mentiras, no te permito ni una más. Vístete y vete, yo en una semana estaré fuera de esta casa, no te preocupes —le dije sin saber muy bien cómo lo haría, pero convencida de que sería así.

En menos de media hora, Gonzalo salía por la puerta con un par de bolsas de deporte llenas con sus cosas. Supongo que con lo suficiente para estar fuera hasta que yo me marchara de allí para siempre.

Perdí la noción del tiempo que estuve sentada en el sofá. No podía dejar de llorar. No sé en qué momento me levanté para ir a buscar pañuelos de papel para secarme las lágrimas y limpiarme la nariz, porque apenas podía respirar. También aproveché para ir a la habitación y ponerme unas braguitas de algodón y un pijama más cómodo que el que llevaba. Cuando me vi en el espejo de la habitación de aquella guisa, me sentí patética por haber vivido engañada por un hombre, al que pretendía volver a enamorar o qué sé yo. Supongo que me habría conformado con simplemente dejar

de ser invisible para él.

Mientras buscaba el pijama, vi que Gonzalo había dejado el armario revuelto. Por lo visto, había rebuscado en sus cajones y había cogido la ropa a puñados, sin importarle nada más, sin fijarse en si lo que se llevaba sería suficiente o no. Pero ese ya no era mi problema.

Después de cambiarme, fui a la cocina y me preparé una tila. Aunque era una tarde muy calurosa, necesitaba tomar algo que me tranquilizara y esas hierbas eran lo único que tenía en casa. Cuando pitó el hervidor, vertí el agua en la taza y puse el sobrecito de tila. Esperé los cinco minutos que recomendaba la infusión apoyada en la vieja alacena que yo misma había restaurado, mirando a mi alrededor y sin dejar de llorar. La vida que había tenido hasta hacía un rato acababa de desintegrarse en mil pedazos justo delante de mí. Nada volvería a ser como antes. Todo se había roto. No me quedaba nada de lo que había creído indestructible hasta hacía apenas unos minutos. Ahora solo me quedaba una cosa: yo.

Pasados los cinco minutos, saqué el sobre acuoso del agua caliente, lo escurrí y lo tiré al cubo de la basura, como Gonzalo había hecho con nuestra relación. Cogí la miel de Can Feliu. La hacía un vecino de Fontplana y nos la regalaba a los vecinos que tenía alrededor. Puse una buena cucharada al líquido humeante que estaba a punto de tomarme. «Seguramente esta es la última vez que pruebe esta miel», pensé mientras daba vueltas a la cuchara para mezclarla bien con la infusión. Mi cabeza también giraba a velocidad de vértigo pensando qué iba a ser de mi vida y de mí a partir de aquel momento. Me había quedado sin nada: sin pareja, sin trabajo y sin lugar en el que vivir. No sabía qué hacer, solo tenía algo claro, y era que me sentía perdida, desamparada y sola, muy sola.

Capítulo 5

Doce años, tres meses y veinticuatro días, eso es justamente lo que Gonzalo y yo habíamos estado juntos. Cuatro mil cuatrocientos noventa y seis días tirados a la basura. Cuatro mil cuatrocientos noventa y seis días que se habían desintegrado en apenas unos minutos destrozando mi vida, reventándola y dejándola hecha añicos de arriba abajo, como si hubiese sido víctima de un huracán.

Había pasado de ir a depilarme con Montse a las tres de la tarde y dejar que me hiciese una depilación integral para recuperar «las sesiones de sexo loco con Gonzalo», según me decía que conseguiría la que creía mi amiga, a estar sola en la que ha sido nuestra cama, mirando el techo. Sola, tremendamente sola y con la entrepierna escocida, en carne viva, aunque poco me importaba, apenas notaba ya ese dolor. La piel me dolía menos que el corazón, que lo sentía hecho trozos, desgajado, mordido y triturado por las fauces del engaño de Gonzalo. ¿Cómo iba a ser capaz de salir de esta? ¿Cómo iba a seguir adelante? ¿Cómo iba a tenerme en pie después de esta bofetada de la vida? ¿Cómo levantarme después de haberme vapuleado? Me preguntaba todo eso mientras miraba la vieja lámpara del techo y notaba cómo el sudor empezaba a empaparme la espalda y las sienes.

Gonzalo me había engañado, me había traicionado. Durante todo ese tiempo, me había hecho creer que estaba cansado, agotado del huerto y, en cambio, de lo que estaba cansado era de nuestra relación y de mí. Y Montse, la muy cínica, hacía unas horas había estado depilándome para que tuviera sexo con el hombre con el que se estaba acostando. Ella, a quien creía mi amiga, era una mentirosa, una hija de puta que me había manipulado de forma magistral. Me había echado las cartas, aprovechándose de mi inocencia diciéndome cosas que me iban a pasar, y de las que ella era completa protagonista.

No me lo podía creer. No me hacía a la idea de que todo hubiese cambiado de arriba abajo en unas horas. ¿Quién me iba a decir esa mañana, cuando había despertado a Gonzalo para que se fuera a trabajar, que por la tarde descubriría su gran engaño? ¿Quién me iba a decir que antes de que acabase el día mi realidad se pondría patas arriba?

Pasé la noche llorando a la luz de las velas que había encendido para crear ese ambiente romántico que, por lo visto, tanto le había gustado a Gonzalo al salir de la ducha. Sin embargo, lejos de poner luz a una noche de sexo desenfrenado, solo habían alumbrado mis horas de llanto y rabia, rodeada de soledad y de un lugar poblado de recuerdos dolorosos que me resultaban imposibles de olvidar.

No dormí en toda la noche. Di mil vueltas en la cama. Arranqué las sábanas y dormí sobre el colchón, ese que todavía olía a Gonzalo y también a mí, el mismo que había velado nuestro sueño tantas noches y nos había acogido en nuestros momentos de pasión. Esa noche solo me sostuvo a mí, seguro que echaba en falta el cuerpo de él, como en unos días haría con el mío. La diferencia era que yo no volvería a dormir sobre él y Gonzalo sí y, probablemente, acompañado de otro cuerpo diferente al que ahora sostenía.

Me apenaba pensar que ese colchón jamás acogería un cuerpecito hecho de Gonzalo y de mí. Eso que siempre deseé y Gonzalo prefirió dejar «para más adelante», eso para lo que nunca era el momento adecuado para él, eso de lo que ya hablaríamos «de aquí a un tiempo». Ahora entendía por qué Gonzalo nunca había querido tener un hijo conmigo y, aunque me dolía no ser madre y no saber si alguna vez llegaría a serlo, por amor a ese ser que pudo ser y al fin no fue, prefería no haberlo tenido. ¿Por qué iba a condenarlo a criarse sin sus padres juntos? Yo ya crecí sin mi madre, porque ella también decidió marcharse y no estaba dispuesta a repetir mi misma historia. No podría ser tan cruel.

Capítulo 6

Eran casi las ocho de la mañana cuando, harta de estar en la cama, me levanté. No había conseguido dormir. Quería hablar con Mónica, mi mejor amiga, mi *medio hermana* como me decía mi padre. Necesitaba compartir mi rabia y mi pena, y que ella, aunque fuera desde la distancia, me diera ese abrazo que tanto necesitaba.

Me levanté y cogí el teléfono que tenía cargando sobre la mesita de noche de Gonzalo. Busqué el número de mi amiga en favoritos. Vi que Gonzalo aparecía en esa lista, junto a Mónica y a mi padre, lo quité, lo suprimí, igual que quería borrarlo de mi vida y de mi recuerdo. Gonzalo no estaría más en esa lista, ya no sería nunca más una de mis personas favoritas. Ahora solo aparecía el de Mónica y el de mi padre que, por desgracia, ya no podría contestar a mis llamadas nunca más.

Pulsé el nombre de Mónica en la pantalla. Un tono, dos, tres y saltó el contestador.

—Joder, Moni, ¿dónde estás? —susurré aunque nadie además de Mini, que dormía hecha un ovillo a los pies de la cama, podía escucharme.

Saltó el contestador, pero no quise dejarle ningún mensaje, odiaba hacerlo. Me sentía tonta hablando con una máquina que sabía que no me respondería. Preferí escribirle un wasap: «Moni, necesito hablar contigo, es urgente, porfi». Sabía que en cuanto pudiera me llamaría. Supuse que mi amiga, aún más olvidadiza y distraída que yo, debía de tener el teléfono sin batería y metido en el bolso desde el día anterior. Estaba convencida de que debía esperar a que llegase al trabajo y descubriese que tenía el móvil seco de batería y entonces sería cuando lo pondría a cargar y vería mis mensajes.

Supongo que me quedé dormida al rato de escribir a Mónica, porque cuando el pitido del mensaje me despertó sobre las diez de

la mañana, estaba con la cabeza apoyada sobre la mesita de noche y el resto del cuerpo retorcido encima del colchón. Me desperté de un sobresalto y cogí el teléfono. Tenía el cuello contracturado por la postura imposible y, probablemente, también por la tensión que había pasado durante toda la noche.

Mónica: *Julieta, ¡hola! ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?*

Yo: Lo he dejado con Gonzalo.

Mónica: *¿Qué dices, tía? Joder, que tengo una reunión ahora y no puedo llamarte.*

Yo: Tranqui, luego hablamos.

Mónica: *Joder, me has dejado rota… Qué mierda… En cuanto salga de hablar con este cliente, te hago una videollamada. Un beso, te quiero, tía.*

Yo: Te quiero, Moni.

Eran casi las doce del mediodía cuando Mónica me llamó. Ya había llegado al despacho y me dijo que estaba sola, así que podíamos hablar tranquilamente. Yo seguía aún en la cama, solo había salido de ella para ir a hacer pis y ponerme aloe vera en la entrepierna, que aún me ardía. Cuando descolgué el teléfono y la vi a través de la pantalla me eché a llorar y ella al verme no pudo hacer otra cosa que imitarme. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero hasta que no conseguimos serenarnos, no fuimos capaces de empezar a hablar.

—*Pero ¿qué ha pasado, tía?*

—Que me estaba poniendo los cuernos. —Sollocé sonándome la nariz.

—*¿Qué dices? ¡Será cabrón el hijo de puta!*

—Sí, Moni. ¿Y sabes lo peor?

—*¿Con un tío*?

—No, no, calla. —No pude evitar reírme—. Aunque no sé si habría sido mejor.

—*Anda ya* —me dijo entornando los ojos.

—Está liado con Montse.

—*¿Qué Montse*?

—Mi esteticista.

—*¿Qué dices? ¿En serio? Pero si tú me habías contado que*

teníais mucha confianza y que te tiraba las cartas y todo.

—Pues, ¡con ella! —respondí sin poder contener de nuevo las lágrimas.

—Estoy flipando, tía, no me lo puedo creer… ¡Vaya un Judas! Me hace eso Ramón a mí y se entera.

—Sí, bueno, yo también decía eso, ¿y sabes lo que he sido capaz de hacer desde que me he enterado?

—¿*El qué*? —respondió Mónica expectante.

—Llorar…

—Ay, Julieta, qué mierda no poder estar ahí para darte un abrazo de los nuestros —añadió, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Le he echado de casa, ¿y sabes qué me ha dicho? —le conté volviéndome a sonar los mocos—: Que esta casa es de su familia y la que se tiene que ir soy yo.

—Será cabrón, con todo lo que has hecho tú en la masía.

—Ya te digo.

—¿*Y qué vas a hacer*?

—Pues irme, ¿qué quieres que haga? Ah, y me ha dado una semanita para que me vaya, ni un día más.

—¡*Qué cerdo*!

—Mucho.

—Pero, mira, casi mejor que te lo quites de encima cuanto antes. Te vas de ahí y que le den.

—Si, Moni, pero ¿qué hago? No tengo trabajo ni tengo nada.

—¿Cómo que no tienes nada? ¿Y el piso de tu padre?

—Ay, Moni, pero está tan lleno de recuerdos. Acuérdate, mi abuela cuando se puso tan malita y luego mi padre… Esa casa solo me trae recuerdos y muy pocos buenos.

—Ya lo sé, tía, pero mira hay que tirar para adelante por muy cuesta arriba que se te haga.

Yo continuaba llorando.

—Con lo manitas que eres y con mi ayuda y la de Ramón, lavamos la cara al piso: tiramos trastos viejos, lo pintamos y compramos cuatro cosas en Wallapop o donde sea y ya verás qué chulo te queda. Y, ¿sabes lo mejor de todo?

—¿Qué?

—¡*Que viviremos cerquita de nuevo*! —añadió sonriente.

—Jo, Moni, qué suerte tengo de tenerte. —Sonreí mientras volvía a sonarme la nariz.

—*Va, tía, no me digas eso que aún me vas a hacer llorar más y estoy en el curro*.

—Si es que es verdad, eres como mi hermana —le dije sin parar de sollozar.

—*Bueno, tía, va, escúchame: ahora te levantas de la cama, te duchas y empiezas a llenar bolsas con tu ropa y vas cargando el coche. Mañana que es viernes metes todo lo que puedas en el maletero y el sábado por la mañana te vienes para Poblenou, descargamos y por la tarde nos ponemos a tirar trastos de casa de tu padre. El domingo por la mañana subimos otra vez a Fontplana para seguir cargando cosas y este finde lo dejamos todo arreglado, ¿qué te parece? Pim, pam* —dijo mientras daba dos pequeños aplausos rápidos.

—Pues que eres una crac, ¿qué me va a parecer? —le respondí con una sonrisa triste—. Y que te voy a dejar sin tu entreno del finde.

—*Qué más da, la ocasión merece la pena* —añadió guiñándome un ojo.

Mónica se había convertido en toda una *runner* y últimamente incluso se había aficionado a hacer carreras de montaña, no sé cómo aguantaba el ritmo. Trabajaba un montón de horas, pero cuando llegaba a casa se cambiaba, se ponía las deportivas y salía a correr por el paseo marítimo; y los fines de semana a la montaña. Desde siempre, Mónica había sido una todoterreno y nada se le había hecho cuesta arriba. Ella decía que los problemas había que tratarlos con una sonrisa y ocuparte de ellos hasta que dejaran de ser problemas y pasaran a ser solo circunstancias.

Mónica era la mayor de tres hermanos. Sus padres tenían un bar, por lo que pasaban muchas horas fuera de casa y ella había tenido que hacerse cargo de los dos pequeños. Quizá por eso siempre había sido una persona muy organizada y resolutiva, algo necesario para llevar a sus hermanos, que de pequeños eran unos cafres, al compás y sin perder el ritmo.

—Buah, es que, Moni, se me hace una montaña irme a

Poblenou, pero seguir aquí y pensar en cruzarme con Gonzalo y con Montse por Fontplana…

—Que no, que no, que tú no pintas nada ahí.

—Además, esta casa no es mía y está llena de recuerdos de Gonzalo y de mí.

—Por eso, tía, que cuanto antes te vayas de ahí mejor.

—Sí, te voy a hacer caso, Moni.

—Pobre de ti si no lo haces. —Rio Mónica.

Y yo solo pude responderle con una sonrisa triste.

—Además, que por lo que siempre me has contado de la tal Montse, ya te digo yo que seguro que no duran ni medio telediario.

—Bueno, ya, pero a mí eso me da igual.

—Ya, ya…

—Yo a Gonzalo no le quiero ver ni en pintura, por mucho que me duela y por mucho que le quiera, pero me haya puesto los cuernos, eso no se lo voy a perdonar. —Paré de hablar para secarme de nuevo las lágrimas—. Jo, Moni, es que vaya Judas, nunca lo habría pensado de él.

—Por eso, tía, no le des más vueltas porque no se lo merece. Te vienes a Barcelona y aquí ya verás como lo ves todo diferente.

—Eso espero.

—Que sí, hazme caso. Empezarás de cero con el piso, estarás de nuevo en Poblenou, conmigo y con más gente que te reencontrarás. Además, seguro que tienes más posibilidades de encontrar curro de lo tuyo que en Fontplana.

—Ya te digo, porque aquí me he muerto de asco.

—En Barcelona seguro que encuentras, porque hay mogollón de centros de fisioterapia, ya verás.

—Ojalá, Moni, ojalá.

—Ya verás como sí. Será una nueva vida donde Gonzalo ni existe ni tiene lugar, donde lo más importante seas tú y lo que esté por llegar —me dijo Mónica guiñándome un ojo—. *Anda, me ha rimado y todo* —añadió riendo.

—Uy, lo que esté por llegar, dices… No estoy yo ahora mismo como para pensar en otro tío.

—Bueno, date un tiempo, pero ya sabes que como dice mi

madre, la mancha de una mora, otra verde la quita.

Y yo no pude hacer otra cosa que reírme al escuchar una de las frases de la madre de Mónica, que para cualquier ocasión tenía el refrán perfecto.

—Bueno, Julieta, tengo que colgar que veo al jefe fuera hablando por teléfono y seguro que entra y lo primero que hace es venir a controlar lo que hago, qué harta estoy —me dijo poniendo los ojos en blanco.

—Gracias, Moni, te quiero.

—Y yo a ti, y, ya sabes, a hacer maletas ahora mismo, ¿eh?

Cuando terminó la llamada, dejé el teléfono sobre la mesita de noche y me fui al baño. Me miré al espejo y contemplé la imagen que este me devolvía: era una mujer de treinta años, despeinada con un moño mal hecho, con los ojos hinchados de llorar, ojeras, con un pijama de conejitos y tirantes, quien había descubierto que su novio, su *novio-de-toda-la-vida*, con quien llevaba desde los diecisiete años, le había puesto los cuernos.

Por mucho que intentara hacerme a la idea, me costaba creer que me hubiera engañado de esa manera. Gonzalo, quien yo había considerado mi hombre, mi compañero de vida, esa otra mitad perfecta que encajaba conmigo sin ningún resquicio de duda, a quien yo había elegido para compartir mi vida, el futuro padre de mis hijos… Ahora no quedaba nada de todo eso, porque él ya no era nada, solo era un traidor que había preferido a otra en lugar de a mí.

Estaba convencida de que esa herida en medio del pecho que Gonzalo me había regalado hacía unas horas iba a tardar mucho en curar y cicatrizar. Sería para siempre una mujer engañada y traicionada, porque las heridas, aunque se curen, siempre dejan su rastro en forma de marcas sobre la piel para recordarte el dolor que te provocaron un día.

Y lo peor de todo es que yo no me había dado cuenta de nada. Pensaba, ingenua de mí, que nuestra relación iba bien, que cuando Gonzalo me decía que estaba cansado por el huerto y no me hacía ni caso, era porque era cierto y no porque no quería hacer el amor conmigo porque ya no estaba enamorado de mí. ¡Qué tonta y qué ciega había estado! Me lo repetía una y otra vez sin dejar de ver en el espejo del baño cómo las lágrimas me resbalaban hasta la

barbilla.
Tenía que quitarme las lágrimas de esa noche de encima, así que me di una ducha con el firme propósito de que cuando acabara, dejaría aparcados, aunque fuera por unas horas, los recuerdos de lo que había pasado. Necesitaba ponerme en marcha e iniciar mi nueva vida, ese comenzar de cero del que había hablado con Mónica.
Empecé a sacar mi ropa del armario y a llenar dos maletas y un par de bolsas de deporte. En casa de mi padre todavía estaba la habitación que me había visto crecer desde niña, así que podría aprovechar aquel armario por el momento para ir colocando mis cosas.

Tendría que colmar mi vida de nuevas cosas para ocupar el vacío tan grande solo repleto de ausencias. Algo en lo que no podía dejar de pensar mientras sacaba la ropa del armario y la colocaba en las bolsas que harían de piezas del nuevo puzle, que sería mi vida a partir de entonces.
La casa de mi padre no era demasiado grande, era uno de aquellos pisos antiguos del Poblenou. Apenas tenía cincuenta metros y sin ascensor. Sin embargo, aquella era mi casa, donde me había criado junto a mi abuela y a mi padre. De mi madre guardo pocos recuerdos, por lo visto prefirió volver a Francia, con su familia, y dejarnos a nosotros al otro lado de la frontera. La verdad es que hace muchos años que no he vuelto a hablar con ella, ni cuando murió mi padre se lo dije, ¿para qué? Ya había elegido años atrás y nosotros no fuimos los afortunados en su elección.

Por tanto, la poca familia que me quedaba era mi tía abuela y sus dos hijas, porque mi padre era hijo único. La hermana de mi abuela estaba ingresada en un geriátrico con la cabeza ahora ya vacía de recuerdos y el cuerpo lleno de achaques propios de la edad.

Después de morir mi abuela, mi padre y yo fuimos a visitarla en varias ocasiones. Por aquel entonces, aún guardaba algunos recuerdos y siempre nos contaba que su vida no había sido fácil.

La tía Charo tuvo que tirar adelante sola con dos niñas en plena posguerra. Contaba que se las vio y se las deseó para alimentar a las pequeñas, pero al final lo consiguió.

La última vez que fui a verla, su cabeza ya se había vaciado de recuerdos, los buenos y los malos, y ya no nos reconocía. A sus

hijas, esas por las que tanto luchó para sacar adelante, las había olvidado también. Vacía de todo, murió poco después.

Qué curioso que yo no fuese la primera ni la única mujer de mi familia engañada. Estoy convencida de que muchas personas viven en una mentira, incapaces de quitar esa careta a la realidad de su día a día.

Capítulo 7

Después de acabar de llenar las dos maletas y dos bolsas de deporte, fui a preguntar al dueño de la única tienda de comestibles de toda Fontplana si tenía cajas vacías.

—Espera, que creo que tengo unas cuantas en el almacén. Has tenido suerte, porque como estamos a viernes y hasta el sábado no pasa el del reciclaje, tengo guardadas todas las de la semana.

—Gracias, no sabes el favor que me haces —le dije mirando cómo se adentraba en la trastienda.

Mientras le esperaba no podía dejar de moverme y de mirar a mi alrededor. No me apetecía encontrarme a nadie conocido, ni tener que dar explicaciones de para qué quería aquellas cajas. Solo vi a una chica de unos treinta años vestida con ropa deportiva con una cesta llena de comida hasta arriba y con el gesto muy serio. Seguro que no era del pueblo, porque no me sonaba en absoluto su cara.

—¿Dónde vas con tanta caja? ¿Os mudáis Gonzalo y tú o qué? —me dijo cuando salía del almacén cargado con los cartones.

Yo preferí sonreírle y no responderle, no estaba preparada aún como para verbalizar que nos habíamos separado. Prefería que fuera Gonzalo quién tuviera que contar el porqué de mi urgente marcha de Fontplana.

—Muchas gracias —le respondí con una sonrisa triste con gusto a despedida.

—¡Hasta pronto, maja! —me respondió con una gran sonrisa que dividía en dos su poblada y grisácea barba, mientras me abría la vieja puerta de la tienda, apartando la cortina de tiras de goma para que pudiera pasar con las cajas.

Abrí mi coche, el viejo Golf de color gris, que me había regalado mi padre cuando los médicos le dijeron que ya no podía conducir más y llené el maletero y los asientos de atrás con las cajas. En ellas metería los libros que había ido acumulando a lo largo de aquellos

ocho años en Fontplana. El resto de mi biblioteca, junto a la de mi padre, me esperaba en el piso de Poblenou.

Cuando llegué a la masía, saqué las cajas del coche y lo cargué con las bolsas que ya tenía preparadas, para ver cuánto espacio libre me quedaba aún en el maletero y en los asientos. Debía guardar un lugar para el trasportín de Mini, porque ella vendría donde yo fuera. Desde que la encontré, nunca nos habíamos separado y tampoco lo íbamos a hacer ahora. Suponía que aquello también sería un cambio de vida para ella. Acostumbrada como estaba a pasar horas tomando el sol en el patio de la masía, estaba segura de que hacerlo en el pequeño balcón del piso de Poblenou también sería un cambio radical para ella. Pero prefería pensar que tanto Mini como yo nos acostumbraríamos a esa nueva vida. Ambas éramos unas supervivientes, ella al abandono de su madre y yo al terremoto que acababa de vivir y que había dejado mi vida hecha añicos.

Cuando entré en la masía, estaba sudando. Con aquel calor que ya hacía a finales de junio en Fontplana, no se podía hacer prácticamente nada sin acabar empapada de sudor. Así que abrí la nevera y me bebí un par de vasos de agua helada. Aunque cuando el agua llegó a mi estómago, este me devolvió un rugido que me recordó que no había comido nada desde el día anterior. El impacto de lo que había pasado me había hecho olvidar por completo ingerir cualquier alimento. Pensé que debía cuidarme, porque si no lo hacía yo, nadie lo haría por mí, así que regresé a la nevera y vi una fiambrera con ensalada de pasta, la cogí y me serví un plato.

La mesa del comedor de la masía nunca me había parecido tan grande como en aquel momento. Miré a mi alrededor y además de las moscas, eternas compañeras de esa casa, parecía que no hubiera nada más. En mi mente se agolpaban imágenes de recuerdos que Gonzalo y yo habíamos vivido entre aquellas cuatro paredes. Cuando arreglamos el viejo sofá, que nos regaló un vecino, cuando aprendimos a encender el fuego de la chimenea… Habíamos vivido tantas cosas juntos, que no podía evitar que se me volvieran a llenar los ojos de lágrimas al pensar que todo se había acabado, que todos los proyectos que teníamos se habían esfumado y que debía empezar a reconstruir un nuevo futuro en la que yo sería la única protagonista.

Sin embargo, el maullido de Mini me sacó de esa espiral de pensamientos dolorosos para recordarme que estaba allí y que se volvía loca por una de las aceitunas rellenas de anchoa de mi plato. No pude resistirme a sus dulces maullidos y ronroneos y le di una oliva, que ella devoró con su habitual y voraz apetito.

—¡Oh, Mini! No me digas que estás sin comida… —maldije, recordando que no le había puesto pienso desde el día anterior.

Me levanté de la silla y fui corriendo hasta la cocina, tomé su cuenco y lo llené de pienso. También le puse agua limpia y fresca como a ella le gustaba. Mientras lo hacía, Mini no paraba de pasearse por entre mis piernas y de ronronear agradecida.

—Ay, peque, perdóname… Ya sabes que desde ayer no sé dónde tengo la cabeza… Pero mañana empezamos de cero, seguro que nos adaptaremos muy bien a nuestra nueva vida —le dije mientras le acariciaba su pequeña cabeza pelirroja y oía crujir entre sus dientes el pienso que devoraba.

Después de comer, empecé a poner mis libros, CD, zapatos y un montón de cacharros más en cajas. Aunque también aproveché para llenar varias bolsas con trastos para tirar que ya no quería tener en mi vida, porque solo me traían recuerdos de Gonzalo y de un pasado que, desde el día anterior, se había vuelto muy doloroso. Tenía que empezar de cero, sin mirar atrás. Ojalá fuese capaz de conseguirlo.

La verdad es que también empezaba de cero prácticamente en mi cuenta bancaria. Durante los ocho años en los que había vivido junto a Gonzalo en Fontplana había podido trabajar muy poco. Había hecho alguna sustitución y alguna sesión a domicilio de fisioterapia, pero de forma esporádica, por lo que nunca había conseguido tener un sueldo medianamente aceptable y fijo. De lo que más había trabajado había sido de canguro, aunque lo que ganaba era tan poco que acababa gastándolo en el supermercado con la compra semanal. No pensé en ahorrarlo, porque nunca creí que me fuera a encontrar en la situación en la que estaba en ese momento. Siempre pensé que viviríamos del negocio de la verdura ecológica. También soñaba que, quizá con el tiempo, podría acabar montando un centro de fisioterapia en Fontplana o alrededores, pero eso, por lo visto, ya solo formaba parte de mi imaginación y nunca se haría realidad.

Por tanto, el único dinero del que podía disponer era el que mi padre me había dejado en el momento de su muerte. La verdad es que no era demasiado, apenas unos miles de euros que, con suerte, me podrían ayudar a subsistir unos meses. Así que necesitaba encontrar con urgencia un trabajo para poder seguir adelante con mi vida. Estaba convencida de que en Barcelona no debía renunciar a mi sueño de ser fisioterapeuta, había estudiado para ello, porque era lo que más me gustaba y no pensaba volver a dejarlo de lado como había hecho mientras había estado viviendo en el campo. Así que, a última hora de la tarde, me senté en el sofá frente al ventilador y con Mini a mi lado, y me instalé una aplicación en el teléfono de búsqueda de empleo. Actualicé mi currículum y lo envié a todas las ofertas que cuadraban con mi perfil. La verdad es que no tenía muchas esperanzas de que me llamaran, porque mi experiencia en los últimos años como fisioterapeuta era casi inexistente, pero quizá conseguiría que algún centro me citase, al menos, para una entrevista de trabajo.

Aunque si no tenía suerte y no me contrataban como fisioterapeuta en ningún sitio, estaba dispuesta a trabajar de canguro, dar clases particulares o lo que fuese. Ya lo había hecho en Fontplana y había conseguido salir adelante, igual que pensaba hacer a partir de entonces. No estaba dispuesta a rendirme a la primera de cambio.

Capítulo 8

Eran casi las nueve de la noche cuando escuché cómo un automóvil se acercaba por el camino que llevaba a la casa. Por el ruido del motor me pareció reconocer el coche de Gonzalo. Maldije, porque era la última persona a la que me apetecía ver. Preferí no moverme del sofá y esperar a que, si era él, entrara, y no salir a abrirle yo la puerta. Sin embargo, guardaba la esperanza de que fuese un conductor perdido que hubiese entrado al camino privado, como sucedía tan a menudo. Pero no, no fue nadie perdido, era Gonzalo que, sorprendido al verme sentada en el sofá con el teléfono entre las manos y rodeada de cajas, me dijo:

—Vaya, ¿pero te vas?

—¿Que si me voy? Me dejaste bien claro que tenía que dejar la casa en una semana, así que eso estoy haciendo.

—Pues, no sabía yo que eras tan obediente —dijo alzando las cejas.

—Mira, Gonzalo, no voy a discutir, así que haz lo que sea que hayas venido a hacer y vete cuanto antes.

—Esta es mi casa.

—Sí, pero tú la dejaste ayer…

—Por una semana.

—Siete días que aún no han pasado…

Gonzalo me miró apretando los puños. Odiaba que le replicase y que dijese la última palabra, algo en lo que era una experta y que me encantaba hacer cuando nos enfadábamos.

—He venido a buscar más ropa, porque ayer cogí muy poca con las prisas.

—Muy bien, llévate lo que quieras —le dije con desprecio—. Ah, por cierto, antes de marcharte, llévate esa bolsa de ahí —añadí señalando un enorme saco de basura—, son regalos que me has hecho a lo largo de estos años. He pensado que, en lugar de

donarlos, se los puedes dar a Montse que, por lo visto, está encantada de quedarse con cosas de segunda mano —le dije, volviendo la mirada hacia la pantalla del teléfono.

—No entiendo por qué te comportas así, Julieta —me respondió, mirándome fijamente.

—¿Que no lo entiendes? Pues lo siento, chico, no te lo voy a explicar, búscalo en Google.

—Déjate de chorradas, anda. Sé que estás jodida porque me he enamorado de otra mujer…

—De otra mujer, no, de Montse, y encima me has engañado. Si tan enamorado estás, deberías haberme dejado antes de acostarte con ella, ¿no crees?

Gonzalo solo me miraba, incapaz de contestar.

—Deberías haber sido más valiente de lo que lo has sido y haberme dicho que estabas taaaaaan enamorado de otra que rompías nuestra relación.

—Te lo iba a decir…

—Va, Gonzalo, va, déjate de tonterías. Ambos sabemos que no habrías sido capaz. Te ibas a acostar conmigo anoche. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Mientras te fumabas el cigarro de rigor de después?

—Julieta, qué forma de cargarte todo…

—Joder, tío, y encima me dices que me lo cargo yo. ¡Qué morro que tienes! Mira, haz y di lo que quieras, a mí ya no me importa. ¡Ah! Y me iré este fin de semana, no quiero perder más tiempo aquí —le grité, mirando a mi alrededor.

—Sí que vas a ir rápido… —respondió Gonzalo encendiéndose un cigarro.

—Tranquilo, solo me llevaré mis cosas, el resto es tuyo y de tu familia, me lo dejaste muy claro.

—No seas así, Julieta.

—Llévate lo que sea que hayas venido a buscar y vete. No quiero volver a verte —le dije secamente.

Me levanté del sofá y me encerré en el lavabo hasta que oí el portazo y cómo el motor de su coche se alejaba de la casa, y el que había creído el hombre de mi vida de mí.

Capítulo 9

Cuando salí del baño, regresé al comedor, donde aún me esperaba Mini. Al verme maulló, la cogí en brazos y la arrullé como a ella le gustaba. Volví a sentarme en el viejo sofá, encogí las piernas y me hice un ovillo. Lloré en silencio, mientras Mini me secaba las lágrimas con su lengua cálida y rugosa.

Me había dolido volver a ver a Gonzalo. A pesar de que había querido hacerme la dura, la verdad era que verle y escuchar todo lo que me había dicho me había derrumbado de nuevo. El dolor que me atravesaba el pecho la noche anterior se había vuelto a instalar a la altura del esternón y me costaba respirar.

Miraba a mi alrededor, consciente de que la que había sido mi casa, mi hogar durante los últimos ocho años, en unas horas dejaría de serlo. Una decisión tan importante y que me había venido de nuevo impuesta por el destino trastocaba mi vida de arriba abajo. Había recibido una bofetada inesperada de la que estaba segura de que me costaría recuperarme.

Todos los planes que había trazado para mi futuro: mi relación de pareja con Gonzalo, nuestra forma de vida en el campo, la posibilidad de crear una familia con él… Todo se había ido al traste. Hasta la noche anterior, pensaba que lo tenía todo, que era una mujer afortunada porque creía que tenía un hombre que me amaba a mi lado, un lugar donde vivir, autoestima, confianza en mí y salud… Ahora solo me quedaba la salud, por suerte, y un nuevo lugar donde vivir, pero me sentía perdida y tremendamente sola.

Lo peor de todo había sido darme cuenta del engaño en el que había vivido todo ese tiempo, ve a saber cuántas semanas, meses o, quizá, años habían sido y yo ni siquiera lo había sospechado.

Pensar que todo este tiempo en el que había estado preocupada porque Gonzalo estaba deprimido y sin ganas de nada, y yo me sentía mal a la par por verle tan triste y agobiado, aunque él no

supiera explicarme por qué, ahora, al conocer la razón, me sentía tremendamente idiota. Comprobar que toda mi preocupación era por un malestar provocado por su falta de coraje para sincerarse y contarme que se había enamorado de otra me removía por dentro. Estoy convencida de que si no hubiese descubierto su mentira él habría continuado viviendo en su mundo paralelo durante mucho tiempo más.

Me asquea profundamente pensar que anoche nos habríamos acostado, quizá un rato después de que él lo hubiera hecho con ella. Me fue imposible dejar de llorar durante horas, hasta que me quedé dormida, vencida por el cansancio de la noche anterior y de tantas emociones. Me desperté sudando y toda cubierta de pelos de Mini, que, con la llegada del calor, estaba haciendo la muda y dejaba un reguero de su pelaje pelirrojo por donde pasaba. Eran las dos de la madrugada, pero necesitaba meterme en la ducha para refrescarme y relajarme. Además, al día siguiente debía levantarme muy temprano y conducir hasta Barcelona con el coche cargado hasta arriba con buena parte de mis enseres. Por suerte, me reconfortaba pensar que allí estaría esperándome Mónica con el montón de besos y abrazos que tanto necesitaba y que tanto había añorado.

Capítulo 10

Me desvelé con los primeros rayos de sol, mucho antes de que sonara el despertador, que estaba programado para las siete. Cuando me desperté tenía tanto sueño que me habría quedado un rato más en la cama, porque aún arrastraba el cansancio provocado por las emociones de los últimos días. Pero pensar que tenía un largo camino por delante y que Mónica me estaría esperando en Poblenou, me hizo saltar del colchón olvidándome la pereza, las lágrimas y el sueño atrasado entre las sábanas.

Me preparé un café para acabar de despertarme y estar despejada para conducir durante un buen rato y acabé de cargar el coche con todo lo que cupo en él. Metí a Mini en el trasportín y cuando revisé que dejaba todas las puertas y ventanas de la masía bien cerradas y que llevaba las llaves del piso de Poblenou, encendí el contacto del coche.

El viejo Golf, aunque tenía muchos años y un buen montón de kilómetros, funcionaba de maravilla. La verdad era que con él no se podían hacer grandes carreras, pero a su paso, aguantaba lo que le echase. Así que quité el freno de mano, metí primera, pisé el acelerador y empecé el camino hacia mi nueva vida.

Llegué a Poblenou pasadas las nueve de la mañana:

«Ya estoy aquí, Moni. He salido antes porque me he despertado muy pronto. Ya vendrás cuando puedas, tranquila», escribí a Mónica, con quien no había quedado hasta pasadas las diez.

Como era sábado y tan temprano, encontré sitio para aparcar muy cerca del portal. Bajé del coche y, al instante, noté el bochorno de Barcelona ya a esas horas de la mañana, nada que ver con las bajas temperaturas de las mañanas de Fontplana. Saqué el trasportín de Mini, cerré el coche y fui hacia el portal: Pallars, 297, mi casa de toda la vida y, desde ese día, mi nuevo hogar.

Introduje la llave en la cerradura de la vieja puerta de la entrada

y entré en la estrecha portería. Me llamó la atención que el buzón, que todavía estaba a nombre de mi abuela y de mi padre, estuviera repleto de cartas: Por lo visto, la señora Fernanda, la vecina que tan amiga había sido de mi abuela, había olvidado recogernos la correspondencia. Así que, dejé el trasportín de Mini en el suelo y abrí la pequeña portezuela del buzón, saqué un buen fardo de papeles compuesto en su mayoría por publicidad de comida a domicilio, supermercados de la zona, inmobiliarias con el habitual «Le compramos su piso al contado» y un buen puñado de cartas de la luz, el agua y el gas. Por suerte, mi padre había dejado todo en manos del gestor, para que mantuviese el piso al día de pagos «para que siempre que quiera venir Julieta, pueda hacerlo». Por lo que sabía que tanto el agua, la luz y el gas funcionaban. «Parecía que supieses que algún día regresaría a nuestra casa, papá», pensé emocionada.

Volví a cargar con el trasportín de Mini y empecé a subir las escaleras, porque en aquel edificio tan antiguo no había ascensor, ni espacio para instalarlo. Por suerte, el piso era un primero y los diecisiete escalones, aunque empinados y algo estrechos, se podían subir sin demasiado esfuerzo.

Llegué a la puerta y vi que aún delante de ella estaba el viejo felpudo que compró mi abuela cuando yo aún vivía allí. Lo desgastado que estaba y sus colores apagados demostraban cómo había pasado el tiempo también por él. Puse los pies sobre las flores desgastadas de la alfombrilla y abrí la puerta, que me dio la bienvenida con un profundo chirrido proveniente de las viejas bisagras. Entré al pequeño recibidor y subí el diferencial que hizo que la mortecina luz del antiguo aplique de la estancia se encendiera. Me adentré en el minúsculo recibidor y enseguida entré en el comedor. Olía mucho a cerrado y a polvo, quizá hacía más de un año que no había entrado aire fresco entre aquellas cuatro paredes. Así que abrí las balconeras y las contraventanas, que evitaban que entrase la luz y el aire nuevo al salón. Sin embargo, lejos de entrar una brisa que refrescase el interior caldeado del piso, se colaron los rayos del sol, que a esa hora de la mañana hacían aún más bochornoso el ambiente de Barcelona. Bajé el trasportín de Mini al suelo, que acababa de dejar sobre la mesa del comedor, y le abrí la portezuela para que empezara a conocer su nueva casa. La

gata salió con sus típicos andares cautos y su ondulante cola. Primero me frotó las piernas con su cuerpo dándome las gracias por haberla liberado de su particular encierro y luego se perdió por entre las patas de las sillas bajo la mesa. Contenta al ver que Mini empezaba a familiarizarse con nuestra nueva casa, pensé que yo debía hacer lo mismo, así que salí al balcón. Me apoyé en la barandilla, aunque sabía que me pondría perdida por el polvo que la cubría, pero me apetecía volver a contemplar mi calle y los plataneros que se repartían a lo largo de las dos aceras. Mientras miraba a un lado y al otro, descubrí que bajo mi balcón habían abierto un bar en el que no había reparado cuando había entrado al portal, supongo que la emoción del momento no me había permitido fijarme en lo que me rodeaba.

Entré de nuevo al comedor y vi sobre el viejo televisor una fotografía de la fiesta de mi séptimo cumpleaños. En ella aparecíamos mi abuela conmigo en su regazo y mi padre a su lado, con una bicicleta blanca y rosa delante de nosotros. «Mi primera bicicleta», pensé. Recuerdo que aquella foto era la preferida de mi padre, porque le hacía mucha gracia verme toda mellada y tan sonriente. «Eras una pillina», me decía siempre que nos parábamos a mirar aquella fotografía. «Siempre sonreías, Julieta, siempre». Cómo me gustaría continuar sonriendo ahora con tantas ganas como cuando era una niña, pensé dejando escapar un suspiro repleto de nostalgia. Volví a dejar el portafotos sobre la televisión y continué abriendo el resto de las ventanas y contraventanas de la casa.

Al mirar a mi alrededor comprobé que tenía mucho trabajo por delante para limpiar todo aquello y poder adecentarlo un poco. No recordaba todo lo que había en aquel piso, pero estaba convencida de que debería tirar muchos trastos de los que me rodeaban, porque sabía que poco servicio me iban a hacer. Debía pintar, limpiar la cocina, el baño y el suelo, los cristales, ir a Ikea o alguna tienda de muebles baratos… Solo de pensarlo ya me sentía exhausta. Así que preferí no seguir planeando y comenzar por el principio, que era descargar el coche y subir todo lo que había traído desde Fontplana.

Empecé a sacar cajas de mi viejo Golf. Como había abatido los asientos de atrás, me habían cabido bastantes de diferentes tamaños y las cuatro bolsas con ropa. Al final era una suerte no haberme

traído ningún mueble de la masía, porque con todo lo que había visto que había en el piso de mi padre, estaba segura de que no me cabría mucho más. Además, tampoco me apetecía acarrear con los recuerdos de Gonzalo en forma de muebles y trastos. Gonzalo había elegido y no había sido a mí, así que yo tampoco quería mantenerlo en mi vida ni en mi memoria, por mucho que me costase conseguirlo.

Cuando acabé de descargar el coche, y subí una a una las cajas y las bolsas por los diecisiete escalones que separaban la que ya era mi casa del portal, cerré la puerta y distribuí como pude los bultos por el pequeño piso, intentando que ocupasen el menor espacio posible. Las bolsas de ropa las llevé a la habitación de matrimonio que, a partir de ese día, pasaría a ser mi habitación y el resto de las cajas a la habitación que teníamos como sala de estar, la estancia más pequeña de la casa, donde a mi abuela le gustaba sentarse a hacer ganchillo y a mi padre a hacer crucigramas. Yo quizá la convirtiera en un vestidor, aunque por el momento sería el cuarto de las cajas, pensé, sabiendo que no tenía otra opción. Así, evitaría tenerlas todas por medio.

Fui al lavadero para buscar una escoba y un recogedor, porque estaba todo tan sucio que no me atrevía a empezar a mover muebles ni a colocar ropa sin antes quitar todo el polvo del suelo y fregar. Como me imaginé, la escoba estaba llena de pelusas y muy sucia, necesitaba un recambio urgentemente y los productos de limpieza tenían los tapones tan pegados, que fui incapaz de abrirlos. Así que decidí ir al súper y comprar todo lo necesario para adecentar aquel nido de suciedad en el que se había convertido el piso de mi padre. «Si mi abuela viese su casa así de sucia, se moría otra vez del susto», pensé para mí con una sonrisa triste.

Cuando regresaba del supermercado cargada con las bolsas vi que a lo lejos Mónica llegaba a mi portal. Ella, tan despistada como siempre, iba caminando por la calle mirando poco más allá de sus pies, así que hasta que no la tuve casi a medio metro no reparó en que me tenía delante.

—¡Moni! —le grité mientras dejaba las bolsas del súper en el suelo para abrazarla.

—Tía, ¡qué ganas tenía de verte! —gritó, devolviéndome el abrazo.

—Pues anda que yo —le respondí con los ojos anegados de lágrimas.

—¿Pero de dónde vienes tan cargada? —dijo mirando las bolsas que habían quedado desperdigadas a nuestro alrededor, intentando disimular las lágrimas.

—Del súper.

—Pero ¿ya? Tan pronto —dijo mirando la hora en su teléfono—. ¿A qué hora has llegado?

—Hace un rato.

—¿Y ya te has puesto a limpiar?

—Es que el piso está hecho un asco.

—Tanto tiempo cerrado, ¿qué quieres? Va, déjame que te ayude y que suba unas cuantas bolsas —dijo quitándome varias de las manos.

Cuando llegamos al piso, dejamos las bolsas en la cocina y le enseñé a Mónica cómo estaba todo.

—Jo, tía, aquí tenemos trabajo para rato —me dijo con los brazos en jarras mirando a su alrededor.

—Ni que lo digas —le respondí resoplando, quitándome el sudor de la frente con el antebrazo.

—Pues va, manos a la obra, ¿no? ¿Por dónde empezamos?

—Yo había empezado a barrer, pero con esta escoba —le dije mostrando la vieja y sucia escoba que había al fondo de la cocina.

—Suerte que has comprado otra, porque con eso poco limpiaríamos. —Rio.

En un par de horas, habíamos barrido, fregado y quitado el polvo de todo el piso.

—¿Qué te parece si sacamos ahora la ropa del armario de tu padre y vamos metiéndola en bolsas? Creo que si llamamos a los que recogen ropa de segunda mano, hoy mismo vendrán a llevársela —me dijo Mónica mientras miraba el interior del armario de mi padre atestado de ropa.

—Pues sí, y así cuando el armario esté vacío, lo limpio y meto toda la mía. Aunque, la verdad, es que está un poco viejo, pero si lo pinto de blanco creo que puedo aguantar con él un tiempo.

—La cama sí deberías cambiarla, porque el colchón y el somier de muelles dan miedo —dijo sentándose y dando botes sobre la cama para oír los crujidos que salían del viejo somier.

—Sí, creo que no es aprovechable… —respondí mirándola con el gesto torcido.

—Hombre, ya te digo, esta cama no aguanta las noches de pasión que te esperan… —Rio Mónica.

—Ja, ja, ja, ja, estoy yo para pensar ahora en noches de pasión. —Reí quitándome el sudor de la frente de nuevo con el antebrazo y mostrándole las manos ennegrecidas por la suciedad que había dentro del armario.

Seguimos limpiando, tirando y organizando cosas hasta que se hizo la hora de comer. Ramón nos esperaba en la casa de ambos con la comida hecha. Así que comimos los tres y después de la sobremesa y de darnos una ducha para quitarnos la suciedad y el sudor que habíamos acumulado durante la mañana, regresamos al piso, donde seguimos trabajando un buen rato.

Antes de las ocho, paramos para ir a comprar pintura para las paredes y para el armario de la habitación de matrimonio, tiradores para las puertas de los armarios de la cocina que estaban todos rotos y un felpudo nuevo con un enorme «Home, sweet home» escrito, que sustituyera al viejo y desgastado de flores que compró mi abuela hacía un montón de años.

Necesitaba transformar aquel piso, que tantos recuerdos me traía de mi pasado, en mi nueva casa, en un nuevo hogar en donde construir la nueva etapa de mi vida que justo estaba comenzando.

Cuando regresamos Ramón, Mónica y yo cargados con las pinturas y todo lo que habíamos comprado en la ferretería, nos sentamos exhaustos en el sofá.

—Me duele todo. —Reí cuando recosté la espalda.

—Y a mí —respondió Mónica riendo.

—Chicas, no valéis para nada, ¿eh? —Rio Ramón.

—¡Qué morro tienes! Tú has estado toda la mañana tranquilito en casa preparando la comida, pero nosotras hemos estado aquí sin parar…

—Hablando de comida —respondió Ramón mirando la hora en su teléfono—, son las nueve de la noche… Podríamos marcharnos a casa, cenar algo e irnos a dormir, que mañana nos espera otro día de palizón.

Cuando acabamos los bocadillos de jamón y pan con tomate que nos preparamos tal y como llegamos a su casa, nos fuimos a dormir.

Los tres y Mini dormimos como unos benditos. Esa noche no me desperté llorando por Gonzalo ni por lo que había pasado. Sentirme acogida y acompañada por mis amigos, el agotamiento y encontrarme en un escenario totalmente diferente me hacían verme con fuerzas y ganas de seguir adelante sin mirar lo que había dejado atrás.

Capítulo 11

El domingo por la mañana nos levantamos muy temprano, antes de la siete. Necesitábamos salir pronto de Barcelona para llegar a una hora aceptable a Fontplana, y regresar de nuevo a Poblenou con el resto de las cajas que quedaban en la masía.

—Yo, esto de madrugar, Julieta… —me dijo Mónica a modo de buenos días dando un gran bostezo.

—Sí, sí, ya sé que no lo llevas nada bien. —Reí al ver la cara de sueño que tenía—. Ahora puedes dormir en el coche mientras conduzco, ya lo sabes —le dije tomando un sorbo de mi café con leche.

Mientras Mónica resoplaba a mi lado durmiendo como una bendita, yo conducía pensando en que ese sería mi último viaje a Fontplana. Después de recoger las cosas que me quedaban allí, ya no tendría nada que me uniese a ese pueblo, nada además de los recuerdos, por supuesto.

En Fontplana había vivido grandes momentos, como cuando Gonzalo y yo empezamos a plantar el huerto ecológico, que acabaría convirtiéndose en su futuro negocio y lo que tenía que ser nuestro proyecto de vida, o cuando arreglé el jardín de la masía y conseguí instalar una fuente que convertía lo que antes había sido una parcela de malas hierbas en un «jardín zen», como lo bautizó Gonzalo cuando lo vio. Sin embargo, también tenía malos recuerdos de Fontplana, y no me refiero al engaño de Gonzalo. En aquel pueblecito recibí la llamada de mi padre en la que me avisaba de que mi abuela se acababa de morir y también la visita de él, un tiempo después, en la que me contó que tenía un cáncer de colon en estado terminal. Esos fueron los dos peores momentos que recuerdo de Fontplana. Sin lugar a duda, lo de Gonzalo fue una traición que, cada vez lo tengo más claro, acabará siendo algo bueno para mí. Romper con Gonzalo me ha permitido volver a mi ciudad y a la

casa de mi familia y, especialmente, recuperar a Mónica y, espero que, en breve, encontrar un trabajo como fisioterapeuta y quizá volver a enamorarme. Aunque, ahora mismo eso de enamorarme no entra en mis planes. Por ahora, quiero poner orden en mi vida y lo demás ya vendrá, si tiene que venir.

Como era tan temprano no encontramos prácticamente a nadie en la carretera. Por lo visto, la gente que iba a la playa aún no se había despertado, algo que nos vino genial, porque llegamos en poco más de una hora. Cuando aparqué el coche en la entrada de la masía desperté a Mónica, pero la pobre estaba tan dormida que tuve que zarandearla para que volviera en sí.

—Ostras, tía, estaba soñando con que estaba en el Caribe debajo de un cocotero y con un mulato al lado que me ofrecía un mojito —me contó restregándose los ojos y estirando los brazos.

—Pues bienvenida al mundo real, porque acabamos de llegar a Fontplana y en lugar de un mulato estoy yo y como mucho te puedo ofrecer un vaso de agua fresca —le dije riendo.

A lo que me contestó con un chasquido de lengua, seguido de una carcajada.

Entramos en la casa y empezamos a cargar las cajas que quedaban. Por lo que me pareció, Gonzalo no se había pasado por allí, porque las cajas y todo lo que quedaba por recoger estaba tal y como yo lo había dejado el día anterior.

Cuando cargamos el último bulto y Mónica ya se subía de nuevo al coche para seguir durmiendo, tal y como me había dicho que pretendía hacer, le pedí que me esperara un segundo:

—Encantada, aquí te espero sentadita con el aire acondicionado puesto —me dijo, mientras se colocaba en el asiento del copiloto.

Quería despedirme de la casa, del que había sido mi hogar durante los últimos ocho años y con el que tanto había compartido. Aunque me marchaba de manera repentina e inesperada, quería decir adiós a aquellas paredes que con tanto cariño y esmero había cuidado y arreglado para transformarlas en un lugar donde sentirme en casa, en mi hogar.

Cuando llegué, aquella masía era poco más que cuatro paredes repletas de desconchones y humedad, puertas desvencijadas y azulejos rotos y medio caídos. Sin embargo, ahora me marchaba de ella dejándola arreglada, pintada, con una cocina en la que no daba

miedo entrar y con un baño en el que parecía que no te ibas por el desagüe cada vez que te duchabas. Había trabajado mucho en aquella casa, pero me marchaba de allí satisfecha de saber que había disfrutado con creces de todas las horas de descanso y bienestar que me había regalado.

No pude evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas al ver la habitación de Gonzalo y mía. Allí había vivido momentos muy especiales. Sin embargo, a partir de ese día solo serían recuerdos ligados a la persona que más daño me había hecho en mi vida. Nuestra cama pasaría a ser la de él o quizá la de los dos, si ella, la que había considerado mi amiga, o cualquier otra se animaba a compartirla con el que había sido mi pareja.

Salí de la casa sin mirar atrás. Cerré la puerta, eché la llave y subí al coche. Después de ajustar la verja, eché las que habían sido mis llaves de aquella casa al buzón, suponiendo que ahí las encontraría Gonzalo cuando fuera a recoger la correspondencia.

De camino a Barcelona, Mónica se despertó.

—Jo, tía, me he desvelado con tanto movimiento de cajas.

Yo no pude evitar reírme.

—Pero si son más de las once, ¿aún pretendes seguir durmiendo? —le pregunté risueña.

—Que mañana tengo que ir a currar y ver el careto a mi jefe desde las ocho en punto, tú no sabes lo que es eso…

—Va, vamos a animarnos —le dije mientras ponía música.

Sabía que en cuanto Mónica oyera la primera canción sabría que estaba sonando *nuestro CD*, el que habíamos montado entre las dos antes de que yo me marchara a Fontplana. Recuerdo que pasamos toda una tarde escribiendo una lista con las canciones que más nos gustaban y grabamos un CD para cada una. Nos dijimos que así, cuando nos echásemos de menos, podríamos escuchar esas canciones que tan buenos recuerdos nos traían a ambas. Hoy en día, nos habríamos hecho una lista de Spotify y santas pascuas, pero por aquel entonces aquello nos parecía aún ciencia ficción.

El CD empezaba con una canción que nos traía muchos recuerdos:

A ver qué me dice después.
So payaso.

Y me tiemblan los pies.
A su lado.
Me dice que estoy descolorío.
La empiezo a besar.
A ver qué me dice después.
So cretino.
Y me tiemblan los pies.
A su lado.
Me dice que estoy desconocío.
Empiezo a pensar.
A ver qué me dice después.

Extremoduro, en especial su canción *So payaso*, nos recordaba a nuestra época más gamberra en la que pasábamos noches y noches en la zona industrial de Poblenou bailando con una cerveza que nos duraba horas, porque tampoco teníamos dinero como para pagarnos muchas más. En el coche, ahora la cantábamos, reíamos y la gritábamos.

—¡So payaaaaaso Gonzaaaaaaaalo! —gritaba Mónica bajando el cristal de la ventana.

Yo no podía dejar de reírme al verla fuera de sí.

Entre canciones y medio afónicas de tanto gritar y del aire acondicionado llegamos a Poblenou con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué contentas venís! —dijo Ramón al vernos entrar en mi casa.

Hacía un rato que él había llegado al piso y continuaba pintando las paredes.

—Recuerdos de juventud… —le dijo Mónica, guiñándole un ojo.

Acabamos de descargar el coche cuando era casi la hora de comer. Mónica y yo estábamos hambrientas, porque no habíamos comido nada desde que salimos por la mañana a primera hora de Barcelona.

—¿Y si compramos unos kebabs? —propuse—. Hace un montón que no como, en Fontplana no hay ni un restaurante de *durums* y kebabs.

—Sí, me apuntooooo, tengo hambreeeeeee. ¡Pero pedimos

patatas fritas también! —dijo Mónica levantando las manos y saltando.

Con las barrigas llenas y mucha pereza, tuvimos que ponernos a pintar. Para animarnos, a Mónica, que siempre había sido una marchosa, se le ocurrió conectar su teléfono a un altavoz inalámbrico y poner una de sus listas de Spotify. Y a voz en grito nos íbamos haciendo los coros desde donde estábamos mientras movíamos los rodillos y las brochas. Por lo visto, ese era el día de escuchar las canciones de cuando éramos unas veinteañeras y que tan buenos recuerdos nos traían. Yo no quería pensar en nada más que no fuera en el rodillo que tenía en la mano derecha y en la letra de la canción que sonaba.

La verdad es que Ramón había avanzado con la pintura mientras nosotras estábamos en Fontplana, pero aún y así quedaba bastante trabajo. Yo me puse a pintar el armario de mi habitación. Pensé que así estaría seco para el día siguiente y podría colocar mi ropa y el resto de mis enseres. Mientras pasaba la brocha con esmero a todas las molduras y recovecos que tenían las puertas del armario, escuchaba a Mónica cantando de fondo y no podía evitar sonreír al oír cómo se desgañitaba cantando el *Sobreviviré* de Mónica Naranjo.

Sobreviviré,
buscaré un hogar
entre los escombros de mi soledad.
Paraíso extraño,
donde no estás tú,
y aunque duela quiero libertad
aunque me haga daño.
¡Ah, ah, ah, ah!
Debo sobrevivir, mintiéndome.

Sin darnos cuenta, se hizo de noche y cuando miré la hora en mi teléfono eran más de las once.

—Moni, ¿has visto la hora que es? —le grité a Mónica desde mi habitación.

—Yo sí, y desde hace rato —contestó Ramón con voz cansada desde el comedor.

—¿Qué hora?

—Las once —respondí yo.

—¿Qué dices, tía? ¡Ramón, vámonos, que mañana curramos!

—¡Socorrooooooo! —bromeó Ramón.

—Auxilio voy a pedir yo mañana cuando me suene el despertador. —Rio Mónica.

—Pues va, ¡soltad las brochas!

—Eso, y vámonos para casa —me dijo Mónica.

—No, Moni, yo me quedo aquí.

—Anda, vente para casa, que con la peste a pintura que hay aquí vas a pillar un colocón.

—Qué va, qué va, dormiré en el sofá con Mini y con las ventanas abiertas, porque con este calor cualquiera las cierra. Así mañana, en cuanto me despierte, continúo dándole a la brocha, a ver si acabo.

—Bueno, tía, como quieras, no te insisto. Si necesitas cualquier cosa, me llamas —me dijo Mónica abrazándome.

—Necesitar, necesito una ducha —le dije, devolviéndole el abrazo.

—Y yo, tía, olemos a choto. —Rio Mónica.

El lunes por la mañana me desperté antes de las ocho de la mañana con la luz que entraba por todas las ventanas, que dejé abiertas antes de irme a dormir, y por los ruidos de la calle. A pesar de que la mía no era una calle principal, había un trasiego de coches continuo. Acostumbrada como estaba al silencio de Fontplana, aquello me parecía una locura total. Aunque más me valía ir acostumbrándome a los ruidos de la ciudad, de otra manera me iba a costar mucho descansar de entonces en adelante.

Mientras desayunaba, pensé en que debía conseguir una cama, porque dormir en el sofá me había dejado la espalda destrozada. Así que cogí el móvil y empecé a mirar en la web de Ikea, pero la verdad es que el colchón y la estructura de la cama me salían mucho más caros de lo que yo podía pagar. En ese momento, no pude evitar pensar en mi cama de Fontplana, estaba convencida de que esa misma noche Gonzalo ya la habría utilizado con Montse y eso me dolía. Pero tenía claro que no podía seguir fustigándome con el dolor que me causaba lo que había vivido los últimos días, debía seguir adelante y dejar que la traición de Gonzalo se convirtiese en recuerdo y poco a poco dejase de doler.

Estaba un poco desilusionada porque necesitaba una cama y no sabía dónde podría encontrar algo en condiciones y a un precio asequible para mí. Cuando fui a dejar la taza de café a la cocina, vi la pequeña mesa plegable que había junto a la puerta del lavadero. Fue entonces cuando me acordé de que mi padre me había contado que la había comprado muy bien de precio en los Encantes Nuevos. Así que, sin pensarlo, me puse un vestido fresquito y unas sandalias, me acordé de poner también una sonrisa en mis labios, y salí a la calle en busca de mi nueva cama. Fui caminando, porque estaba bastante cerca de casa. Además, estaba convencida de que ese era mi día de suerte y que encontraría una verdadera ganga. Aunque, a decir verdad, si no encontraba un verdadero chollo, debería seguir durmiendo en el sofá no sé por cuánto tiempo más y no tenía demasiado claro si mi espalda iba a resistirlo.

Mientras caminaba buscando las sombras para evitar el calor de los primeros rayos del sol de la mañana, me pitó el teléfono, pensé que sería Mónica que me daba los buenos días o que me escribía para decirme cualquiera de sus locuras para arrancarme una sonrisa.

«No pensaba que te irías tan rápido de casa», me acababa de escribir Gonzalo.

«Me dejaste claro que aquella no era mi casa, así que preferí irme lo antes posible. Ya no hay nada que me una a ella ni a Fontplana», le respondí secamente.

No me contestó, imagino que se quedó sin palabras al leer mi tajante respuesta. Guardé mi teléfono en el bolso y continué mi camino hasta los Encantes. Por mucho que me doliera, Gonzalo ya no formaba parte de mi vida. Él había elegido y yo no había sido la afortunada, así que yo tampoco quería seguir eligiéndolo a él. Ahora había decidido ponerme a mí y a mi nueva vida como prioridad. Nada ni nadie pasarían por delante de mis deseos y sueños, ya lo había hecho una vez y el resultado había sido nefasto.

Los Encantes Nuevos me impresionaron. Los habían remodelado y eran mucho más amplios y bonitos a como los recordaba de unos años atrás. Me encantó su espectacular techo de espejo, estuve un buen rato contemplando las pequeñas tiendas desde su reflejo en la cubierta a varios metros del suelo.

Pasé por todos los puestos de colchones preguntando y comparando precios y al final conseguí hacerme con una verdadera

ganga. No me lo podía creer que hubiese tenido tanta suerte. Compré un canapé y un colchón de matrimonio a mitad de precio, porque renovaban la exposición de la tienda y al dueño le interesaba quitárselo de encima cuanto antes. Así que, por la tarde me lo llevarían y esa misma noche podría abandonar el sofá y descansar en mi nueva cama.

Regresé a casa muy contenta por la buena compra que había hecho. «Ahora solo me faltan las sábanas», me dije.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue ir al armario de mi antigua habitación, donde sabía que mi padre guardaba la ropa de cama y las toallas, y encontré un par de juegos, aunque estaban llenos de polvo y debía lavarlos.

Por suerte la lavadora y el resto de los electrodomésticos de la cocina, aunque ya tenían sus años y no eran demasiado modernos, aún funcionaban, así que me puse manos a la obra.

Mientras se lavaban las sábanas y las toallas fui al supermercado. Si quería comer, tenía que llenar un poco la nevera. Compré algo de legumbres y arroz, pero sobre todo fruta y verdura, sabía que no serían tan buenas como las que estaba acostumbrada a comer del huerto de Gonzalo, pero tenía claro que debía empezar a acostumbrarme, porque con el calor que hacía en Barcelona una ensalada y algo de fruta fresca era lo que más me apetecía.

Capítulo 12

Al fin llegó el momento de meterme en la cama, mi nueva cama, con las sábanas oliendo a suavizante y con Mini a mis pies, aquello me parecía un verdadero paraíso después del duro día de trabajo que había tenido.

Una semana antes jamás habría imaginado que me encontraría en esa situación, pero ahora que estaba en Barcelona y en la casa de mi familia que, a partir del día en que regresé, era de nuevo la mía, me sentía afortunada. Sin embargo, el calor abrasador de la ciudad no me dejaba dormir, por no hablar de sus ruidos: el tráfico, los vecinos de la comunidad, los ruidos de la gente que pasaba por la calle y los clientes del bar de abajo… Ya no estaba acostumbrada a ese ajetreo y echaba en falta oír el canto de los grillos de Fontplana, o echarme una mantita por encima cuando me metía en la cama aunque fuese pleno verano.

Sabía que nada de eso sería posible en mi nueva casa, pero estaba convencida de que con el tiempo me acostumbraría a la nueva situación y a mi nueva vida, pero por ahora todo era aún demasiado nuevo para mí. Además, estaba convencida de que esta nueva etapa me tenía guardadas un montón de sorpresas agradables que me harían muy feliz o eso, al menos, era lo que deseaba.

Esa noche el bochorno de Barcelona era inaguantable, la humedad era densa y, aunque tenía todas las ventanas abiertas y disfrutaba de la comodidad de mi nueva cama, me resultaba imposible dormir. Mini tampoco conseguía pegar ojo, la pobre se había pasado todo el día escondida en el lavabo, que, por lo visto, debía ser la estancia más fresca de la casa y ahora estaba muerta de calor a los pies del colchón.

Me levanté y fui al baño a refrescarme, me lavé la cara, me volví a recoger el pelo en un moño alto y me puse agua en la nuca. Me llené un vaso de agua fría de la nevera y cogí un abanico y fui hasta

el balcón con la esperanza de conseguir que hiciera algo más de fresco que dentro de casa.

Me sorprendió que, aunque era más de la una de la mañana, la gente continuase sentada en la terraza del bar.

«Es lunes y la gente sigue aquí a estas horas, ¿no trabajan o qué?», pensé mientras los miraba para asegurarme de que no eran extranjeros y que estuvieran pasando unos días de vacaciones en la ciudad. Pero, al escucharlos hablar, pude comprobar que eran de aquí e imaginé que, como a mí, el calor tampoco les dejaba dormir y preferían estar en la terraza de un bar, más frescos que en su casa intentando dormir. Así que no me lo pensé, me puse un vestido ligero y bajé al bar a comprarme un helado.

Mientras miraba la carta de helados que había en la puerta del local, el que deduje que era el dueño del bar, un señor de unos cuarenta y pico años y de origen asiático, me dijo que la terraza estaba cerrada.

—¿Puedo comprarle un helado? —le pregunté poniendo cara de pena.

—Sí, pelo no podel comel en telasa. Polisía multa a mí. Es muy talde.

Me compré un cucurucho de chocolate y me senté en el banco que había un par de metros más allá de la puerta del bar. Saboreé el helado con calma, era el primero del verano y merecía la pena deleitarme en el ritual de ir comiéndomelo poco a poco.

A la vez que arrancaba con los dientes las perlitas de chocolate que cubrían la parte superior del cucurucho, observé como los clientes se iban marchando. Mientras la terraza se vaciaba, el mismo señor que me había vendido el helado recogía las mesas, las guardaba y cerraba la reja con un claro gesto de agotamiento en el rostro. Dentro del bar, una mujer, también asiática, recogía lo que quedaba sobre las mesas y la barra de dentro del local. Cuando tuvieron todo listo, me llamó la atención que el dueño del bar cerrase la reja y la puerta por dentro del local. Supuse que en unos minutos saldrían por el portal, sin embargo, de allí no salió nadie, aunque estuve sentada en aquel mismo banco más de media hora después de que cerrasen. «¿Duermen ahí dentro?», pensé extrañada. Eso parecía.

Cuando acabé el helado eran las dos de la madrugada.

Empezaba a refrescar un poco, así que me subí a casa, dejando la calle solitaria tras de mí. Cuando llegué, Mini salió a esperarme a la puerta. Le acaricié la cabeza y ella me contestó con un ronroneo feliz. Me quité el vestido y fui al baño, donde aproveché para refrescarme la cara y la nuca de nuevo. Regresé a la cama y me tumbé solo con las braguitas puestas. «Aún me molestan las costuras a la altura de la entrepierna por la depilación de Montse», pensé con fastidio. Miré a mi alrededor y vi que aún me quedaban varias cajas por vaciar y colocar. Suspiré con pesadumbre y en unos segundos debí quedarme dormida, porque no recuerdo nada más de esa noche.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, me desperté mucho más descansada que el día anterior. Dormir en el colchón y en la cama nuevos me había sentado de maravilla. Aunque tenía agujetas de mover tantas cajas y de pintar todo el fin de semana, me sentía con fuerzas renovadas. Además, más me valía haber descansado, porque tenía un día por delante de mucho trabajo de nuevo, pensé resoplando. Debía acabar de pintar las dos habitaciones y el techo del baño. Así que, sin demorarme más, me levanté de mi mullida cama y me puse en movimiento.

Me preparé un café y cogí una silla del comedor para tomármelo en el balcón, donde creí que estaría más fresca. Mientras bebía a pequeños sorbos el café con leche de la taza, abrí la aplicación de Wallapop para buscar unas estanterías. Quería poder colocar todos los libros que había traído desde Fontplana. También buscaba una cajonera pequeña que me haría la función de mueble de televisión para el comedor. Aunque, a decir verdad, no sabía aún si funcionaba la vieja televisión de mi padre, porque no había tenido ni un momento para sentarme frente a ella y comprobarlo, sin embargo, no me importaba demasiado, porque con el portátil y Netflix tenía más que suficiente.

En Wallapop encontré la estantería y la cajonera a muy buen precio. Por suerte, ambas eran de la misma persona, así que quedé esa misma tarde para recogerlas en su casa. Esperaba que todo cupiera en el coche, porque prefería no tener que desmontar los muebles y así ahorrarme un buen rato de trabajo.

También estuve mirando en la misma aplicación una mesa y unas sillas para el comedor, pero me salía más caro de lo que podía gastar, que era prácticamente nada. Así que decidí que, por el momento, pasaría con la mesa de la cocina y las sillas. Las sacaría al comedor y, al menos, aquella habitación se vería algo más llena de

muebles de lo que estaba hasta ese momento. A grandes males, grandes remedios, me dije mirando a mi alrededor.
El comedor tenía un balcón minúsculo donde cabía poco más que el tendedero plegable, aunque a mí también me gustaba sacar una silla de la cocina para tomarme ahí el café como ya había hecho esa mañana. Me encantaba sentarme en el balcón y contemplar a través de la baranda de barrotes negros, a la gente que paseaba por la calle y, en especial, a los clientes del bar. Todos parecían muy diferentes entre sí y estaba convencida de que sus vidas estaban llenas de historias curiosas. Mi padre siempre me decía que le fascinaba mi capacidad para imaginar historias sobre cómo era la vida de la gente y la verdad es que no se equivocaba. Me gustaba fantasear con cómo eran sus realidades, haciendo cábalas sobre cómo serían sus casas, sus familias, sus trabajos… Si eran felices o si también, como yo, habrían vuelto a empezar de cero o, en cambio, tenían una vida convencional sin sobresaltos ni rupturas emocionales.

Prefería pensar en la vida de la gente y no pararme a pensar demasiado en los últimos acontecimientos de mi vida, porque la verdad es que me deprimía ver cómo mi presente había dado un giro de ciento ochenta grados en apenas unos días. «¿Quién me iba a decir a mí que Gonzalo me iba a poner los cuernos?», susurré. Y cuando empezaba a notar como las lágrimas llenaban mis ojos, me levanté de la silla en la que estaba sentada en el balcón y regresé a mi habitación para continuar colocando mi ropa en el viejo armario, que ahora pintado de blanco parecía tener un aire renovado.

Capítulo 14

—*Ey, tía, ¿qué tal va?* —me dijo Mónica nada más responder al teléfono.

—Bueno, he acabado de pintar, aunque quedan algunas cajas por vaciar todavía…

—*No desesperes, porque parece que en las mudanzas las cajas se reproducen. Cuando crees que has acabado, aparece una de la nada.* —Rio Mónica.

—Ya te digo… —le respondí dando un resoplido.

—*Nosotros vamos hasta arriba de curro toda la semana, por eso no me he pasado por tu casa*.

—¡Qué afortunados!

—*¿Qué dices, loca*?

—Pues eso, que ya me gustaría a mí andar a tope de tanto trabajo y no por la mudanza.

—*¿Qué pasa, que no encuentras nada de lo tuyo o qué*?

—Qué va, en estas fechas es difícil… En agosto parece que se pare el mundo, todo el mundo se va de vacaciones.

—*Sí, pero estoy segura de que para septiembre te sale algo interesante*.

—Más me vale, porque si no…

—*Oye, y ¿por qué no alquilas una habitación?*

—¿Alquilar?

—*Claro, una del curro, que va justa de pasta, lo hace y está muy contenta. Son unos ingresos extras que le van de coña* — explicaba Mónica intentando animarme.

—Vaya, pues no es mala idea —le contesté, pensativa.

—*Claro, podrías alquilar la habitación mediana*.

—¿Donde dormía yo antes de irme a Fontplana?

—Sí, esa.

—Bueno, no es mala idea. Tiene una cama que está bien, un armario y un escritorio.

—Pues piénsatelo, porque por ahí puedes ganar unos eurillos.

Cuando colgué el teléfono, después de un rato de hablar con Mónica, me puse a investigar en varios portales de internet por cuánto podría alquilar la habitación. Quizá la idea de Mónica no era tan loca como me había parecido en un principio y sería una manera de conseguir dinero extra.

Me sorprendió ver que en mi barrio, que en los últimos años se había puesto muy de moda, las habitaciones en pisos compartidos iban muy buscadas. Por menos de trescientos euros no se encontraba nada. Así que pensé que sería una buena opción poner la habitación en alquiler, consiguiese trabajo en breve o no. Además, tener un compañero de piso también me haría sentir más acompañada y tendría alguien con quien hablar. Eso sí, le debían gustar los gatos, porque Mini era un miembro más de mi pequeña familia.

Estaba consumiendo los datos de mi teléfono a velocidad de vértigo y, como todavía no me habían instalado la fibra en casa, pensé que sería buena idea bajar al bar y, por el precio de un café con hielo, utilizar su wifi.

Desde que me había instalado en Poblenou, cada vez me gustaba más la terraza del bar de debajo de mi casa. Los dueños, aunque con cara de cansados y con un castellano justito, se esforzaban en atenderme lo mejor que podían. Eran muy amables. Además, tenían tres niños que parecían muy educados, que siempre estaban sentados en una mesa dentro del bar, pintando o mirando una pequeña *tablet*. Los tres tenían el pelo muy negro y liso, las dos niñas por debajo de los hombros y el niño muy corto.

Como siempre me han gustado los niños y en Fontplana había trabajado como canguro, echaba en falta relacionarme con ellos. Así que, cuando me acabé el café con hielo, entré al baño y al salir, me detuve y empecé a hablar con los pequeños. Elogié los dibujos que hacían. Estuve un rato con ellos y así me enteré de que las niñas tenían once y seis años y el niño, el más tímido de los tres, tenía ocho. Me entretuve en ayudar a pintar a la pequeña su dibujo, que con unos mofletes sonrosados y regordetes no dejaba de hablarme y

sonreírme.

Un rato después, regresé a la terraza para continuar con mi búsqueda de información sobre el alquiler de habitaciones. Cada vez tenía más claro que con los precios que se estaban pagando en el barrio, debía alquilar la que había sido mi antigua habitación, porque si no lo hacía, sabía que acabaría utilizándola para guardar trastos inservibles y teniendo problemas para llegar a fin de mes.

Cuando más concentrada estaba con lo que leía en mi teléfono, noté como unos dedos me tamborileaban en el hombro. Levanté la mirada de la pantalla y vi a la pequeña de los tres hermanos:

—¿Me ayudas? —me dijo, mostrándome su dibujo con su sonrisa mellada.

—Pues claro, siéntate, anda —le respondí colocando una de las sillas que había alrededor de la mesa a mi lado.

—Espera, que voy a buscar los colores.

Yo sonreí al verla entrar toda apresurada en busca de su estuche, donde atesoraba un buen puñado de rotuladores y pinturas.

—Oye, ¿cómo te llamas? —me preguntó la pequeña al sentarse junto a mí con su mofletuda sonrisa.

—Julieta, ¿y tú?

—Mei.

—¡Qué nombre tan bonito! —le dije con una gran sonrisa.

—Julieta, ¿pueden venir mis hermanos a pintar con nosotras? —me preguntó nada más sentarse.

—Pues claro, aquí estaremos más frescos que dentro del bar —le dije guiñándole un ojo.

Tal y como acabé de hablar, la pequeña se levantó y salió corriendo hasta donde estaban sus hermanos. Vi cómo les decía algo y la mayor se levantó instantes después. El niño decía que no con la cabeza, pero, al final, al ver que sus hermanas salían a la terraza en dirección a mi mesa, cogió su cuaderno y salió corriendo tras ellas. Al final, él llegó hasta donde yo estaba sentada antes que las niñas.

—Vaya, ¡qué bien! —les dije sonriente.

—Julieta, esta es Kumiko y él es Ming —me dijo la pequeña Mei.

—Ay, gracias por decirme cómo os llamáis, porque antes he estado con vosotros y ni os los he preguntado… —respondí a la pequeña mientras veía como los tres me miraban con los ojos muy abiertos.

Cuando el dueño del bar vio que los tres niños se habían sentado alrededor de mi mesa, se acercó a ellos y les dijo algo en chino. Los tres pequeños se levantaron en seguida de las sillas que había alrededor de mi mesa con el gesto triste:

—No me molestan, de verdad —me apresuré a decirle.

—Que vayan *dentlo*, usted está aquí *tlanquila* —me dijo con gesto amable.

—No, por favor, me gusta que estén aquí, estamos pintando.

El padre miró a los niños, que con sus caras le suplicaban que les dejase quedarse conmigo. Supongo que el hecho de poder estar con alguien nuevo les entusiasmaba, después de todas las horas que, imagino, que pasarían encerrados entre las cuatro paredes de aquel bar.

Pasé la mayor parte del verano en compañía de los tres hermanos. Cada vez que bajaba a tomarme un café y a utilizar su wifi, ellos acababan sentados a mi mesa para dibujar, jugar al parchís o hacer los deberes de vacaciones. Así descubrí que los tres eran muy buenos en matemáticas, pero no tanto en la parte de lengua. Disfruté muchísimo practicando la lectura con Mei que, con su desparpajo, sus ojos rasgados y su sonrisa mellada, como la que yo tenía en la foto que estaba encima de la televisión de mi casa, me había robado el corazón.

Los padres de los niños cada vez que veían que los tres pequeños corrían junto a mí cuando me sentaba en la terraza, venían a disculparse y a preguntarme si quería que los pequeños estuvieran conmigo. Evidentemente, siempre les respondía que estaba encantada de que me hicieran compañía y ellos me contestaban: «*Glasias*, muy amable» y algo en chino a los niños, que imagino que sería un *portaos bien* o algo por el estilo.

Según fueron pasando los días, la confianza con la familia fue creciendo. De manera que los tres pequeños se abrieron a mí, y me acabaron contando que dormían en el almacén del bar. Por lo visto, según me explicó la mayor, sus padres habían gastado todo el dinero que habían ganado antes trabajando en un bazar de un hermano de su padre para comprar el bar, por lo que no tenían otro lugar a donde ir. «No soy la única que no tiene ningún sitio más donde vivir», pensé con una media sonrisa triste mientras escuchaba a Kumiko.

A finales de agosto, siempre que iba al bar y echaba una mano a los niños con los deberes o simplemente los distraía un rato, la madre me regalaba unas fiambreras con lo que había quedado del menú del mediodía, cosa que yo le agradecía muchísimo, porque así podía ahorrar el poco dinero que empezaba a quedar en mi cuenta bancaria. Dicen que cuanto más pobre eres, más generoso te vuelves y la señora Lin me demostró que eso era absolutamente cierto.

Capítulo 15

Fue precisamente durante aquellos días en los que mi cuenta bancaria empezaba a resentirse y a pasar por momentos de escasez, cuando decidí no pensármelo más y poner en alquiler la habitación mediana de mi casa. Aunque antes acabé de adecentarla, vacié el armario y retoqué algo de la pintura, porque con las prisas por acabar y olvidarme por un tiempo de la cubeta y el rodillo, había algún que otro brochazo en el techo. Cuando estuvo lista, le hice fotos. Creé un perfil en distintos portales de alquiler de habitaciones y subí las imágenes.

La misma mañana en la que colgué las fotografías, me llegaron varias solicitudes para ver la habitación. Estaba sorprendida de la inmediatez en la respuesta que había tenido mi anuncio, por lo que esa misma tarde concerté tres visitas.

Me asustaba bastante pensar en el tipo de persona que podía acabar metiendo en mi casa, por eso decidí que sería muy estricta con el perfil de inquilino que aceptaría. Además, pedí a Mónica que estuviera conmigo en casa para recibir las visitas:

—Tía, eres una cagada, parece mentira. —Rio Mónica, cuando le rogué que me hiciera de carabina.

—Jo, Moni, ¿es que si entra en mi casa un loco?

—Sí, claro, y te corta a trocitos y hace croquetas contigo.

—Calla, calla, que me pongo mala…

A lo que Mónica me respondió con una sonora carcajada, como siempre hacía.

—Va, iré —respondió resoplando—. ¿A qué hora es la primera visita?

—Tengo una a las seis, otra a las siete y la última a las ocho.

—Joder, tres en una tarde, ¡qué éxito!

—Ya te digo y para mañana y pasado tengo más.

—Es para flipar.

—La gente va como loca por conseguir una habitación aquí en Poblenou.

—¿Por cuánto la alquilas al final?

—Por trescientos cincuenta, ¿mucho?

—Un pastizal, pero con la demanda que tiene el barrio, seguro que hay un montón de gente dispuesta a pagar eso y más.

—Me parece un abuso, pero es el precio medio.

—Tampoco vas a hacer la panoli poniéndola más barata. ¡Qué pena que Ramón y yo no tengamos ninguna libre, que sino!

—Buah, tía, estoy muerta —dijo Mónica tirándose en el sofá y descalzándose.

—Y yo —contesté imitándole.

—Vaya tres tías más raras, ¿no? —añadió haciendo referencia a las tres visitas que habían venido esa tarde a ver la habitación.

—Mucho… Aunque alguna de las tres me diga que le interesa la habitación, les digo que no, que ya está alquilada o algo así.

—¿Te imaginas convivir con ellas?

—Me vuelvo loca de remate. —Reí.

Empezaba a estar un poco cansada de recibir visitas que escrutaban la habitación, el comedor, la cocina y el baño, que eran los lugares a los que les daba acceso el alquiler, y que hacían mil preguntas. Algunos ponían mala cara al ver que Mini campaba a sus anchas por toda la casa, cosa que los eliminaba directamente en mi lista mental de posibles inquilinos, evidentemente. Lo tenía muy claro, si querían la habitación, debían aceptar que aquella era la casa de mi gata.

El quinto día que recibí visitas fue un viernes. Por suerte, esa tarde solo tenía una persona interesada en alquilar la habitación. Por lo visto, cuando llega el fin de semana y encima estamos a finales de agosto, la gente se olvida de que necesita encontrar una habitación en la que vivir y prefiere irse a la playa.

La cuestión es que aquella tarde, solo tenía programada una visita de un tal Matías. En su perfil poco más aparecía que su nombre, por lo que estaba un poco a la expectativa con el tipo de persona que podía encontrarme una vez abriese la puerta de casa. Como los días anteriores, Mónica continuaba haciéndome de carabina.

—Bueno, tía, en cuanto se vaya la visita, nos vamos a la playa

nosotras también. A ver si cojo algo de color antes de que se acabe el verano —me decía Mónica mirándose al espejo y contemplando su piel pálida.

—Sí, y a ver si así me dura a mí un poco más el moreno.

—Joder, ¿un poco más? Pero si yo a tu lado parezco la novia cadáver —añadió poniendo su pálido brazo al lado del mío, por lo que no pude evitar reírme.

Justo cuando estábamos mirándonos al espejo y comparando nuestros tonos de piel, sonó el timbre del interfono de forma tan inesperada que ambas dimos un bote al oírlo.

—Va, tía, crucemos los dedos a ver si hay suerte —me dijo Mónica mientras yo descolgaba el telefonillo.

Instantes después de abrir el portal, sonaba el timbre de casa.

—Joder, ¡qué velocidad! Este es peor que el correcaminos… —susurró Mónica mientras yo le hacía la señal de silencio, para que se callase justo antes de abrir la puerta.

—¡Hola! ¡Buenas tardes! Soy Matías, el chico que viene a ver la habitación.

Cuando Mónica y yo vimos lo que teníamos delante nos quedamos sin poder articular palabra. Ante nosotras teníamos un hombre de casi dos metros de altura, moreno de piel, con el pelo castaño claro, algo largo y ondulado y con los ojos verdes. Nos miramos incrédulas y nos apartamos de la puerta para dejar entrar a aquel Adonis.

Mini también se acercó a saludar y, para mi sorpresa, el tal Matías la cogió en brazos nada más verla.

—Pero ¡qué bonito!

—Bonita, bonita, aquí todo somos chicas —aclaró Mónica con una gran sonrisa.

—Sí, ella es Mini, vive conmigo. Mónica tiene otra casa, con su novio. —Sin dejar de sonreír, quise dejarle claro que allí solo vivíamos la gata y yo, y que Mónica estaba ocupada.

Al decir que Moni vivía con su novio me sentí un poco estúpida. ¿Qué estaba haciendo? Yo no quería saber nada de chicos y desde que había abierto la puerta y había visto a aquel pedazo de hombre, no podía pensar en otra cosa que en arrancarle la ropa a mordiscos. Sin duda, la abstinencia me estaba sentando fatal.

Le enseñé la casa a Matías, haciendo gestos a Mónica para que

nos dejase a solas. No sé qué me pasaba, pero no podía dejar de sonreír al que pretendía que fuese mi futuro inquilino ni de hacerme la simpática. Él continuaba con Mini en brazos y no dejaba de acariciarla, a lo que mi gata respondía con un sonoro ronroneo que ya les gustaría a los moteros de *Sons of Anarchy* que hicieran sus Harleys.

—Y ¿a qué te dedicas?

—Soy higienista bucodental —me contestó sonriendo, con lo que pude comprobar que tenía unos dientes absolutamente perfectos y absolutamente higienizados.

—Te lo pregunto por saber si tienes ingresos regulares.

—Sí, sí, puedo enseñarte el contrato y la nómina, es normal que quieras asegurarte de quién metes en casa —me respondió mirando a su alrededor.

—Sí, es la primera vez —me sonrojé al decir esto.

¿Qué me pasaba? Estaba actuando como una niña con aquel chico. Seguro que después de ver cómo me comportaba sería él quien no querría alquilar la habitación.

—Tranquila, lo entiendo —respondió mirando a través de la ventana de la habitación.

—Es un lugar tranquilo —le aseguré—. El comedor y mi habitación que dan al otro lado son la zona más ruidosa, pero esta habitación y la otra pequeña, que dan a la isla interior, son muy tranquilas.

—Perfecto, entonces, todo claro —me respondió volviendo a mirar a su alrededor.

—Genial. ¿Estás interesado? —le pregunté, aunque al instante pensé que parecía desesperada porque se quedase la habitación.

—Pues sí y la verdad es que me vendría genial instalarme cuanto antes mejor.

—Ah, perfecto. Por mí no hay problema. La habitación está preparada, así que puedes mudarte en cuanto quieras.

—Pues si te parece mañana mismo, que es sábado, traigo mis cosas y como el domingo es uno de septiembre, podemos firmar el contrato.

—Perfecto. ¿A qué hora vendrás mañana?

—Si te va bien, vendré a eso de las cuatro y así tengo toda la tarde para colocar las cosas con calma.

Cuando Matías se marchó, cerré la puerta tras de mí y apoyé la espalda en ella con cara de lela. Mónica se me quedó mirando muy seria:

—Tía, límpiate las babas…

—Buah, ¿se me ha notado mucho?

—Abajo si se te ha notado. Pero si ni has parpadeado cuando te ha dicho que se instalaba mañana, solo te ha faltado tumbarte en la cama y gritarle que te poseyera… —Rio Mónica, a lo que yo no pude evitar contestarle con una enorme carcajada.

Capítulo 16

El telefonillo sonó a las cuatro en punto. La hora en que Matías me dijo que llegaría. Abrí el portal y también la puerta de casa y bajé para echarle una mano con las cosas.

—No, tranquila, son pocas cajas, aunque muy pesadas —me dijo sonriendo con su *sonrisa-absolutamente-perfecta-de-higienista-bucodental*.

Yo no hacía nada más que mirarle y sonreírle. Tener a un chico tan guapo en casa, viviendo bajo mi mismo techo me ponía nerviosa y, sin duda, cara de tonta.

—Los chicos solemos tener menos trastos que las chicas. —Me volvió a sonreír mientras acababa de subir las bolsas con sus enseres por las escaleras.

—Buf, yo llené dos coches enteros de trastos… —le conté recordando los dos viajes que hice con el Golf a rebosar desde Fontplana.

Matías colocó todo lo que había traído dentro del que de entonces en adelante sería su armario. Se notaba que era un chico resolutivo y muy organizado.

Para evitar que se sintiera observado, decidí irme al comedor a mirar las ofertas de trabajo del día. La verdad es que estaba cansada de enviar mi currículum a todos los puestos que se adecuaban a mi perfil, para no obtener ninguna respuesta. Por suerte, al día siguiente era uno de septiembre, el mes en que el mundo *resucitaba*, por lo que aquello me daba esperanzas de que quizá tuviese alguna posibilidad de encontrar trabajo, al menos una.

Estuve un buen rato en el sofá mirando el teléfono y sorprendida de no escuchar ruidos en la habitación de Matías. Fui al baño y miré hacia su habitación disimuladamente. Estaba leyendo tumbado encima de la cama y sin camiseta. «Madre-mía-de-mi-vida-y-del-

amor-hermoso», pensé a la vez que entraba al baño. Cuando cerré la puerta tras de mí, me apoyé en el lavamanos y escribí a Mónica:

«Moni, Matías ya está instalado. Ahora mismo está tumbado encima de la cama sin camiseta».

«Tía, joder, ¿ya te lo has metido en la cama?», me contestó mi amiga al instante.

«¡Qué bruta eres! Está en su habitación y leyendo… ¿Se puede ser más perfecto?».

«Bueno, no cantes victoria hasta que sepas si le huelen los pies».

Yo no pude evitar reírme al leer el último mensaje de Mónica. Me tapé la boca en un intento de que Matías no me escuchase, pero la verdad es que con el graznido que había hecho instantes antes, si me había escuchado ya no tenía nada que hacer para evitarlo.

Los días fueron pasando y septiembre avanzaba. Matías pasaba fuera desde primera hora de la mañana hasta la noche, por lo que yo estaba a solas con Mini la mayoría del tiempo o en el bar de los Lin ayudando a los niños con los deberes del colegio, que a aquellas alturas de mes ya había empezado. También aprovechaba para seguir buscando trabajo, por lo que mi rutina no había cambiado demasiado.

Empezaba a desesperarme porque, aunque el dinero que Matías me pagaba por la habitación era una inyección de efectivo importante para mi economía, continuaba con mi cuenta corriente en horas bajas. Así que a la mañana siguiente, me levanté con el firme propósito de encontrar trabajo, no podía esperar más. Imprimí un buen montón de currículum y pasé por todos los centros de fisioterapia de la zona para dejarlo. Prácticamente en todos me dijeron que no necesitaban a nadie, en otros que me tendrían en cuenta por si tenían alguna baja, otros no me hicieron ni caso y estoy segura de que cuando salí por la puerta mi currículum acabó en la papelera, pero tenía que hacer algo, no podía quedarme de brazos cruzados.

Recuerdo que estaba tan desesperada que me plantee dejar a un lado mis ganas de trabajar como fisioterapeuta y empezar a trabajar en una tienda de ropa, en un supermercado o en lo que saliese. «Ya vendrán tiempos mejores, Julieta», me decía una y otra vez, aunque me resistía a renunciar otra vez a mis sueños, como ya hice en Fontplana años atrás.

Una mañana muy temprano, cuando ya llevaba días empezando a sentirme desesperada por los números que aparecían en mi cuenta bancaria, me despertó el timbrazo del teléfono. Yo que pensaba que era el despertador lo apagué de mala gana y me di media vuelta en la cama, pero para mi sorpresa volvió a sonar segundos después. Fue en ese instante cuando mi cerebro adormecido se dio cuenta de que aquellos pitidos, que me intentaban sacar otra vez de mi dulce sueño, no era el despertador, si no el timbre de una llamada telefónica. Me senté en la cama aturdida, carraspeé y descolgué el teléfono mientras Mini, medio dormida también, me miraba desde los pies de la cama.

—¿Sí?

—*¿Julieta Olivares*?

—Sí, soy yo.

—*La llamo del centro de Fisioterapia Sant Andreu para hacerle una entrevista. Estamos buscando un fisioterapeuta para cubrir una baja por maternidad y, quizá, una posible incorporación posterior a media jornada. No sé si está usted interesada…*

—Sí, sí, por supuesto.

—*Perfecto. Pues ¿podría venir esta tarde sobre las cuatro y media a hacer una entrevista con Mar?*

—Genial, ahí estaré.

Cuando colgué, me volví a tumbar en la cama y, estiré los brazos con una gran sonrisa y pataleé. Al fin, había conseguido una entrevista para trabajar como fisioterapeuta. La verdad es que solo era para cubrir una baja de maternidad y, después, imagino que, si les gustaba, quizá me incorporarían a media jornada, me dije repitiéndome lo que me acababa de decir la chica sin parar de sonreír y de patalear sobre el colchón.

Estaba muy emocionada. Aunque no me eligieran para el puesto, al menos, ese era un primer paso, aunque fuese pequeño, hacia mi nuevo futuro. Alguien me estaba teniendo en cuenta para darme el trabajo que deseaba.

Salí de la entrevista con la sensación de que me elegirían a mí. Mar, que era la chica que me había entrevistado, parecía que estaba muy satisfecha con mi currículum y con la experiencia que tenía que, aunque era poca, me dijo que para ellos era perfecta porque así me acostumbraba a su forma de trabajar. Les interesaba formarme para

evitar que tuviese vicios adquiridos.

Mientras regresaba en bus a casa no podía dejar de imaginar cómo serían mis jornadas en aquel centro de fisioterapia. Yo nunca había tenido la oportunidad de trabajar en un lugar así, solo había hecho sesiones a pacientes en sus propias casas y había cubierto alguna sustitución en centros muy pequeños de los alrededores de Fontplana, por lo que trabajar con un equipo era algo muy nuevo para mí y que me ilusionaba mucho.

Justo cuando bajé del autobús, oí que sonaba mi teléfono. Lo busqué nerviosa dentro del bolso, mientras no dejaba de escuchar sus timbrazos. Al fin di con él que, como siempre, se había ido al fondo del todo, y descolgué:

—¿*Julieta*?

—Sí, soy yo.

—*Soy Mar, del centro de fisioterapia*.

—¡Hola, Mar! —le respondí con un nudo en el estómago y sorprendida de que me llamase tan rápido.

—*Te llamo para decirte que queremos que seas tú la persona que trabaje con nosotros*.

—¡Oh, gracias!

—*Nos has gustado mucho y creemos que encajas perfectamente en el perfil que estamos buscando. Así que, si te parece, mañana por la mañana vienes al centro para empezar con los papeleos del contrato y mañana mismo te puedes incorporar. Porque me has dicho que no estás trabajando en ningún otro centro, ¿verdad?*

—No, no, en ninguno.

—*Genial, entonces, así te puedes incorporar ya*.

—Pues mañana nos vemos, perfecto.

Cuando colgué no sabía si gritar, bailar o saltar de emoción. Tenía un trabajo como fisioterapeuta y lo había conseguido en mi primera entrevista, aunque después de buscarlo durante más de dos meses en Barcelona y años en Fontplana.

En ese momento, no me importaban las horas que había pasado buscando ofertas de trabajo, ni los currículums repartidos en mano por todos los centros de fisioterapia de Barcelona. Lo importante era que lo había conseguido y que, de una vez por todas, empezaba una nueva etapa.

Llamé a Mónica para decirle que en media hora nos veíamos en el bar de los Lin para celebrar que al fin tenía trabajo. Me sentía pletórica, no podía dejar de sonreír.

Llegué mucho antes que mi amiga al bar, así que me senté a una de las mesas de la terraza para esperarla. Cuando el señor Lin vio que me sentaba, se acercó a mi mesa.

—*Señolita* Julieta, buenas *taldes*.

—Hola, señor Lin, ¿cómo está? ¿Y los niños, dónde están?

—*Dentlo*, con mi esposa. *Quelía decile* una cosa… —me dijo mientras daba vueltas con las manos alrededor de la bandeja.

—Dígame…

Y así me explicó el señor Lin que estaban muy agradecidos con todo lo que ayudaba a sus hijos, pero que necesitaban que les ayudase más. Al escuchar esto no supe qué decir, no entendía a qué se refería con ese «ayudarlos más». Puse cara de no entender qué me decía, por lo que él, como pudo, me dijo que su mujer y él llevaban trece años en España y que hasta hacía cinco habían trabajado en el almacén del Bazar de su hermano. Como no habían estado de cara al público les había costado mucho el idioma, igual que les pasaba a sus hijos. Por eso me pidió que les enseñara a su mujer y a él a hablar castellano. «Una *hola* cada *talde* o cuando le vaya bien», me dijo, sin dejar de dar vueltas a la bandeja.

Ellos a cambio, me comentó, podrían darme fiambreras con comida. Dinero no, porque de eso tampoco iban muy sobrados. Yo acepté sin dudarlo, además le dije que igualmente me gustaría continuar echando una mano a los niños en el cole. La verdad es que tenía mucho cariño a los tres pequeños y me hacía ilusión seguir ayudándolos. Al fin y al cabo, la familia Lin ya había empezado a formar parte de mi vida y no tenía ninguna intención de que dejara de ser así.

Además, no me supondría mucho esfuerzo combinarlo con el trabajo, porque acababa mi jornada a las cinco de la tarde, así que a eso de las seis podía estar en el bar sin problema para pasar un rato con ellos.

Los Lin se estaban convirtiendo en mi pequeña familia, porque además de Moni, pocas personas más tenía a mi alrededor que me hicieran sentir así. El Adonis con el que compartía casa, por el momento, solo me alegraba la vista al verlo, aunque con eso tenía

suficiente… ¡Por el momento! Porque no podía dejar de imaginar y de tener sueños húmedos con él, como decía mi amiga.

Al fin, parecía que el viento empezaba a soplar a mi favor.

Capítulo 17

Entre el trabajo, la familia Lin y Matías en casa, las semanas pasaban tan rápido que parecía que volaban. Me levantaba los lunes con un sueño tremendo y, cuando me daba cuenta, volvía a ser viernes de nuevo y tenía todo el fin de semana libre por delante.

Aquellos primeros meses en Barcelona, a pesar de lo que imaginé en un primer momento, fueron más fáciles de lo que esperaba y más vacíos del recuerdo de Gonzalo. Hice mías rutinas de ciudad que tenía olvidadas y me parecieron ajenas aquellas tan arraigadas como ir a recoger los huevos de las gallinas cada mañana. No me resultó nada difícil acostumbrarme a mi antigua vida en Barcelona y a no echar de menos la de Fontplana.

Sin darme cuenta llegaron las fechas navideñas, días que no eran sencillos para mí desde que no estaban ni la abuela ni mi padre. Eran días de grandes ausencias y en los que me sentía especialmente sola. Sin embargo, ese año, Mónica ya lo tenía todo arreglado para que no pasara ni un día de las fiestas sin compañía.

—Mi madre cuenta contigo para cada día de fiesta, así que pobre de ti si faltas.

Me argumentaba Mónica cuando le decía que me sabía mal ir cada día de las fiestas navideñas a casa de sus padres.

—Anda ya y no digas tonterías, que ya sabes que, desde que éramos unas enanas, para mi madre siempre has sido una más de la familia.

Ante eso no podía negarme a pasar las fiestas con mi amiga y los suyos.

Matías, por lo visto, tampoco tenía demasiada familia, porque no acostumbraba a hablar de ellos muy a menudo. A veces le escuchaba reírse y hablar por teléfono en su habitación y oía que decía que los echaba de menos. Sin embargo, nunca me había atrevido a preguntarle con quién hablaba, consideraba que no

teníamos aún la confianza necesaria o eso, al menos, era lo que yo creía. Tampoco me había atrevido a preguntarle con quién pasaría las fiestas, porque si me respondía que estaría solo, no sería capaz de invitarlo a que viniera con la familia de Mónica y conmigo.

Hablar con Matías provocaba en mí una mezcla de emociones que me removían por dentro. Me daba paz estar a su lado, pero a la vez sus miradas, su forma de hablar y de moverse me provocaban un nerviosismo interno que no adivinaba cómo controlar. Sin embargo, sabía que eso eran cosas que solo pasaban dentro de mí, porque tenía muy claro que Matías jamás llegaría a sentir nada por mí más que cariño de compañero de piso, por mucho que yo hubiese fantaseado con eso.

En el trabajo las cosas continuaban muy bien. Aunque me quedaban un par de semanas para que acabara la sustitución de maternidad que estaba cubriendo, mi jefa ya me había confirmado que continuaría después con una media jornada. De cara al verano, quizá podría ampliar horario hasta llegar a la jornada completa, aunque eso aún no me lo podía asegurar. Evidentemente, mis ingresos se reducirían, pero entre el trabajo y el alquiler de la habitación a Matías podría llegar a fin de mes sin demasiados problemas. No era una persona de grandes gastos. No me gustaba ir de compras, por mucho que fastidiase a Mónica, así que con la ropa básica de ir a trabajar y algún modelito para las ocasiones especiales, pasaba toda la temporada. De manera consciente o no, la vida en Fontplana me había acostumbrado a ser austera.

En el trabajo organizamos una comida de Navidad que acabó convirtiéndose en cena y en salida nocturna. Cierto es que no todos los trabajadores aguantaron el ritmo de las que nos quedamos a las copas y al baile tras la cena, por lo que muchos se marcharon a casa poco después de salir del restaurante. Pero Ana, de recepción, Lorena, Silvia y Mila, compañeras mías de fisioterapia y yo aguantamos hasta el final.

Todas estaban divorciadas y algunas tenían hijos, menos Ana que era soltera. Las cinco éramos las que nos lo pasábamos mejor en el centro, siempre estábamos haciendo bromas incluso con los propios pacientes, que acababan riendo con nosotras; a diferencia de muchos de mis compañeros, quienes parecía que en lugar de ir a trabajar iban de entierro por su rictus serio y sus hoscas palabras.

Después de aquella cena de Navidad en la que nos lo pasamos tan bien, las cinco empezamos a salir prácticamente cada fin de semana. A veces no coincidíamos todas, porque algunas de las que tenían niños debían quedarse con ellos. Pero yo no faltaba a ni una de las salidas, no tenía obligaciones ni le debía explicaciones a nadie, así que no me perdía una. Íbamos a bailar o a ver bandas tributo de grupos de nuestra época y bailábamos y reíamos hasta las tantas. Tener un grupo de amigas divorciadas o sin pareja, como yo, me sentó genial.

He de reconocer que esa fue una época bastante loca. Salía cada sábado por la noche hasta las tantas, aunque eso hacía que el domingo estuviese hecha polvo. Me despertaba muy tarde y necesitaba el resto del día para recuperarme. Sin duda, la edad no perdona. Además, como no estoy acostumbrada a beber demasiado alcohol, el par de mojitos que acababa tomándome a lo largo de la noche hacían que tuviese resaca al día siguiente y eso me dejaba prácticamente anulada.

En esa época también conocí a varios chicos. Además de los típicos moscones que cada noche que salíamos se nos acababan enganchando, de vez en cuando había alguno interesante como Marcos, Pablo o Miguel. Aunque por decirlos de carrerilla parezca que fueron uno detrás de otro, he de confesar que no fue así. Tampoco me enamoré de ellos, porque yo continuaba con Matías en la cabeza, pero sí di rienda suelta a las necesidades de mi cuerpo. A ninguno de los tres los llevé a mi casa. No quería que mi compañero de piso supiera nada de ellos, por lo que siempre acabábamos en sus camas y no en la mía.

La verdad es que con el único con el que repetí varias veces fue con Pablo, pero cuando me empezó a hablar de tener una relación seria, fuera de lo que teníamos hasta entonces, salí corriendo. No me reconocía. Yo, que había sido una chica con novio formal, su *novio-de-toda-la-vida*, y encontrarme con una situación en la que un chico me decía de tener algo más allá de estar entre las sábanas, yo desaparecía. Imagino que estaba viviendo una nueva etapa en mi vida sin obligaciones ni convencionalismos, y cambiarla por otra más serena y estable me asustaba, no me apetecía o quizá era porque no había encontrado la persona adecuada que me lanzase a dar ese paso.

Lo cierto era que, por el momento, solo quería disfrutar y divertirme, llevaba mucho tiempo sin hacerlo y ahora, al fin, parecía que la vida me estaba dando la oportunidad y no estaba dispuesta a desaprovecharla.

Capítulo 18

El frío del invierno, que se había dejado sentir durante la última semana, me hizo coger un resfriado de campeonato. Aunque no tenía fiebre, notaba esa sensación de cabeza aturdida combinada con un sinfín de estornudos. Cuando empezaba a estornudar parecía que entraba en bucle y no paraba hasta que mi cuerpo decía basta. Sin embargo, a pesar de encontrarme mal, dejé que mis amigas me convencieran para salir ese fin de semana. La verdad es que las temperaturas eran muy bajas, pero tras la insistencia de mis compañeras de trabajo, me animé y acabé saliendo con ellas.

—¡Va, Julieta, que hoy tocan los de la banda tributo de El Último de la Fila!

—No te lo puedes perder, ¡son buenísimos!

—Si me encantan, pero no me pidáis que sea el alma de la fiesta, ni que me vaya a dormir a las tantas como vosotras, ¿eh? Que necesito meterme en mi camita calentita pronto —les supliqué y ellas no pudieron negarse, aunque sabían que al final acabarían convenciéndome para que me quedase *un ratito más*.

El concierto empezaba a las diez de la noche. Quedamos sobre las nueve y media en la parada de metro cercana al local. Yo iba abrigada literalmente hasta las cejas. Además del abrigo más gordo que tenía, me puse un gorro con una borla de pelo en la parte superior, que me autorregalé las anteriores Navidades en Fontplana, guantes y una bufanda enorme envolviéndome el cuello y gran parte de la cara, por lo que a mis amigas les costó reconocerme.

—Julieta, *por Dior*, pareces una momia con tanta ropa —me dijo Ana al verme tan tapada.

—Va, vamos para el local que a Julieta le va a dar algo con todo eso puesto… ¡Qué exagerada que eres, nena! —añadió Mila entre risas, a lo que yo les contesté con un resoplido que se convirtió en

una especie de gruñido a través de mi enorme bufanda.
Justo cuando entrábamos en el local, empezaba a tocar el grupo. La música estaba muy fuerte y me aporreaba las sienes como si de un martillo se tratase. Mientras mis amigas se adentraron hacia el interior del local como almas movidas por el diablo, yo fui al guardarropa a dejar todas las prendas que llevaba encima. Eran tantas que entendería que me cobraran un extra por el abuso del servicio.

Mientras esperaba mi turno para deshacerme del cargamento de ropa, oía a la gente del público como coreaba a la par del cantante una de mis canciones favoritas de El Último de la Fila:

Veo tu casa desde mi balcón…
chimeneas y tu ropa al sol.
Aviones plateados
rozando los tejados.
Vestido y en la cama
vigilo tu ventana;
miro libros de pintura que robé.
No tengo hambre. Hoy, no comeré.
No sé de qué me quejo,
ya tengo lo que quiero.
Soy libre ante el espejo.

Aunque me encontraba fatal, no podía evitar susurrar las palabras de esa canción que tantas veces había cantado a voz en grito desde mi adolescencia. Cuando dejé mis cosas, ya estaba dispuesta y preparada para disfrutar del espectáculo. Me senté en un taburete junto a la barra, desde un lugar donde tenía buena visibilidad del escenario, y me pedí un agua natural con limón. Con las pastillas que me había tomado para poder salir, no me atrevía a tomar nada de alcohol. Así que, sorbito a sorbito, fui tomándome mi agua, mientras observaba cómo bailaban y se divertían mis amigas. Ellas, de vez en cuando, me miraban y me decían que me uniera a ellas, a lo que yo les contestaba con una negativa. La verdad es que las piernas no me acompañaban aquella noche para marcarme un bailoteo como hacían ellas, aunque me moría de ganas. Así que me distraía con el espectáculo y mirando a la gente divertirse. Sin

embargo, mi resfriado no me daba tregua y cuando estaba a punto de estornudar de nuevo, noté que un chico se me acercaba. Solo alcancé a ver que era bastante alto, y justo cuando me iba a decir algo, le estornudé encima, a la altura del pecho, para después sonarme ruidosamente al limpiarme la nariz. Di gracias a la música tan alta de que no se escuchara el estridente sonido que emitían mis fosas nasales cada vez que me limpiaba aquella noche.

Cuando acabé de sonarme y alcé la mirada con la esperanza de que aquel espécimen del sexo opuesto, que se me había acercado lo hubiera hecho por equivocación y de que ya se hubiese marchado de mi lado, escuché junto a mi oído izquierdo:

—Tranquila, así tendré un recuerdo tuyo —me dijo con una voz profunda que me sonó familiar.

Yo balbucí una *disculpa* justo antes de mirar quién era el hombre al que acababa de rociar con mis microbios y rogué que con ningún fluido más. Cuando miré a la cara de aquel chico que aún permanecía a mi lado me sorprendí al comprobar quién era.

—Pero ¿tú qué haces aquí? —le dije reconociendo al chico de ojos claros y pelo ondulado con el que compartía techo.

—Pues parece que lo mismo que tú. —Me sonrió.

—¡Qué coincidencia! —le respondí con una sonrisa de boba en los labios y el estómago encogido.

Era Matías, a quien, para mi sorpresa, también le gustaba El Último de la Fila. Como en casa siempre escuchaba música con los cascos, no tenía ni idea de cuál era su preferida.

—Vaya, parece que tenemos los mismos gustos musicales —me dijo mirando al cantante y tarareando la canción que sonaba justo en aquel momento y arrancándose a bailar delante de mí, me dijo que me animase a acompañarle.

Baila conmigo, amor, que soy muy cariñoso, guapa,
que aunque muy chico y muy feo, piloto de aeroplano soy.
Llévame al cine, amor, y a comer un arrocito a Castelló.
Si total son cuatro días, pa *qué vas a exprimirte el limón.*
Escolta, *piquer, dame aire con tu abanico,*

que sóc de Barcelona i em moro de calor.
Si solo tengo amor, ¿qué es lo que valgo yo?
Si tengo ganas de bailar,
¿para qué voy a esperar?
Ahora necesito amor,
es mi única ambición;
y como yo no sé bailar,
a galeras a remar.

Yo, aunque no sabía si me aguantarían las piernas, pensé que no debía desaprovechar la ocasión de pegarme un bailoteo con él y me bajé del taburete y me dejé llevar por la música y por Matías, que acabó dándome un abrazo con el último verso de la canción:

Ahora necesito amor…

Cuando vi lo que hacía, un fuego me subió desde la boca del estómago. ¿Aquello que estaba haciendo Matías qué era? ¿Una simple broma de una noche de fiesta? ¿Una muestra de cariño a su compañera de piso? ¿Qué me quería decir? ¿Me estaba tirando los trastos? Me soné de nuevo la nariz, porque empezaba a gotearme sin freno.

Mis amigas, que me observaban sin disimulo desde lejos, estaban encantadas de verme con un chico tan guapo. Cada vez que las miraba de reojo me sonreían y me hacían señales con los pulgares hacia arriba. Ana vocalizaba mirándome: «Has triunfado, cabrona». Y hacía la señal de victoria con los dedos índice y anular de ambas manos.

No podía evitar reírme, pero no quería que Matías se diese cuenta de lo que hacían, por lo que evitaba mirarlos demasiado. Intentaba centrarme solo en él. Ahora que estábamos en un lugar tan diferente al espacio que compartíamos cada día y aprovechando que él había venido a saludarme y que, por lo que parecía, tenía ganas de seguir acompañándome, no podía dejar pasar la oportunidad.

—¿Has venido con más gente? —le pregunté al oído, elevando la voz todo lo que el catarro me permitía.

—Que va, mis amigos son unos sosos y pasan de bandas tributo

—me dijo al oído, mirando de reojo al vocalista que empezaba a cantar un nuevo tema.

—Pues no saben lo que se pierden, porque estos son buenísimos.

—¡Y tanto! Yo soy muy fan de El Último de la Fila.

—Pues no tenía ni idea…

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —me dijo guiñándome un ojo y sonriéndome antes de dar un largo trago a su cerveza.

«¿Me ha guiñado el ojo?», pensé alucinada.

—No quiero molestarte con mi música en casa y por eso siempre me pongo auriculares —añadió.

—No me molestas —le sonreí con cara de pánfila—. Bueno, ahora sé que tenemos los mismos gustos, podremos escucharla juntos —le dije, aunque al instante pensé que había parecido muy desesperada con mi oferta y no pude evitar ruborizarme.

—Cuando quieras —me respondió sonriente y a mí me temblaron las piernas, pero esta vez no por el catarro. Por suerte, estaba sentada y no perdí el equilibrio—. Me voy a pedir otra cerveza, ¿quieres otro *gin-tonic*? —me dijo pensando que el agua con limón que estaba tomando en aquella copa balón, en la que me la había servido el camarero, era esa bebida.

—No, no, gracias, tengo suficiente con esta —le respondí un poco avergonzada.

—Pues brindemos —me dijo con su nuevo botellín de cerveza lleno.

—Chinchín —dije yo—, ¿por qué brindamos?

—Por ti y por mí y porque ahora vamos a poder escuchar música juntos, ¿no?

—Eso —le respondí riendo a la vez que juntaba mi copa con su cerveza.

—Porque podamos compartir muchas cosas —añadió chocando de nuevo el botellín a mi copa.

—Chinchín —respondí pensando en qué ser refería a eso de «compartir muchas cosas».

Mi mente calenturienta no podía dejar de imaginármelo desnudo sobre mi cama compartiendo muchas cosas juntos. Intenté parar mi imaginación en ese mismo instante antes de que fuera a más y no me sintiera capaz de mantener la compostura.

Él volvió a brindar por algo que no entendí, pero mi mente, que

estaba en rebelión contra mi voluntad, imaginaba cómo le arrancaba la ropa con los dientes y mi cerebro no podía procesar más información. Al ver que me guiñaba un ojo, yo le seguí el rollo y volví a chocar mi copa con su cerveza con una sonrisa de oreja a oreja.

Madre mía, quién me iba a decir que esa noche que me encontraba fatal y que había estado a punto de quedarme en mi cama sepultada bajo las mantas, iba a encontrarme a Matías en el concierto.

Aunque éramos compañeros de piso, él siempre era muy respetuoso e intentaba no molestarme. Dejaba siempre todas sus cosas recogidas, el baño impoluto, los platos limpios y guardados… La verdad es que era un lujo como compañero de piso, aunque yo echaba en falta más conversaciones con él, pero coincidíamos bastante poco en casa y eso hacía que casi no tuviéramos tiempo para charlar. Además, los ratos en los que los dos habíamos estado a la vez en el piso, yo había intentado hacerme la ocupada. Me daba un poco de corte que me descubriese mirándolo embobada. Sin embargo, más de una vez, cuando le miraba de soslayo, era yo quien lo pillaba mirándome, contemplando mi cuerpo de arriba abajo. Entonces, muerta de la vergüenza, ni me movía e intentaba hacerme la disimulada, aunque se me encogía el estómago solo con imaginármelo.

Aunque llevábamos varios meses compartiendo techo, no tenía ni la más remota idea de su vida, ni de la pasada ni de la presente. Solo sabía que trabajaba de higienista bucodental y poco más. La verdad es que era todo un misterio para mí, y aunque me moría de ganas por saber más de él, me frenaba preguntarle y que pensara que era una entrometida. Siempre había pecado de prudente, y con Matías quizá me estaba excediendo. Cualquiera de mis amigas en mi lugar, ya le habrían hecho un amplio tercer grado para saberlo todo de él.

Pese a mi catarro, la noche pasó sin apenas darme cuenta y el concierto acabó. Mis amigas continuaban en la pista bailando con la música que tras el concierto empezó a pinchar el *DJ*, pero sin acercarse a Matías y a mí. Sin embargo, no paraban de hacerme gestos desde la pista, a pesar de que intentaba hacer como si no las viera, para evitar marcharme del lado de mi Adonis.

—Me parece que te reclaman —me dijo Matías, mirando a mis amigas, que disimulaban cuando él las miraba.

—Sí, son mis amigas —le dije sonriéndole.

—¿Cómo es que no has ido con ellas?

—Porque con este colocón que llevo, me ha apetecido más quedarme tranquila en la barra.

—Pues mira qué bien, porque así has estado conmigo —respondió con una sonrisa cómplice, y yo no pude añadir nada que no fuese otra sonrisa de pánfila.

—Bueno, Julieta, me voy a casa —dijo dándome un abrazo y un beso en la mejilla—. Nos vemos en un ratito.

Correspondí a su abrazo, y me dejé embargar por su perfume que mis fosas nasales, pese a que estaban atrofiadas por el catarro, pudieron percibir su embriagador aroma.

Cuando se fue del local, no tuve duda de que Matías me gustaba mucho.

Capítulo 19

Cuando llegué a casa eran casi las dos de la madrugada. Entré intentando hacer el menor ruido posible, pero un estornudo me delató y fue instantes después cuando oí que se abría la puerta de la habitación de Matías.

—Trasnochadora, ya has llegado —dijo asomándose por la puerta entreabierta de su habitación.

—Sí, al fin conseguí arrancar a mis amigas de la pista de baile. —Sonreí—. ¿Qué haces aún despierto?

—Leyendo un rato. Cuando he llegado estaba tan despejado que no tenía nada de sueño.

—¿Qué lees?

—Nada, cosas del trabajo.

La verdad es que ante su respuesta pensé que no me quería dar demasiadas explicaciones de lo que tenía entre manos. Desde el pasillo pude ver que sobre la mesita de noche tenía un libro con la portada hacia abajo junto a su teléfono móvil que se iba encendiendo cada dos por tres con los mensajes que recibía. «¡Qué solicitado que está!», pensé. «Era demasiado bonito para ser cierto», me dije desanimada de que el rato de entretenida conversación y de lo que a mí me había parecido un tonteo, que habíamos mantenido durante el concierto, hubiera sido solo un espejismo.

—Bueno, me voy a dormir a ver si entro en calor —le dije para no entretenerle más y que pudiera atender a la legión de fans que parecía que no paraba de reclamarle desde su teléfono.

—Buenas noches, que descanses —me dijo sonriente y mirándome fijamente.

—Buenas noches —le respondí con mi habitual sonrisa de boba e intentando disimular que me goteaba la nariz.

—Pero antes un abrazo, ¿no? —me dijo cuando yo ya avanzaba hacia mi habitación.

—Claro —le dije dejándome abrazar disimulando mi sonrisa como pude y enterrándome sobre su pecho cubierto por una fina camiseta.

Con su olor me fui a la cama deseando que no se escapara de mi congestionada nariz en toda la noche.

A pesar del dolor de cabeza que tenía por el catarro y de lo cansada que estaba, porque la noche anterior no había podido dormir demasiado bien, me costó mucho conciliar el sueño al meterme en la cama. No podía evitar pensar en lo que había sucedido hacía un rato en el concierto y luego al llegar a casa con Matías.

La verdad es que me gustaba todo de él. Además de ser muy atractivo, me parecía un chico muy aventurero y misterioso, nada que ver con Gonzalo. Lo más descabellado que mi ex había hecho en su vida había sido irse a Fontplana a cultivar un huerto de verduras ecológicas. En cambio, a Matías lo veía un hombre hecho a sí mismo. Me lo imaginaba viajando por medio mundo con una mochila a la espalda como todo equipaje y buscándose la vida para salir adelante. Alguna vez me había comentado que había estado viviendo fuera varios años, pero no me atreví a preguntarle dónde, si había marchado por trabajo o, simplemente, por placer o, quizá, por amor.

A veces me arrepiento de no hacer las preguntas que se me ocurren, porque estoy segura de que, si lo hiciera, solucionaría muchas de las incertidumbres y suposiciones que después no dejan de girar en mi cabeza.

A la mañana siguiente, me levanté temprano. Estaba harta de dar vueltas en la cama. De madrugada, después de sonarme la nariz más de un millón de veces, me había quedado dormida pensando en Matías. Supongo que por eso acabé teniendo un sueño, que Mónica definiría como húmedo con él, que me acabó desvelando lo que quedaba de noche o, mejor dicho, las primeras horas de la mañana. Así que, entre el catarro y el sofoco de lo que había soñado, no dormí apenas.

Mientras recordaba el cuerpo desnudo de Matías que aparecía en mi sueño y me preparaba un café con leche para despejarme, oí de fondo que se abría la puerta de su habitación, por lo que supe que él aparecería en breve.

—Buenos días, bella durmiente —me saludó dándome un

abrazo.

—Buenos días —le dije inhalando de nuevo su olor a pesar de mi congestionada nariz.

—Me estoy acostumbrando a abrazarte y te aseguro que cuando me acostumbro a algo me cuesta mucho desengancharme —me dijo sin separar su cuerpo del mío y dándome un beso en el pelo mientras me hablaba.

—Tranquilo, estoy encantada con tu adicción —le dije sonriéndole cuando se separó de mí—. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor. ¿Preparo unas tostadas?

—Oh, genial, gracias. Yo soy tan perezosa que, por no preparármelas, la mayoría de los días acabo desayunando solo un café.

—Me voy a tener que convertir en tu cocinero especial. —Me sonrió mientras sacaba el pan de molde de la bolsa.

—¡Me encanta esa idea! —le respondí mientras le servía el café en su taza con cuidado de no derramarlo por los nervios de saber que no dejaba de mirarme.

—¿Qué te parece si preparo hoy la comida?

—No se me podría ocurrir mejor idea. —Le guiñé un ojo.

—Pues, señorita, tiene mesa reservada a las dos en el comedor.

—Ahí estaré, caballero.

Pasamos toda la semana coqueteando, bromeando y dándonos unos abrazos que cada vez eran más largos y con más contacto entre nuestros cuerpos. Por suerte, mi catarro acabó desapareciendo a lo largo de los días y volví a ser una persona y no uno de esos troles con la nariz como un pimiento morrón y con mocos colgando. Ahora que lo pienso, si Matías se atrevía a acercarse a mí e incluso abrazarme pareciendo un bicho del inframundo, debería ser por algo, ¿no? Quizá era porque tenía gustos un tanto exóticos o, tal vez, era porque yo le gustaba, aunque fuera un poquito, y el resto no le importaba, ¿no?

—Oye, ahora que se te ha marchado el catarro, deberíamos celebrarlo, ¿no crees?

—¿Celebrarlo? —Lo miré con gesto de *este-tío-se-ha-vuelto-loco-de-remate-pero-me-encanta*.

—Claro, siempre hay que celebrar las cosas buenas de la vida —me dijo con una gran sonrisa.

—Tienes razón. ¿Qué propones? —le dije levantando una ceja haciéndome la interesante.

—Pues podríamos ir por ahí el sábado por la noche. ¿Qué te parece?

—¿*Por ahí* qué significa? —le pregunté pensando en que me daba igual donde fuéramos, porque con él estaba dispuesta a ir al fin del mundo.

—Pues no sé, por ahí. Yo qué sé ya se nos ocurrirá algo. ¿No?

—Siempre me ha gustado conocer sitios nuevos…

—¡Ah! ¿Quieres que te lleve a un sitio nuevo?

—Pues estaría bien… —le dije con una sonrisa pícara.

—No me estarás proponiendo una cita, ¿verdad? —Me miró cómplice.

—¿Yo? No, no, para nada… —bromeé.

—Pues tiene toda la pinta, porque usted me está diciendo que la lleve a un sitio nuevo, que le gusta que le sorprendan. Así que da por hecho que iremos los dos solos —bromeó empezando a hablarme de usted.

Al verme pillada, no pude evitar sonrojarme, a lo que él me respondió con una gran carcajada y me dio otro abrazo de los suyos y un beso en la mejilla.

—No se hable más. El sábado usted tiene una cita conmigo en un lugar sorpresa. Le informaré de la hora y el lugar.

—¿Cuándo me lo dirás?

—¡Sorpresa! ¿No me ha dicho usted que le gustan las sorpresas? —Me guiñó un ojo mientras reía.

—¡Qué malo eres! —le dije intentando hacerle cosquillas y él, para evitar que se las hiciera, me tomó de las manos y me las puso atrás, a mi espalda, por lo que mi pecho quedó descubierto frente al suyo. En esa posición, él me miraba a los ojos fijamente, por lo que pude deleitarme en su profunda y clara mirada y en sus labios. Por suerte, antes de que me lanzara a besarle como una loca, él empezó a hacerme cosquillas y fue entonces cuando los dos acabamos riéndonos sobre el viejo sofá del comedor.

—Una tregua, una tregua… —le supliqué yo sin dejar de reír e intentando recuperar el resuello mientras probaba a escapar de él sin éxito.

Hasta el sábado por la mañana, no supe dónde iría esa noche con

Matías. Él no estaría en todo el día en casa. Trabajaba por la mañana y al salir del trabajo pasaría un rato por el gimnasio, por lo que me dijo que no regresaría hasta eso de las seis.

A las nueve de la mañana, todavía estaba durmiendo y además tenía otro de esos sueños húmedos con él. Matías y yo retozábamos sobre una cama llena de pétalos de rosas y estábamos rodeados de velas encendidas a medio consumir…; sí, lo sé, soy muy peliculera, pero el sueño es mío, ¿no? Cuando más emocionada estaba soñando que tenía el cuerpo de Matías entre mis piernas, me despertó el teléfono. En un primer momento pensé que era la función de despertador y, por supuesto, lo apagué sin darle más importancia y pretendí seguir durmiendo. Sin embargo, el aparato volvió a sonar y de nuevo me abalancé sobre él para apagarlo. Al instante volvió a sonar, y yo, que ya empezaba a cabrearme porque cada vez me costaba más volver a mi sueño lleno de pasión, miré el teléfono solo con un ojo abierto para ponerlo en silencio o estrellarlo contra la pared. Fue entonces cuando, para mi sorpresa, vi que el motivo por el que mi teléfono no dejaba de sonar era porque Matías me estaba llamando. Mirar la pantalla y ver como primera imagen del día la foto de Matías, que tenía asociada a su contacto, la verdad es que fue algo incomparable. Carraspeé en un intento de que mi voz sonase aterciopelada, despierta y sensual y contesté.

—¿Sí?

—*Buenos días, bella durmiente*.

—Buenos días… —le respondí con una sonrisa de lo más boba.

—*Vaya, veo que te he despertado*. —Rio Matías.

—No, ya estaba levantándome —contesté intentando hacerme la digna.

—*Ya, ya…* —Rio—. *Señorita, la llamo para recordarle que esta noche tiene una cita*.

—Sí, sí, no lo había olvidado, me lo ha recordado cada día de la semana.

—*Hombre, sé que tiene una agenda muy apretada* —bromeó.

—¡Muchas gracias por el detalle! ¿Ya me puede decir la hora y el lugar donde iremos?

—*Le puedo decir la hora y un lugar de encuentro…*

—¿Cómo que un lugar de encuentro? En el comedor, ¿no?

—*No*.

—¿En el recibidor?

—*No*.

—¿En la puerta de mi habitación? ¿En la de la tuya?

—*No, tampoco…*

—Me vas a volver loca…

Y Matías rio al escuchar mi respuesta.

—*No quiero robarle más tiempo, señorita. Así que déjeme decirle que ha de estar a las nueve de la noche en la calle Girona con Consell de Cent.*

—¿Y tú estarás allí?

—*Por supuesto, señorita, allí estaré esperándola*.

Pasé lo que quedaba del día muerta de nervios. Matías tenía una especial habilidad para ponerme nerviosa. Así que decidí salir de casa para airearme y no estar dándole vueltas al asunto lo que quedaba de día hasta las nueve de la noche.

Bajé al bar de los Lin, porque había quedado con ellos en que esa mañana daría una clase a la madre, que era la que peor llevaba el tema del idioma. El matrimonio se había comprado un libro de ejercicios de lengua escrita y de comprensión lectora que con férrea disciplina hacían cada día.

—Cada día una hoja, Julieta —me repetía la madre cada vez que le daba clase y me mostraba todo lo que había hecho.

—Sí, muy bien —le respondía sonriente mientras revisaba su trabajo.

La verdad es que tenían una disciplina envidiable. Fuera la hora que fuese en que cerraran el bar, ellos hacían una hoja del librito, entonces se iban a dormir, pero nunca sin haber cumplido con lo que se habían comprometido. Gracias a eso mejoraron mucho en poco tiempo, a pesar de que yo no soy ninguna profesional de la enseñanza, ni tengo ninguna formación específica en lengua. Con los niños también era una gozada. Siempre que podía les echaba una mano con los deberes. A pesar de que en las últimas semanas no me había podido pasar cada tarde, ellos avanzaban muchísimo por sí solos. En matemáticas los tres eran unos fenómenos y en lengua, les costaba más, pero desde que sabían que yo les revisaba todos los deberes, se esforzaban por hacerlo lo mejor posible.

—Julieta, eres buena maestra —me decía la más pequeña de los tres hermanos con su sonrisa mellada y abrazándose a mí.

Yo le devolvía el abrazo. La verdad es que la familia Lin era muy especial para mí. Desde que había regresado hacía unos meses a Barcelona, se habían ido convirtiendo poco a poco en parte de mi familia, no de sangre, pero sí en mi familia de corazón. Además de Mónica, con quien, aunque andaba bastante apurada de trabajo en las últimas semanas, hablábamos a diario por teléfono y la tenía al día de mis avances con nuestro Adonis, como nos gustaba llamar a mi compañero de piso.

Después de comer subí a casa. Al final me había tenido que quedar a comer en el bar de los Lin, por la insistencia de los niños que se empeñaron en que comiera con ellos y de esa manera pasar un ratito más juntos. Así que a eso de las cuatro me fui para casa con la intención de descansar un poco y luego empezar a prepararme para la cita con Matías.

Me tumbé en mi cama, me tapé con la manta que tenía a los pies y, sin apenas darme cuenta, me quedé dormida en un sueño dulce que me permitió descansar por más de una hora. Me desperté sin sobresaltos, a diferencia de lo que me había pasado esa mañana, me estiré y me desperecé y cogí el móvil. Cuando me cansé de mirar Instagram, me levanté para tomarme un café y mientras iba bebiéndolo sorbito a sorbito hacía una lista mental de todo lo que tenía que hacer antes de la cita con Matías:

> Cosas esenciales para la cita con Matías.
>
> —Depilarme.
>
> —Exfoliarme: cuerpo y cara.
>
> —Mascarilla hidratante con plus de luminosidad para la cara.
>
> —Crema hidratante y regenerante en el pelo.
>
> —Limarme las uñas de las manos y de los pies.
>
> —Pintarme las uñas, las veinte.
>
> —Ducharme.
>
> —Hidratarme en profundidad.
>
> —Elegir conjunto de ropa interior de rompe y rasga.
>
> —Elegir de entre los dos modelitos que había pensado durante toda la semana, ya que aún no había tenido narices de decidir con cuál quedarme.

Empecé a ponerme nerviosa al mirar el reloj y dudar de que me

diese tiempo de cumplir con toda la lista que acababa de hacer. Así que me bebí el café de un trago abrasándome la lengua y fui corriendo hasta el baño a empezar mi ritual de belleza.
A las nueve en punto llegaba a la calle Girona con Consell de Cent nerviosa como un flan y con unos tacones demasiado altos para mis piernas temblorosas.

Escribí a Mónica para avisarle de que había llegado a tiempo: «Nena, puntualidad británica y con toda la artillería». Al instante, mi amiga me respondió: «Que lo disfrutes, tía, me alegro un montón».

Al final había elegido los pantalones pitillo negro y una blusa del mismo color, pero transparente, que dejaba adivinar el sujetador de puntilla que llevaba debajo. Creo que había elegido una ropa muy sugerente. Quería que aquella cita con Matías fuese perfecta, por lo que había decidido utilizar todas mis armas.

Como aquella noche hacía mucho frío, por suerte había elegido el abrigo largo negro y una buena bufanda, porque la blusa transparente no abrigaba nada de nada y aquellos *stilettos* me dejaban los pies congelados. «Ahora que me he recuperado del catarro, seguro que después de esta noche agarro otro bueno», me dije ajustándome la bufanda.

Mientras esperaba a Matías en el punto donde había quedado, comprobé la hora en el teléfono y vi que tenía un mensaje:

«Llego en cinco minutos. Hay atasco», me acababa de escribir mi compañero de velada.

A aquellas horas, Barcelona era un hervidero de coches. Aunque no era hora punta, parecía que todo el mundo se ponía de acuerdo para salir el sábado por la noche y hacerlo todos a la misma hora. Intenté distraerme mirando mi teléfono, Instagram siempre era un buen ladrón de tiempo libre, así que me concentré en la pantalla hasta que oí una voz que me pareció reconocer:

—Vaya pibóóóóón —me dijo Matías mientras se quitaba el casco de la moto.

—¡Qué tonto! —Me ruboricé, aunque en el fondo me sentía pletórica de que mi modelito no le hubiese pasado desapercibido, a pesar de que aún no me había desabrochado el abrigo.

—Pero qué guapa estás, Julieta —añadió Matías bajándose la cremallera de la chaqueta de piel y poniéndose el casco bajo el

brazo y cogiendo otro que llevaba guardado, supuse que para mí, en la maleta trasera.

—Gracias, gracias, tú también lo estás —le respondí sonriente.

Nos dimos dos besos y él me abrazó como hacía siempre. Olía tan bien que me hubiera gustado quedarme enganchada a él como un koala toda la noche, y lo hubiera hecho si no fuese porque me moría de ganas de entrar en algún sitio para entrar en calor.

—Bueno, guapísima, ¿vamos?

—Claro, pero… ¿dónde, señor Misterioso?

—Agárrese y siga mis pasos, señorita —bromeó, dándome su brazo para que me cogiera a él y avanzásemos al mismo paso hasta allá donde me llevase.

Un par de minutos después llegamos a la puerta de un restaurante indio muy elegante. Las paredes estaban cubiertas de cortinas de seda y había unas grandes figuras de madera de dioses hindúes. Todo estaba ambientado con luz tenue y en cada mesa había una pequeña vela, que dotaba de un encanto muy especial y romántico a la sala. Había pocas mesas y todas estaban bastante separadas, por lo que la intimidad de los comensales estaba asegurada y daba pie a conversaciones íntimas.

—Espero que te guste la comida india.

—Solo la he probado una vez y tengo muy buen recuerdo —le conté.

—Vaya, entonces he acertado.

—Totalmente —le respondí, a la vez que entraba en el restaurante mientras él me sujetaba la puerta.

Cenamos unos platos que soy incapaz de recordar cómo se llamaban, porque tenían unos nombres muy exóticos. Pero la verdad es que me encantaron. Degustarlos provocaba una explosión de sabores en la boca totalmente nuevos para mí. Además, regamos la cena con un delicioso vino blanco, que intenté beber poco a poco, a pesar del picante que llevaban muchos de los platos.

Durante la cena, no paramos de hablar. La verdad es que, aunque éramos compañeros de piso y habíamos compartido varios momentos juntos, parecía que aquella noche estaba cenando con una persona totalmente diferente.

Matías ganaba mucho en las distancias cortas. Además, era un hombre que a sus treinta y cinco años había tenido una vida intensa

y llena de aventuras. Por lo que me contó, había vivido en Argentina durante doce años. Por lo visto esa había sido una época un poco loca de su vida, aunque no me dio muchos detalles y yo tampoco me atreví a preguntar. Lo que sí me dijo fue que había regresado a Barcelona hacía algo más de tres. En Argentina fue donde estudió y aprendió el oficio de higienista dental, y en lo que había trabajado desde entonces. Decía que era un oficio que le apasionaba, que amaba; que se sentía muy afortunado de poder hacerlo cada día.

Reconozco que escuchando a Matías me quedaba como hipnotizada. Miraba su boca moverse y sus dientes blancos y perfectos ir arriba y abajo y no podía hacer nada más que contemplarlo con cara de lela. Supongo que él debía notarlo, porque no hacía más que mirarme y sonreírme mientras hablaba.

Cuando acabamos de cenar él decidió que me invitaba. Me dijo que él había elegido el sitio, por tanto, él era el que pagaba.

—Ahora eliges tú el sitio donde invitarme a una copa —añadió.

No me pude negar. Además, estaba dispuesta a alargar la noche tanto como pudiese. Me sentía tan cómoda con él que no quería que aquello acabase y que volviéramos a ser solo compañeros de piso.

Le llevé a un local de copas cercano al restaurante, que el señor Google me recomendó. Estaba tan cerca que Matías decidió no mover la moto. Como hacía mucho frío cuando íbamos hasta el local, me echó el brazo por encima de los hombros con la excusa de que de esa forma seguro que entraba en calor. La verdad era que notar su cuerpo tan cerca me hacía subir la temperatura, tenía razón.

—Oh, qué bien se está aquí —dijo Matías, frotándose las manos al sentarnos en uno de los sofás que había libres.

—Sí, qué calentito se está —respondí mirando a mi alrededor.

Por suerte, el señor Google había acertado de pleno. El local era un lugar muy *cool*. La música estaba lo suficientemente alta como para no escuchar qué decía la otra gente que había a nuestro alrededor. Todo estaba lleno de sofás suficientemente amplios para dos, pero demasiado grandes como para sentarnos cada uno en uno diferente, así que elegimos sentarnos al lado para poder oír mejor lo que nos decíamos. En seguida nos trajeron la carta de cócteles. Todas las opciones eran tan originales que no sabíamos cuál elegir,

así que al final decidimos pedir dos distintos y así probar opciones diferentes. Yo, a pesar de que no soy de beber demasiado alcohol, elegí uno al que habían bautizado Mina, que llevaba cachaza y zumo de clementina sobre una cubierta cremosa. Él, en cambio, eligió un *gin-tonic*, de autor, algo menos exótico que el mío, pero que, por lo visto, era muy innovador dentro del mundo de los *gin-tonics*. A mí no me gustaba especialmente la ginebra ni la tónica, por lo que mi cóctel, que según decía en la carta tenía una mezcla de sabores ácidos y diferentes, me llamaba más la atención.

Entre risas, música y cócteles, parecía que el sofá se iba haciendo poco a poco más pequeño, porque Matías y yo estábamos cada vez sentados más cerca. Cuando me di cuenta, él tenía su brazo sobre mis hombros y yo había pasado las piernas por encima de una de las suyas, y su cara estaba más cerca de la mía.

—¿A ver, me dejas probar tu cóctel? —me dijo al oído para que le escuchara con la música que teníamos de fondo.

—Claro —le respondí aproximándole mi copa.

—Bebe un poquito, anda.

Le hice caso y di un trago corto de mi copa.

—Ahora, sí, ¿me dejas que lo pruebe? —añadió mirando mis labios aún húmedos por el alcohol.

—Sí, toma —volví a decirle acercándole la copa.

—No, no quiero la copa… —me dijo acercándose más—. Quiero probarlo de tus labios.

Y justo cuando acabó de decirme eso, me dio un apasionado beso que yo correspondí. Perdí la noción del tiempo que pasó mientras nos besábamos, mientras enredábamos nuestras lenguas y hundíamos nuestras manos en el pelo del otro. Yo notaba a Matías cada vez más fuera de sí, hasta que de repente, me levantó del sofá y me puso sobre él. Notar que me sentaba sobre su regazo me excitó mucho. A Matías cada vez lo notaba más duro debajo de mí y sabía que no íbamos a aguantar demasiado así.

—¿Vamos a casa? —le susurré.

—Vamos —me dijo levantándose y cogiendo su chaqueta y el casco.

Nos abrigamos con prisa, sin parar de mirarnos a los ojos y salimos del local. Al lado de su moto volvimos a besarnos anclando cada cuerpo al del otro. Cuando conseguimos parar, me puse el

casco que él había traído para mí, me monté en la moto detrás de él y me agarré a su cintura.

En cada semáforo notaba cómo mis pechos se pegaban a su espalda y mis piernas a las suyas. Matías me excitaba muchísimo, no podía evitarlo y mucho menos disimularlo. Era algo que jamás había sentido con ningún otro hombre y eso me encantaba.

Mientras notaba cómo el viento frío de la madrugada enredaba la parte de mi melena que sobresalía por debajo del casco y abrazaba a la cintura de Matías, no podía evitar acordarme de Gonzalo. ¿Era lo mismo que estaba sintiendo yo lo que Montse le había hecho sentir a él? ¿Eso era lo que le había hecho dejar de ser mi pareja? ¿Ella había desvelado en él esa sensación de deseo irrefrenable como Matías hacía ahora conmigo? ¿También le provocaba esa ansia por poseerle, esa desazón por necesitar hacer el amor como me pasaba a mí con Matías?

He de reconocer que, a pesar de que desde que me había marchado de Fontplana había tenido relaciones con otros hombres, ninguno me había hecho sentir lo que Matías me estaba provocando esa noche. Me notaba viva como hacía años que no lo hacía y eso me encantaba.

Quería dejar atrás todo aquello que Gonzalo había cincelado en mi piel durante tantos años, quería construirme como una mujer nueva, una mujer que era capaz de sentir y de hacer estremecer a alguien, algo que Gonzalo jamás había hecho conmigo. Estaba harta de ese pasado, ahora solo quería mirar hacia adelante: ser capaz de disfrutar de mi cuerpo junto a un hombre que me hacía vibrar desde la planta de los pies hasta la coronilla. Estaba dispuesta a conseguirlo. Esa noche sería la primera de mi nuevo yo.

Cuando bajé de la moto, noté mi sexo húmedo, mientras observaba cómo Matías se quitaba el casco. Aparcamos justo delante del bar de los Lin, cerca del portal, por lo que enseguida estábamos al otro lado de la puerta del piso. Cuando ya nadie podía vernos, a excepción de Mini, que vino a saludarnos con un tímido maullido y regresó al sofá, empezamos a quitarnos la ropa. Dentro de mí giraba un torbellino de emoción, nervios y excitación que me hacía sentirme plena, feliz.

Como en las películas, dejamos un reguero de piezas de ropa hasta mi cama. Matías tenía una espalda musculada y un pecho

amplio que daban ganas de besar, por lo que hice que se tumbara sobre mi cama, aún con los bóxeres puestos, y repasé cada centímetro de sus pectorales con mis labios. Lamí su nuez y seguí cuello arriba hasta perderme en su boca, que esperaba mi lengua con ansia. Después le ofrecí mis pezones, que ya él pellizcaba con avidez, hasta que los encontró su boca. Los succionó con desespero, con hambre de niño, con ganas de mí. Me lamió los pechos, besó mi cuello y bajó hasta mi ombligo en un pausado avance hecho de besos y caricias. Antes de hundir su lengua en mi sexo cogió mis braguitas, esas que yo había elegido a conciencia unas horas antes, y las deslizó a lo largo de mis piernas, mientras pasaba también los labios por ellas. Cuando me tenía totalmente despojada de prendas, hizo él lo mismo con sus calzoncillos, lo único que le cubría la piel. Desnudos los dos, nos enredamos en un torbellino de lenguas, la suya y la mía, y de caricias que nos hicieron perder la noción del tiempo y de la realidad que nos envolvía. Matías me hizo sentir sensaciones que nunca antes había vivido con tanta intensidad. Yo le recibí entre mis piernas y en mi boca, degustando su inmensidad hasta que él estalló de placer dentro de mí.

Esa noche, el sexo con Matías fue espectacular. No podía creer que tuviera en mi cama a un hombre como aquel. Justo después de que él eyaculara, yo volvía a morirme de ganas de volver a tenerlo dentro de mí. Matías, como mi hambre de él, era inacabable, y por eso tenía muy claro que quería repetir.

Por lo visto, él pensaba lo mismo, cuando después de recuperar el aliento y tumbado boca arriba en la cama, volvía a besarme y a ayudarme a colocarme a horcajadas sobre su boca.

Capítulo 20

Aquel primer encuentro con Matías me revolucionó. Puso mis emociones y mis sentimientos patas arriba. Volví a sentirme viva, algo que hacía años que no sentía. Ahora, deseaba volver a casa del trabajo y encontrarlo allí. Besarle y que me abrazara como solo él sabía. Observar cómo se movía, sus gestos, cómo me hablaba, cómo me miraba… Me gustaba acariciarle, darle besos y hacerle el amor. Me pasaba las horas muertas observándolo o, incluso, escuchando cómo respiraba mientras dormía. La cotidianidad se había vuelto algo delicioso junto a él.

Por lo visto, él sentía lo mismo por mí. Compartir el mismo techo, lejos de agobiar a alguno de los dos, nos hacía sentir unidos, más fuertes y felices. Así estuvimos varios meses, disfrutando de nuestros cuerpos y de nuestra relación. Todo era sencillo, discutíamos y nos reconciliábamos con la misma facilidad. Ambos teníamos ganas de estar juntos sin límites ni quebraderos de cabeza.

Era tan sencillo que en el fondo me asustaba. Sin embargo, a veces, he de reconocer que vivía alerta por el miedo a que algo pudiese fallar, a que algo saliese mal, a que se repitiera lo que ya me había pasado con Gonzalo.

Parece que tanto era mi temor y mi miedo, que acabó pasando lo inevitable.

Era un viernes lluvioso a última hora de la tarde. Yo acababa de llegar del trabajo, medio muerta de frío y con un dolor de pies espantoso por los zapatos nuevos que había estrenado esa misma mañana. Así que, en cuanto entré en casa, fui directa a darme un baño relajante con música de fondo y al salir me hice un masaje en los pies y me puse el pijama y los calcetines más calentitos que tenía. Me senté en el sofá junto a Mini y encendí el portátil para ver algo en Netflix. Pero estaba tan cansada que me quedé dormida sin darme cuenta, hasta que los besos de Matías, que llegaba muerto de

frío por venir en moto desde el trabajo, me despertaron.

—¿Qué haces aquí en el sofá durmiendo un viernes a las ocho de la tarde? —me preguntó sentándose junto a mí y acariciándome la cara.

—Tenía tal dolor de pies y tanto frío cuando he llegado de trabajar que me he dado un baño calentito para entrar en calor y me he quedado tan relajada que me he dormido.

—Oh, eso suena muy bien —respondió mientras dejaba sus cosas encima de la mesita que había al lado del sofá y se acababa de bajar la cremallera de la chaqueta.

—Superbién…

—Pues me parece que yo voy a hacer lo mismo, estoy reventado. No he parado en todo el día.

—Pues va, ve a la ducha que te espero aquí —le dije guiñándole un ojo.

Mientras Matías se daba su baño yo decidí continuar viendo la serie que había dejado a medias al quedarme dormida. Encendí de nuevo el portátil, seleccioné el capítulo y le di al *play*. Estuve unos minutos muy metida en la serie, hasta que el pitido del teléfono de Matías me desconcentró. Como el móvil estaba en la mesita que había junto al sofá, miré quién le había escrito por si era del trabajo. Últimamente, acostumbraban a pasarle mensajes desde la clínica dental a última hora del día con las citas del día siguiente. Como él a veces también trabajaba los sábados por la mañana, quise saber si podríamos dormir juntos hasta tarde o si le tocaría madrugar para ir a trabajar. La pantalla se había apagado, así que le di al botón para encenderla de nuevo y poder leer el mensaje. Solo quería comprobar que no tendría que marcharse hasta después de las once de la mañana. Así podríamos gandulear calentitos entre las sábanas. Miré el teléfono y me acerqué a la pantalla para leer lo que ponía y entonces fue cuando vi algo que me resquebrajó de arriba abajo, como si un rayo me hubiese partido en dos:

«Ari: Romina te echa de menos».

Al ver aquello, noté como un témpano de hielo se me clavaba en medio del pecho y estallaba destrozándome por dentro.

¿Qué estaba pasando allí? ¿Qué significaba aquello? ¿Quién era Ari? ¿Ariadna? ¿Quién era Romina? ¿Por qué echaba de menos a Matías? ¿Estaban liados? ¿Era su pareja? ¿Por qué si no una mujer

tenía que echarle de menos? Las preguntas se agolpaban en mi cabeza y me enloquecían. ¿Por qué me tenía que volver a pasar esto a mí? ¿Por qué había mirado otra vez un teléfono que no era mío? ¿Cuándo iba a tener derecho yo a tener una relación normal? ¿Nunca iba a poder vivir tranquila? ¿Siempre iba a tener sobre mí sobrevolando el fantasma de la infidelidad? ¿Por qué otra vez? Solo podía susurrar «No, no, no…, otra vez no».

Las lágrimas me llenaron los ojos. Veía como volvía a repetirse la misma pesadilla. Sin embargo, la gran diferencia con lo que había pasado con Gonzalo era que con Matías era feliz, profundamente feliz y todo se había destrozado, de la peor manera, de forma inesperada, ¿por qué? No sabía qué hacer, me sentía perdida.

Escuché a Matías, que salía del baño. No quería que me encontrara así y tener que enfrentarme en ese momento a aquello, no, no podía…

Cogí mi bolso, me puse unas deportivas, porque me dolían demasiado los pies como para calzarme unos zapatos, el abrigo y salí corriendo de casa dando un gran portazo. Volé escaleras abajo, pero antes de que alcanzara la puerta de la portería escuché a Matías que me gritaba desde la puerta de casa. Solo pude girarme y mirarle a los ojos, llenos de desconcierto, como los míos de rabia, impotencia y dolor.

Corrí por la calle, el señor Lin me gritó también desde la puerta del bar. Supongo que pensaría que me pasaba algo, me llamó un par de veces y, al ver que seguía corriendo sin pararme ante sus gritos, dejó de hacerlo. Solo pensaba en huir, en alejarme de mi casa, como si eso borrase la pesadilla que acababa de vivir y que se repetía una y otra vez dentro de mi cabeza.

Hacía mucho viento, y el pelo, aún húmedo del baño, volaba azotado por el viento sobre mi espalda y mi cara. Me salpicaba con los restos de agua que le quedaban. Gotas de agua, enfriadas por el gélido viento, se clavaban en mi cara como esquirlas de hielo. Corría y corría sin saber hacia dónde ir, solo quería huir de aquello. Con cada zancada intentaba borrar la imagen del mensaje del teléfono de Matías, pero lejos de conseguirlo, el mismo fotograma se repetía en mi cabeza sin descanso.

Capítulo 21

Agotada y sin resuello, me senté en un banco de un parque infantil. Todo estaba oscuro y no había demasiada gente por la calle. Solo vi algún que otro vecino de la zona paseando al perro, con más frío que entusiasmo, que me miraba supongo que imaginando que estaba loca por verme vestida con el pijama, unas deportivas y el abrigo. Qué más me daba lo que pensara…

Abrí el bolso y saqué el móvil. Vi un montón de llamadas perdidas de Matías. No pensaba contestarle. En cambio, busqué en favoritos a Mónica, rogando porque no tuviera apagado o fuera de cobertura su teléfono y la llamé. Como siempre, saltó el contestador, maldije para mis adentros, pero intenté serenarme antes de que sonase el pitido que me daba la señal para que empezase a hablar, respiré hondo y hablé: «Moni, necesito hablar contigo, es muy importante. Llámame, por favor».

Sin saber a dónde ir, decidí emprender el camino hasta casa de Mónica. Seguro que así podría verla aquella noche. Necesitaba un abrazo y que me dijera que todo iba a salir bien, aunque no me lo creyera.

Llegué exhausta hasta la casa de Mónica. Llamé al timbre con la esperanza de que ella o Ramón estuvieran en casa, pero nada, ahí tampoco contestaba nadie. Quizá habían aprovechado que era viernes por la noche para salir a cenar o al cine, o ve a saber qué. Así que opté por esperarlos. Pensé que antes o después llegarían, además, tampoco tenía otro lugar a donde ir.

Esperé hasta que un vecino entró y después subí hasta casa de Mónica y me senté justo delante de su puerta, encima del felpudo. Ahí, al menos, pasaría menos frío que en el portal.

Imagino que pasaron dos o tres horas, no lo sé porque no miré el reloj, no podía pensar en la hora, solo podía llorar, cuando oí el ruido de la puerta de la entrada cerrándose y unos pasos que

avanzaban por el portal. Rogué que fuera Mónica la dueña de esos tacones que sonaban sobre el terrazo de la entrada. Escuché cómo el ascensor subía en su lento ascenso y se paraba en el segundo, el piso en el que estaba. Se abrió la puerta y sí, allí estaba ella hablando con Ramón. Cuando ambos me vieron sentada sobre su felpudo, con los ojos hinchados de llorar y con aquellas pintas vinieron rápidamente hasta donde estaba sentada.

—Pero, Julieta, ¿qué haces aquí? ¿Estás bien? —me preguntó Mónica alarmada.

Yo no podía dejar de llorar y de abrazarme a ella, que se había arrodillado delante de mí para ponerse a mi altura.

—Tía, dime algo, porfa, que me tienes superasustada —repitió Mónica con la cara desencajada.

—Moni, otra vez…, otra vez ha pasado lo mismo —le dije entre hipidos.

—Pero ¿qué ha pasado? —me dijo abrazándome.

—Va, Moni, ayúdala a levantarse y entrad en casa —susurró Ramón.

—Sí, va, vamos a levantarnos y pasamos dentro que estaremos más cómodas y calentitas —añadió Mónica mientras me ayudaba a levantarme y me cogía el bolso, que yo había dejado olvidado en el suelo.

Cuando entramos, nos sentamos en el sofá y me abracé a Mónica sin parar de llorar.

—Ramón, tráenos un poquito de agua, por favor, que a Julieta le irá bien beber algo, seguro que le tranquiliza —le dijo Mónica a su chico con cara de circunstancias.

Mientras él nos traía la bebida, mi amiga había sacado un pañuelo de papel de su bolso y me secaba las lágrimas de la cara.

—Tía, me vas a hacer llorar a mí. Se me parte el alma de verte así, por favor —me susurraba abrazándome de nuevo.

Tras un rato, que se nos hizo eterno a las dos, entre mis hipidos y nuestros abrazos, conseguí serenarme un poco y, rota de dolor, le conté lo que había pasado.

—Debo tener algún problema con los hombres, porque siempre me pasa lo mismo.

—No digas tonterías, tía.

—Se repite la misma historia en mi vida otra vez.

—Seguro que es un malentendido, Julieta, ya verás.

—A mí me da igual, yo esto no lo voy a soportar otra vez. No quiero saber nada más de los hombres.

—Halaaaa, ¡qué exagerada! —me decía Mónica intentando quitar hierro a mis palabras.

—Siempre se repite la misma historia.

—Anda ya, tía, que pareces el Camilo Sesto.

Ante la ocurrencia de Mónica, no pude hacer otra cosa que reírme. Siempre sabía qué decir para arrancarme una sonrisa por muy *drama queen* que yo me pusiera. Imagino que también por eso la quería tanto.

—Moni, no pretendas convencerme de nada, no hay un tío fiel, así que cuidado con el tuyo que cualquier día te pone los cuernos —le susurré a mi amiga para que Ramón, que debía estar en la habitación, no nos oyera.

—Va, tía, que ahora no puedes pensar en nada más.

—¿En qué más quieres que piense? Me han puesto los cuernos dos veces de forma consecutiva y en el momento en el que menos lo esperaba…

—Va, no lo pienses más —me decía sin dejar de acariciarme el pelo—. Voy a prepararte una tila y así seguro que duermes bien.

—Pues anda que para dormir estoy yo… —le dije mientras se iba para la cocina.

Mientras Mónica preparaba la infusión cogí mi teléfono. No pensaba hablar con Matías, solo le escribí un mensaje: «Mañana cuando vuelva al piso quiero que te hayas marchado. No te sigo alquilando la habitación». Y lo envié.

Capítulo 22

Cuando me desperté a la mañana siguiente en el sofá de Mónica me dolía la espalda y tenía un dolor de cabeza tremendo. Sentía los ojos como si tuviera un puñado de arena dentro de ellos y los párpados muy hinchados. Las horas que había estado llorando el día anterior me habían pasado factura.

En cuanto puse mis todavía doloridos pies en el suelo, lo primero que hice fue coger mi teléfono. Para variar, se me había olvidado ponerlo a cargar la noche anterior, aunque a decir verdad no estaba yo como para pensar en cargar la batería del móvil la noche de antes, y por eso esa mañana había amanecido seco. Así que me levanté, cogí el cargador, que por suerte llevaba en el bolso, y lo enchufé. Lo dejé cargando en la mesita que había al lado del sofá, donde había dormido y fui al lavabo. Mientras estaba en el baño escuchaba los pitidos del teléfono que me avisaba de que tenía mensajes de WhatsApp y del contestador. Corrí a apagarlo porque no quería que con tanto ruido Mónica y Ramón se despertaran.

Cuando tuve el teléfono de nuevo entre las manos, revisé las notificaciones de llamadas y todas eran de Matías, al igual que los wasaps, en los que me decía que no entendía nada de lo que había pasado, que le explicase qué me ocurría y que no sabía por qué le decía que dejase el piso.

«No tengo a donde ir, pero si tan importante es para ti que me marche, le pediré a Álex si me puedo quedar el fin de semana en su casa para poder dejarte sola. Pero me gustaría que hablásemos. Si tu decisión de que me vaya es firme, buscaré algo a partir de entonces y me iré».

Se iba a casa de Álex, un compañero suyo de la clínica, y quería que hablásemos. ¿Para qué íbamos a hablar? ¿Para que me confesase que me había puesto los cuernos con esa tal Ari o con Romina o con ambas? ¡Ostras!, eso de que se hubiese liado con dos

a la vez no lo había pensado hasta ese momento y noté como un nudo me pellizcaba la boca del estómago. Otra vez los ojos se me llenaron de lágrimas, pero no me permití ponerme de nuevo a llorar. No quería que ningún otro hombre me destrozase la vida como ya había hecho Gonzalo, ahora no iba a consentir que se repitiese la misma historia.

—¿Ya estás despierta? —me dijo Mónica con cara somnolienta desde la puerta del comedor.

—Sí, me ha costado mucho dormir.

—Siento que hayas tenido que dormir en el sofá —me dijo Mónica dándome un abrazo y un beso en la mejilla—. No es lo más cómodo del mundo, ya lo sé.

—Tengo la espalda hecha un siete y los pies doloridos —le dije tocándome las cervicales con las manos—. Me voy a ir a casa —añadí.

—¿Tan pronto?

—Sí, Matías hoy trabaja y a estas horas ya debe estar de camino a la clínica.

—¿Has hablado con él?

—Bueno, anoche le escribí un mensaje diciéndole que se marchara de casa, que no continuaba alquilándole la habitación.

—Hostia, tía, ¡qué radical!

—No quiero más engaños ni más cuernos, así que cuanto antes me lo saque de encima, mejor.

—Bueno, pero, al menos, háblalo con él, ¿no?

—Eso es lo que me ha dicho, que se irá a pasar el fin de semana a casa de Álex, un compañero suyo de la clínica, pero que quiere que hablemos antes del lunes.

—Claro, Julieta, háblalo con él, quizá es todo un malentendido.

—Me sé muy bien estos malentendidos… —repliqué con gesto de fastidio.

Al final, me marché a casa más tarde de las diez de la mañana. Mónica me dejó unas mallas y una sudadera para que no saliera a la calle con el pijama.

—Con ir disfrazada una vez ya hay bastante —me dijo mientras sacaba la ropa de su habitación evitando despertar a Ramón, que aún roncaba plácidamente.

—Gracias, Moni, por la ropa y por dejarme dormir en tu casa.

—Anda, tía, que tú harías lo mismo por mí. Además, seguro que has dormido ambientada con los solos de *DJ* Serrucho —me dijo refiriéndose a los ronquidos de Ramón.

—Lo he oído un poco, lo que no sé es como tú puedes dormir a su lado… —Reí sin poder evitarlo ante su comentario.

—Bueno, tapones para los oídos y paciencia…, ¡mucha paciencia! —Rio resignada.

Cuando llegué a casa, Mini salió a recibirme como siempre hacía. Comprobé que Matías no estaba y me sentí muy aliviada. No verlo allí y no tenerme que enfrentar de nuevo a la misma situación que con Gonzalo, me quitó un gran peso de encima. Eché la llave y la dejé puesta, quería asegurarme de que mientras estuviese en casa, él no podría entrar. Con la misma ropa de Mónica que llevaba, me metí en la cama. Necesitaba taparme con el nórdico, cubrirme también la cabeza y olvidarme del mundo que me rodeaba, no quería saber nada de lo que había al otro lado de aquellas sábanas. Solo quería dormir y olvidarme de todo lo demás.

Me desperté pasadas las dos de la tarde. No tenía hambre, solo ganas de seguir en la cama bien tapada y con Mini a mis pies hecha un ovillo. Me senté y la cogí en brazos, ella me respondió lamiéndome la mano y maullándome flojito. Nos acurrucamos las dos y perdí la noción del tiempo que estuvimos así.

Por la tarde, con el estómago vacío decidí salir de la cama e ir a comer algo de la nevera. Elegí un yogur y mientras me lo comía revisé mi teléfono. De nuevo, comprobé que tenía varias llamadas de Matías y mensajes. Preferí no leerlos, no me sentía con fuerzas.

Escribí en el grupo que teníamos Ana, Silvia, Mila y Lorena para salir y escribí: «¿Salimos esta noche de fiesta loca?». Al instante recibí varios mensajes de Mila que me decía que se apuntaba, que dónde íbamos. Al rato aparecieron Ana y Silvia que también dijeron que sí. Así que quedamos a las once de la noche para ir a bailar.

Me preparé a conciencia para quitarme la tristeza de la cara y disimularme las ojeras. No quería que mis amigas me vieran tan mal, ni quería dar explicaciones de lo que había pasado con Matías. Solo quería olvidarlo y ser capaz de pasármelo bien o, al menos, intentarlo, aunque solo fuera durante un rato aquella noche.

Quedamos a las once para «Ir a pasárnoslo en grande» tal y como había dicho Mila en su último mensaje.

—¡Qué sorpresa me has dado al apuntarte a salir esta noche, Julieta! —me dijo Ana nada más verme.

—Sí, tenía ganas de desconectar de la rutina —le dije para evitar ahondar en la verdadera razón por la que estaba allí.

—Pero ¡qué guapas que estáis chicas! —dijo Mila, que llegaba con Silvia y Lorena.

—¡Qué pibonazos! —añadió Silvia.

—Esta noche triunfamos seguro —dijo Lorena, levantando los brazos y moviendo las caderas en círculos de forma exagerada, a lo que las demás le contestamos riendo sonoramente.

En el local al que fuimos, pese a que aún me dolían los pies y la espalda, bailé y bebí como nunca.

—Estás desconocida, Julieta.

—Desde que te dejas a Matías en casa para irte de fiesta, estás que te sales —me dijo Lorena, que, por supuesto, no sabía lo que había pasado entre él y yo.

Los chicos se nos acercaban y yo los miraba con cara de asco. No pensaba permitir que ninguno se me acercase ni me hablase. No quería saber nada de nuevos hombres. Ya había cubierto mi cupo por un tiempo.

Mis amigas se reían al ver mis gestos tan exagerados evitando a los chicos, pero la verdad es que no se me ocurría otra forma mejor de ahuyentarlos. Me importaba poco que pensaran que era un ser de la Tierra Media o algo peor, pero yo esa noche solo quería bailar, beber y olvidar.

En realidad, en todos los chicos que se me acercaron buscaba a Matías, pero él no estaba. Él ya nunca más estaría, porque no iba a permitir que me volviera a hacer daño. Ningún hombre más me iba a ser infiel, porque no me enamoraría nunca más. Solo utilizaría a los hombres cuando tuviera ganas de sexo, los sentimientos se habían acabado para mí. Enamorarme ya no iba conmigo.

El domingo por la mañana me desperté con una resaca tremenda. Me dolía tanto la cabeza que me costaba mantener los ojos abiertos. Imagino que sería por la mezcla de bebidas que había hecho la noche anterior y todo lo que había llorado antes de quedarme dormida, por lo que me retumbaban entre las sienes hasta los maullidos de Mini.

Cuando logré levantarme de la cama, me doblaron por la mitad

varias arcadas de camino hacia el baño. Bebí agua para quitarme el gusto amargo de la boca y tal y como la tragué, la vomité. Por lo visto, mi estómago no estaba dispuesto a dejar entrar nada hasta que no se recuperase de los excesos de la noche anterior. Me fui al sofá a tumbarme de nuevo, pero el sol que entraba por la balconera parecía que me perforara los ojos, así que decidí volver a mi habitación, donde todo continuaba oscuro y en paz, y sepultarme de nuevo bajo el nórdico.

En la cama todo me daba vueltas y tenía unas ganas tremendas de llorar, pero me dolía tanto la cabeza que era incapaz de hacerlo. Evitaba hacer cualquier tipo de esfuerzo, por lo que las lágrimas me brotaban solas de los ojos.

A eso de las seis de la tarde, el timbre de la puerta hizo que me despertara sobresaltada. Ante la insistencia de quien fuese que estuviera en el rellano esperando a que le abriese, me levanté de la cama, vi que estaba todo oscuro y miré el reloj de nuevo, sí, eran las seis y diez de la tarde. Recuerdo que avancé hasta el recibidor apoyándome en las paredes, aún me daba vueltas todo. Abrí la puerta sin mirar ni siquiera por la mirilla, ni me acordé de hacerlo, quería ventilarme a quien fuera que me había despertado y regresar a la cama lo más rápido posible. Pero cuando abrí la puerta y le vi delante de mí, me quedé paralizada.

—Julieta, ¿puedo pasar? —me dijo Matías.

Yo solo le miraba, incapaz de balbucir una respuesta.

—¿Me dejas entrar? —insistió.

Yo me eché a un lado, Matías entró y cerré la puerta tras de mí. Él avanzó hasta el comedor, pero me quedé anclada a la puerta de la entrada, desde donde nos veíamos.

—Julieta, ¿qué ha pasado? No entiendo por qué estás así… —dijo volviendo hasta donde me había quedado parada.

Yo continuaba inmóvil, aunque mis ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

—¿Por qué me dices que no quieres que siga viviendo aquí? —añadió tomándome de las manos.

Las lágrimas ya me poblaban la cara y retiré mis manos de entre las suyas.

—Julieta, por favor, necesito una explicación.

Yo me giré y, antes de avanzar hasta mi habitación, susurré

aguantándome los hipidos:

—Recoge tus cosas y vete.

—Julieta, por favor, necesitamos hablar.

Pero no le respondí. Después de eso, me metí en mi habitación y cerré tras de mí. Con la cara cubierta de lágrimas, oí que Matías resoplaba al otro lado de mi puerta e incluso que la rozaba con las manos, pero no entró. Supongo que no se atrevió. Durante un rato escuché cómo abría y cerraba las puertas del armario y los cajones, supongo que estaría sacando sus cosas. Un rato después, de un portazo, todo acabó.

Cuando estuve segura de que no estaba, salí de mi habitación y me fui hasta su cama. Me tumbé sobre ella y me abracé a su almohada. Hundí la nariz en ella, que aún olía a él y me rompí por dentro. Matías se había marchado para no regresar tal y como había insistido en que hiciese.

Capítulo 23

La semana se me hizo eterna, parecía que las horas en el trabajo no pasaban nunca. Intentaba avanzar con la mirada el minutero del reloj, pero no había manera, las manillas avanzaban con un caminar lento, como si fueran en procesión de Semana Santa. Desde que había echado a Matías de mi casa y de mi vida parecía que el tiempo transcurría sin prisa.

El jueves por la tarde quedé con Mónica:

—Jo, tía, siento llegar a estas horas y no haber podido quedar contigo hasta hoy, pero el gilipollas de mi jefe me tiene amargada con tanto curro —soltó, dándome dos besos y sentándose con gesto cansado en la silla que tenía justo enfrente de mí en el bar de los Lin.

—No te preocupes, yo también he ido de culo toda la semana —mentí.

—Bueno, ¿cómo estás?

—Hecha una mierda —le respondí mientras sentía como mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Ya te lo noto, ya —me dijo pasándome la mano por el brazo.

—Me siento fatal, no quiero más tíos en mi vida.

—Va, Julieta, no te pases.

—¿Qué no me pase? Joder, Moni, que me han puesto los cuernos dos veces seguidas, ¿eh? Dos de dos, ¡qué suerte la mía! Estoy por echar la primitiva, porque seguro que me toca.

—No seas exagerada, anda. Mira, yo te quería contar una cosa… El martes Matías me llamó y me dijo si podíamos vernos y ayer por la tarde después de trabajar se pasó por casa —dijo bajando la mirada hasta su bolso.

—¿Ah, sí? Joder ¡qué calladito te lo tenías!

—No, tía, que te lo quería contar en persona. Bueno, déjame que te cuente… Me dijo que si sabía qué te pasaba, porque estaba muy

preocupado, que no entendía ese cambio tan repentino.

—Sí, sí, claro, pues que se lo pregunte a Ari o a Romina.

—Que no, que se le veía jodido de verdad. Yo le dije que tú habías descubierto un mensaje en su móvil de una tal Ari, que decía que Romina le echaba de menos. Él abrió los ojos y se agarró el pelo con ambas manos. Y me dijo: «No me puedo creer que Julieta esté así por eso. Todo esto tiene una explicación muy sencilla».

—¿Y qué mentira te explicó?

—Mira, me dijo que tenía que hablar contigo y explicártelo todo en persona, que a quien le debía una explicación era a ti. Así que me pidió que, por favor, te dijera que quedaras con él, que necesitabais hablar y arreglar este malentendido.

—¡Qué morro! Llamar malentendido a que me haya puesto los cuernos… Seguro que se habrá inventado una excusa de la hostia. —Resoplé echándome hacia atrás en la silla metálica.

—Va, Julieta, al menos queda con él y dale la oportunidad de explicarse, ¿no crees? Si no lo haces por él o por vuestra relación, hazlo por ti. Quizá dejarlo que se explique, aunque tú digas ahora que es una patraña, al final te hará sentir mejor y eso es lo importante, ¿no?

Justo en ese momento se acercó la señora Lin para preguntarnos qué queríamos tomar. Mónica se pidió una caña y yo un agua con una rodajita de limón. Después de la resaca del fin de semana, había decidido que en mi cuerpo no entraría más alcohol durante mucho tiempo.

Capítulo 24

Cuando me despedí de Mónica y entré en casa, después de lo que me había contado de Matías, tuve claro que yo también necesitaba saber qué había pasado. No quería quedarme con la sensación de que era una paranoica que al leer ese mensaje de WhatsApp había enloquecido y lo había echado de mi casa sin más. Creía que me merecía que él me diese una explicación y no sentir que había sido una exagerada por haberlo echado. Necesitaba saber quiénes eran esa Ari y esa tal Romina. Quería saber si Matías era capaz de darme una explicación convincente como para aclarar todo y arreglarlo o, por el contrario, acabar de forma definitiva nuestra relación sabiendo que la película que me había montado era cierta.

Así que cogí el teléfono y le escribí:

«Me gustaría que nos viésemos y hablásemos de lo que ha pasado».

«Me encantaría aclarar las cosas. Todo ha sido un malentendido», me respondió al instante.

«¿Quedamos mañana viernes a eso de las ocho de la tarde en el bar de los Lin?», le contesté sin darle más opción ni responderle a lo que me acababa de escribir. Quería que todo lo que tuviese que decirme, lo hiciera mirándome a los ojos. Solo así sabría si era sincero.

«Perfecto, ahí estaré. Hasta mañana, te quiero».

Dejé el teléfono sobre la mesa del comedor y me senté en el sofá pensando que al día siguiente podía acabar todo de forma definitiva, confirmando lo que yo había imaginado o, quizá, todo había sido un malentendido, tal y como Matías se había encargado de decir a Mónica. Sin embargo, me costaba creer que todo se solucionara de forma tan sencilla como él prometía.

Capítulo 25

Esa noche no pude dejar de dar vueltas a lo que pasaría entre Matías y yo en nuestro encuentro al día siguiente. ¿Y si Matías me confesaba que estaba enamorado de esa tal Ari? ¿O de Romina? ¿O de las dos? ¡Qué horror! Que mi novio se enamorase de una mujer ya lo había vivido, pero que se enamorase de dos sería absolutamente horrible. No, mejor no pensarlo. Igual que no me había permitido volver a pensar en qué habría sido de Gonzalo y de Montse. Así que no tenía ni idea de si estarían juntos todavía o si ya lo habrían dejado. Aunque con el currículum amoroso de la que había considerado mi amiga durante tantos años, estaba segura de que ya le habría dado la patada y estaría con otro.

La curiosidad me pudo y me dio por revisar el perfil de Instagram de Gonzalo, sabía que no debía hacerlo, pero ¿qué más daba? Tampoco se iba a enterar nadie, y comprobar que lo había dejado con Montse era lo que deseaba. En el fondo, necesitaba que Gonzalo me echase de menos, que se arrepintiese de haberme dejado, que quisiera volver conmigo y entonces fuese yo quien le dijera que no. Así que entré en su perfil, expectante por lo que podía encontrarme.

Nada más abrir su perfil lo vi. No podía creerlo. Leí el texto y confirmé lo que había imaginado solo ver la primera imagen: Gonzalo y Montse estaban esperando un bebé. Gonzalo siempre se había negado a tener hijos conmigo, decía que tener un niño bajo su responsabilidad era algo que no se había hecho para él, por lo que yo descartaba toda posibilidad de ser madre. Como descartaba también por aquel entonces la posibilidad de estar con otro hombre que no fuese él. Montse, según me había contado en infinidad de ocasiones, siempre había querido tener un hijo, le encantaban los niños y la idea de ser madre. Pero como siempre decía «aún no he encontrado al padre adecuado». Por lo visto, con Gonzalo ya lo ha

encontrado, pensé.

Revisé todas y cada una de las fotos en las que Gonzalo aparecía con ella. Había imágenes de todo tipo: besándose, abrazados, él dando un beso en la barriga de ella, una ecografía, unos zapatitos rosas para decir que era niña… En fin, todo eso que antes Gonzalo había calificado como *cursilerías de postureo que publica la gente en Instagram*.

No pude resistir la tentación de visitar el perfil de Montse. En el suyo había muchas más fotos de ella embarazada e incluso de toda la ropita que tenían para la niña. Su perfil era como un catálogo de todo lo que había acumulado durante los últimos meses para el bebé. Incluso aparecían imágenes de la habitación de la niña que, para mi sorpresa, descubrí que era una de las últimas habitaciones de la masía que yo había pintado y arreglado. Era una de la que me sentía muy orgullosa por cómo había quedado de bonita y porque le daba mucho el sol y era la más calentita de la casa en invierno. Había arreglado la ventana, las contraventanas y las vigas de madera del techo, que habían quedado preciosas después de tratarlas con el antitermitas y de barnizarlas.

En fin, yo nunca disfrutaría de esa habitación ni de la suerte de tener a mi bebé en ella. En cambio, Gonzalo y Montse sí lo harían. Ellos, a quienes parecía que les iba todo rodado, serían los felices padres de una bonita bebé y vivirían en una masía preciosa y reformada por mí. Yo, en cambio, había regresado a Barcelona y no tenía pareja, porque al hombre que había elegido como tal, por lo visto, también prefería a otra mujer en lugar de a mí.

¿Por qué todo me salía mal? ¿Cuándo me tocaba a mí tener la suerte que tenían otros y poder ser feliz al fin? Eran las preguntas que no dejaban de dar vueltas en mi cabeza. Sin lugar a dudas, mientras confiase en un hombre para construir mi felicidad a partir de una relación con él, mal iba. Intentar ser feliz según lo que me dijera o no Matías sobre el mensaje que había visto, no tenía ningún sentido. Si Matías prefería irse con otra mujer, que lo hiciera. Yo debía parar de basar mi felicidad en la dependencia de él o de cualquier otro hombre, porque después, cuando me fallaban o se alejaban de mí, me hundía, me caía derrumbada y debía volver a reconstruirme a partir de mis escombros. Ya estaba harta, no estaba dispuesta a volver a pasar por aquello.

Hablaría con Matías, escucharía su explicación y, la creyese o no, continuaría adelante sin depender de que continuase teniendo una relación con él o empezara una nueva etapa como soltera.

A partir de entonces, estaba dispuesta a valerme por mí misma. Si había sido capaz de arreglar una casa que estaba destrozada de arriba abajo, de tener un trabajo para el que estaba formada y capacitada y que, además, me encantaba, también me veía capaz o si no debía, al menos, intentar ser estable emocional y sentimentalmente, sin necesitar que ningún hombre me proporcionara ese equilibrio.

Capítulo 26

A las ocho menos diez ya estaba lista, así que decidí bajar al bar de los Lin y así podría charlar un rato con ellos y con los niños. Desde que había descubierto el mensaje de Matías, no había vuelto a ayudar a los Lin, me sabía fatal, pero no tenía ánimos para hacerlo.

—Julieta, ¡cuántos días sin *velte*! —me dijo la madre con una gran sonrisa, que aún hacía más rasgados sus ojos.

Yo le respondí con otra sonrisa, porque estaba ansiosa por la inminente llegada de Matías de un momento a otro.

—Voy a *avisal* a los niños que tienen muchas ganas de *velte* —dijo entrando al almacén y sin dejar de sonreírme.

Al instante, los tres niños salieron corriendo y vinieron a mi mesa. Me dieron todos los besos y abrazos que no me habían podido dar durante esos días de ausencia y me explicaron mil cosas que me resultaron imposibles de entender, porque lo hacían todos a la vez.

Matías me encontró rodeada de los pequeños Lin al entrar al bar. Cuando me vio, se paró frente a mí, se desabrochó la chaqueta y me miró fijamente. Al verlo, con sus ojos claros mirándome sin pestañear, intenté no derretirme por dentro. Él se acercó y me dio un abrazo, al que yo no supe responderle, estaba demasiado dolida y nerviosa.

—Chicos, ¿me dejáis un ratito hablar con Matías y luego seguimos? —pedí a los pequeños Lin, que, después de que la madre les dijese que me dejasen tranquila, supongo que al ver cómo nos mirábamos Matías y yo, regresaron de nuevo al almacén.

Después de nuestro abrazo, Matías se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa.

—Julieta, ¿qué te pasa? —me dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Ya lo sabes… Te lo contó Mónica.

—No, no lo sé… Quiero que me lo cuentes tú. Me parece que es suficientemente importante como para que hablemos sobre lo que ha pasado y aclaremos este malentendido y sigamos tan bien como estábamos. Al menos, eso es lo que yo quiero.

—¿Malentendido? ¿Tú llamas malentendido a lo que ha pasado?

—Sí, no puede ser otra cosa —dijo intentando tomar mis manos, que yo tenía encima de la mesa, aunque las aparté rápidamente.

Respiré hondo y, armándome de valor, le solté a bocajarro.

—Matías, ¿quién es Ari? ¿Y Romina? ¿Qué pasa, que estar liado con dos tías a la vez es un malentendido ahora? Pues yo lo he entendido muy bien, no soy tan tonta —le dije enfadada.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque vi un mensaje en tu teléfono.

—¿Y tú qué hacías mirando mi móvil?

—No intentes desviar la conversación y echarme la culpa a mí. Quiero saber quiénes son Ari y Romina.

—Es que revisar mi teléfono, y más cuando yo no estoy delante, me parece una falta de respeto y confianza hacia mí tremenda.

—La falta de respeto es que me estés poniendo los cuernos, Matías.

—Yo no te estoy poniendo los cuernos, eso no va conmigo, no sería capaz.

—Pues ya me dirás tú quiénes son esas tías, porque que una tal Romina te eche de menos… Blanco y en botella —dije levantando una ceja y cruzándome de brazos.

—Odio que des por supuestas cosas de las que no tienes ni puta idea, Julieta, ni puta idea —respondió dando un manotazo sobre la mesa para después coger su chaqueta y salir del bar sin mirar a atrás.

Cuando vi que Matías se había marchado y que no habíamos solucionado nada, al contrario, porque él se había marchado enfadado, no pude evitar echarme a llorar. Lloré con sollozos, sonoramente, sin importarme que los clientes del bar se me quedasen mirando sorprendidos. La señora Lin se acercó a mí, se sentó a mi lado y me abrazó, en silencio, no preguntó, ni me dijo nada, tan solo me abrazó. Cuando conseguí tranquilizarme, le di las gracias en un susurro, ella me cogió la cara entre sus ásperas y enrojecidas manos y me dio un beso. Sin decirme ni media palabra,

consiguió hacerme sentir acogida y tranquila, como nadie había hecho hacía mucho.
Cuando salí del bar y subí a casa, me puse el pijama y me metí en la cama. Esa noche me sentí muy sola. Encontrarme con Matías me había removido mucho. Durante todos esos días no había sido consciente de cuánto lo extrañaba. Verlo solo me había recordado lo enamorada que estaba de él y cuánto lo echaba de menos. Cogí el teléfono y miré una y otra vez las fotos en las que aparecíamos los dos. Ansiaba abrazarle y besarle como hacíamos en aquellas imágenes que veía en la pantalla de mi móvil. Sin embargo, no me atreví a llamarle, ni a escribirle. Esa noche no era capaz de hacer nada más que añorarle y dormirme abrazada a su recuerdo.

Capítulo 27

A la mañana siguiente, toda la añoranza que había sentido la noche anterior se había convertido en desesperación y enfado. No entendía por qué Matías, si tantas ganas tenía de hablar conmigo y de solucionar el malentendido que había entre nosotros, se había ido de manera tan precipitada del bar de los Lin. Tal vez yo había dicho algo que le había molestado, aunque la verdad es que no podía dejar de pensar que debería haberse esforzado y haberme contado qué es lo que había entre Ari, Romina y él, y entender mi enfado. Aunque supongo que si huyó de manera tan despavorida sería porque no tenía una explicación suficientemente convincente y que le dejase en buen lugar. Sí, estoy convencida de que por eso huyó de esa manera. Si no tuviera nada que ocultar, se habría quedado y se habría esforzado por contarme su verdad.

No estaba dispuesta a rendirme y a quedarme sin una explicación. Matías me debía una aclaración de lo que yo había visto. Así que le llamé por teléfono y le mandé un montón de mensajes, diciéndole que necesitaba hablar con él, que no me parecía bien la manera en que se había ido la noche anterior. Me debía una explicación. Necesitaba saber qué pasaba con nuestra relación. No estaba dispuesta a quedarme con esa incertidumbre que me desquiciaba.

Capítulo 28

A pesar de mis mensajes, no obtuve ninguna respuesta de Matías. No sé cuántas veces al día miré el móvil de manera desesperada. Ansiaba una respuesta por su parte, una señal, un «quedamos para tomar un café y hablamos», nada, no recibí nada.

Fueron siete días de silencio, de mutismo absoluto, de vivir sin señales de él y sin tener una explicación de lo que había pasado. Supuse que estaría con Ari o con Romina, quizá ellas no le provocaban problemas como yo. Sí, estaba convencida de eso. Si él había elegido y prefería estar con alguna de ellas, o las dos, era su elección. Yo no podía hacer nada más.

El sábado por la noche, el octavo día de silencio absoluto, estaba con el pijama en casa y a punto de irme a dormir. Aunque las chicas del trabajo salían, no estaba de ánimos para ir a bailar, ni a pasármelo bien y mucho menos a conocer a otros chicos. Quería estar una buena temporada sin un hombre en mi vida, ya había tenido suficiente con las dos últimas experiencias como para querer repetir de nuevo.

Así que esa noche, me quedaría en casa, en el sofá con Mini, una manta y una película como toda compañía. Empecé a ver la película, era una comedia romántica un poco pastelosa, pero ideal para no tener que pensar más allá de lo estrictamente necesario. La verdad es que no recuerdo ni cuál era el título.

Cuando me empezaba a quedar dormida, llamaron al timbre. Aturdida miré el reloj. Eran las diez y algo, aunque a mí me parecía que fuera de madrugada. Abrí la puerta sin mirar por la mirilla ni preguntar, y allí estaba él, Matías:

—¿Puedo pasar?

—Claro —le contesté abriendo la puerta y apartándome para dejarle suficiente espacio.

Avanzó hasta el comedor y me esperó a que llegase y me parase

frente a él. Cogió aire y soltó de sopetón:

—Romina es mi hija, tiene ocho años y vive en Argentina; y Ari es mi expareja.

Mi cara de perplejidad fue tal que no supe reaccionar ante su confesión y me quedé callada. Solo era capaz de mirarle.

—¿No dices nada? —Me miraba escrutándome con sus ojos claros.

—Sí, que soy idiota —respondí avergonzada.

—Idiota no, un poco tonta nada más —bromeó guiñándome un ojo.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Pensaba que el hecho de tener una hija te echaría para atrás.

—¿Por qué? Vaya tontería…

Él me respondió encogiéndose de hombros.

—Imagínate todo lo que nos habríamos ahorrado de haberlo sabido.

—Bueno, Julieta, no es tan fácil…

—Ya me imagino, pero no es algo de lo que avergonzarse.

—Lo sé, pero aún no he acabado de explicártelo todo.

—Ay, por Dios —dije tapándome la cara con las manos.

—Hay algo más y es lo que más miedo me da —dijo apesadumbrado mirando hacia el suelo.

—Va, ya que estamos, dímelo, ¿qué más da?

Matías cogió aire y empezó a hablar…

—Recuerdas que te había contado que estuve en Argentina viviendo durante doce años, ¿verdad? —Asentí y él continuó—: Esos doce años fueron una etapa muy alocada de mi vida en la que bebí alcohol, tonteé con las drogas y quise probarlo todo. Todo es todo. —Le miré levantando una ceja para saber qué era ese todo al que se refería—. Conocí a Ari en una de las fiestas locas a las que fui, no sé si era una *rave*, la verdad es que no lo recuerdo, porque supongo que iba tan puesto que tengo muchas lagunas en los recuerdos de aquella época.

—Bueno, la típica historia, ¿no? Chico conoce chica, se enamoran y tienen un bebé, ¿ya está? ¿Eso era tan difícil de explicar? —le dije pasándole la mano por su pelo ondulado.

—No, no es la típica historia, Julieta. Ari es Ariel y no es la sirenita, es un chico —me dijo con cara de circunstancias.

Ante su confesión yo no supe cómo reaccionar, solo podía mirarlo con los ojos muy abiertos.

—Sí, Julieta, me enamoré de un hombre, de un tío. Estuvimos un tiempo juntos, seis años para ser exactos. Con él recuperé una vida normal, dejé los excesos. Nos fuimos a vivir juntos y deseamos ser padres. Por azares del destino, pudimos adoptar a Romina, una niña preciosa que ahora tiene ocho años y que nos tiene el corazón robado. Con Ari las cosas no fueron bien, los problemas económicos o ve a saber qué, pasaron factura a nuestra relación y nos separamos hace cuatro años, un tiempo antes de regresar yo solo a Barcelona. Desde entonces, he vuelto a Argentina para ver a Romina, aunque no tanto como me gustaría, y la niña me echa de menos, por eso él me envió ese mensaje el otro día. Un mensaje que sacado de contexto puede dar lugar a interpretaciones totalmente incorrectas, como fueron las tuyas… —Me miró después de soltar un suspiro y ponerse la mano en el pecho.

Entonces fue cuando cogió su teléfono y empezó a mostrarme fotos de la niña y de Ariel.

—Joder, Matías, nunca lo habría imaginado…

—Lo sé…

—¿Pero te gustan los hombres entonces? —le pregunté con miedo de saber su respuesta.

—Solo he tenido una relación con un hombre, y ese es Ari. Antes y después solo he estado con chicas, pero imagino que sí, soy lo que estás pensando, soy bisexual.

Ante su confesión solo pude abrazarle y besarle como hacía tantos días que ansiaba. Le había echado tanto de menos que volver a estar juntos y con todo solucionado me había liberado el pecho de esa piedra de congoja que no me dejaba respirar. Estábamos juntos y ahora sabía que no había nadie, ni mujer ni hombre, que nos separase.

Capítulo 29

—Perdóname, cariño —le susurré sin parar de darle besos—. Debería haberte preguntado, en lugar de haber formado todo este lío y pasarlo tan mal.

—Perdóname tú a mí por no habértelo contado desde un principio. Es una parte muy importante de mi vida como para habértela ocultado —me contestó devolviéndome mis besos.

—Entiendo que te diese reparo hablarme de tu bisexualidad —le dije tomándole de la mano y arrastrándole hasta el sofá, donde nos sentamos.

—Sí, es algo que muchas personas no entienden y que juzgan de la peor manera.

—Lo sé, pero para mí no es un problema. Yo contigo me siento muy a gusto y tus parejas anteriores me dan igual, incluyendo el sexo del que sean.

—No sabes el peso que me quitas de encima, porque no todas las mujeres opinan como tú.

—Que tengas una hija tampoco me importa. Me encantan los niños y siempre he querido tener mi propia familia, así que entiendo que Ariel y tú también lo desearais.

—Sí, el problema es que luego nos separamos, yo me vine a Barcelona y ellos se quedaron en Buenos Aires.

—¿Por qué te marchaste sin la niña?

—Pues porque allí yo me acababa de quedar sin empleo, la economía estaba muy mal y mi trabajo cayó en picado. Dejé a Romina con todo el dolor de mi alma. Pero aquí me venía sin nada, ni trabajo, ni lugar donde vivir cuando regresé y era muy arriesgado traerme a la niña conmigo. Vine a la aventura, por suerte, me salió bien, pero también me podría haber salido muy mal.

—Ya, imagino que no fue fácil tomar esa decisión.

—No, en absoluto… Además, la familia de Ari tiene dinero y yo

sabía que allí no le faltaría nada a Romina, por eso preferí dejarla con su otro papá.

—¿Cuántas veces has podido ir a verla?

—Dos veces desde que me vine a Barcelona.

—¿Y qué tal con ella?

—Muy bien, es una niña encantadora y muy cariñosa. Además, no hemos perdido el contacto, porque hablamos casi cada día por Skype.

—¿Y cómo es que nunca te vi hablar con ella?

—Porque siempre lo hago desde el trabajo, por la diferencia horaria siempre la llamo cuando allí es por la mañana, antes de irse a la escuela. Le doy los buenos días, le deseo que pase un feliz día y hablamos un ratito.

—¿Me enseñas más fotos de ella?

—Claro —dijo cogiendo su teléfono.

Me mostró imágenes de cuando la adoptaron con poco menos de un año y de sus cumpleaños, en la piscina, de excursión… A Matías se le caía la baba con Romina y era normal, era una niña preciosa.

—Hace unos días ha estado unos días malita con fiebre y catarro y por eso me escribió Ari para decirme que Romina me echaba de menos.

Me tapé los ojos con las manos, me moría de la vergüenza al pensar cómo la había fastidiado.

—No, cariño, no te preocupes, tú no sabías nada de ella —me dijo sentándome sobre sus piernas y besándome.

—Lo siento, mi amor —le dije besándole de nuevo y acariciándole la mandíbula.

Él empezó a acariciarme la espalda y siguió besándome. Me encantaban los besos de Matías, su intensidad, su lengua enredándose con la mía, sus besos suaves, el roce de sus labios sobre la piel de mi cuello.

Me sorprendió al cogerme a horcajadas, ponerse en pie y avanzar hasta mi habitación. Sabía lo que quería y yo no iba a ser quién se lo impidiera. Cuando llegamos a mi habitación me tumbó encima de la cama y él lo hizo sobre mí. Continuó besándome y yo a él. Después se quitó el jersey y se quedó solo con los vaqueros. Estaba muy guapo con el torso desnudo y mirándome con ojos de deseo. Siguió besándome ahora por el abdomen, hasta que llegó a

mis pechos y decidió quitarme también la parte de arriba del pijama.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones —susurró con una media sonrisa que me pareció muy *sexy*.

Siguió besándome los pechos, lamiéndome los pezones y jugando con ellos entre sus dientes, dándome suaves mordiscos que acababan en succión y suaves besos. Sabía que lo que hacía me encantaba y no me daba tregua. Hábilmente me quitó la parte de abajo del pijama junto con las braguitas. En un instante me tenía desnuda y dispuesta para él.

—Te toca a ti —le dije incorporándome y desabrochándole los vaqueros.

Él se dejó hacer y yo conseguí desnudarle. Ansiaba rozar mi cuerpo con el suyo, sin barreras, sin límite.

Desnudos en mi cama, enredamos nuestros cuerpos en una espiral de pasión, aunando nuestras pieles, nuestras lenguas y nuestros sexos. Matías me daba lo que yo necesitaba y a mí me enloquecía darle tanto placer a él.

Perdimos la noción del tiempo en que estuvimos unidos por nuestros sexos, hasta que no lo soportamos más y toda la tensión acumulada acabó explotando, llevándonos a un clímax de placer sin igual. Llegamos al orgasmo mirándonos a los ojos, abrazados y besándonos, en íntima comunión.

Capítulo 30

Después de aquel reencuentro lleno de pasión y de cariño, Matías ya no se marchó de casa. Al día siguiente fuimos a recoger lo que se había llevado al piso de Álex, y nos prometimos que, a partir de entonces, no daríamos por supuestas cosas que no sabíamos sobre el otro. Hablaríamos las cosas con total sinceridad y honestidad. Queríamos ser una pareja capaz de tratar nuestros problemas y llegar a una solución consensuada, sin esconderlos bajo la alfombra, ni quedarnos en su superficie. Éramos adultos y, como tales, queríamos ser capaces de poder hablar de todo y llegar a entendernos cuando no estuviésemos de acuerdo. La verdad es que a mí aquello me sonaba muy bien y era lo que siempre había deseado, ahora solo nos faltaba llevarlo a cabo.

Pasaron las semanas y los meses sin darnos cuenta. La rutina del día a día la compensábamos con nuestras noches y fines de semana de pasión, relax y diversión. Cada vez estaba más convencida de que Matías encajaba a la perfección con el tipo de hombre que siempre había deseado y que ya tenía muy claro que era totalmente diferente a Gonzalo.

Durante aquel tiempo me enteré por Instagram de que Gonzalo y Montse habían tenido una niña y, por lo que aparentaban en las imágenes, parecían muy felices. A mí, a aquellas alturas en las que tenía todo lo que podía desear en una pareja con Matías, poco me importaba lo que hicieran Gonzalo y la que había creído mi amiga. Yo no cambiaría mi vida junto a Matías por nada del mundo, así que esperaba que a ellos les fuera tan bien como nos iba a nosotros.

Había llegado el invierno y en nada llegarían las Navidades. Matías añoraba mucho a Romina en esas fechas, hacía años que no las había pasado junto a su hija y estar otro año más sin la pequeña se le hacía cuesta arriba. Hacía algo más de un año y medio que no veía a la niña y estaba realmente melancólico.

—Julieta, esta mañana llamé a Ari —me dijo muy contento cuando llegó a casa.

—¿Sí? ¿Qué tal están?

—Muy bien, ¿y sabes lo mejor? —añadió con una gran sonrisa —. Que van a venir a pasar las Navidades y que estarán aquí un mes. Aprovecharán que allí es verano para pasar las vacaciones en Barcelona.

Yo me abracé a él compartiendo su alegría. Sabía que la añoranza que sentía por Romina, solo podía curarse estando con la pequeña.

—Ariel y Benja han alquilado un apartamento aquí en Poblenou. Estaremos cerca y así podré pasar más tiempo con Romina.

Benja era la pareja de Ariel. Por lo visto estaban juntos desde poco después de que Matías regresara a Barcelona. Ariel y Benja vivían juntos y Romina se llevaba muy bien con la pareja de su papá.

El 20 de diciembre fuimos a buscarlos al aeropuerto. Por suerte, el avión no se retrasó, porque Matías estaba tan ansioso por ver a su hija que esperar más tiempo del necesario le habría destrozado los nervios. Cuando se abrió la puerta y vimos a la pequeña subida sobre las maletas que Ari empujaba en el carrito, Matías salió a su encuentro y la pequeña saltó desde arriba del equipaje con los brazos abiertos. Matías lloró de la emoción por el reencuentro con Romina. Me acerqué a ellos y mientras que padre e hija seguían abrazados, di dos besos a Ariel, que desde la última vez que lo había visto en foto se había dejado crecer la barba y estaba mucho más moreno. Me presentó a Benja, un chico mucho más bajo que él y delgado, imberbe y con un aspecto aniñado.

Cuando acabamos de saludarnos, Matías se giró con la pequeña en brazos y se acercó hasta mí para que pudiera darle dos besos. Romina saltó a mis brazos sonriente y empezó a contarme emocionada cómo había sido su viaje. Mientras yo hablaba con la niña, Matías abrazó a Ariel y luego a Benja. Estaba feliz de reencontrarse con su pequeña familia y yo me sentía emocionada de formar parte de aquello y de verle tan contento.

Capítulo 31

Esas navidades fueron muy especiales. Vivir las fiestas con una niña de ocho años hizo que todo fuese mágico, emocionante y feliz. No recordaba unas fiestas, que para mí siempre habían sido algo nostálgicas, tan emocionantes.

Desde niña, las Navidades siempre me habían resultado tristes. No recordaba unas junto a mi madre, que nos abandonó cuando yo tenía cuatro años. Además, en los últimos años, desde que mi abuela y mi padre murieron, las fiestas habían dejado de ser felices para mí, solo eran días de recuerdos y grandes ausencias. En cambio, ese año con Romina y Matías a mi lado, todo fue distinto. Conseguí vivir esos días con felicidad, aunque la ausencia de mi padre y de mi abuela continuaban dentro de mí, pero poder compartirlos con Matías y con su hija me hicieron ver que yo también podía ser feliz de nuevo.

En fin de año, fuimos a tomar las uvas con los amigos y compañeros de trabajo de Matías. Habían organizado una gran fiesta en una casa que tenía uno de ellos cerca de la playa. La verdad es que hacía frío y no invitaba a salir a la terraza, pero la vista del mar en aquella noche de luna llena no tenía igual.

Comimos las uvas entre risas y, cuando acabamos, brindamos con cava por el año nuevo que acababa de comenzar y por toda la felicidad que, estábamos seguros, nos esperaba. La pequeña Romina estaba entusiasmada jugando con los otros niños que había en la fiesta y con los dos perros de la casa. Matías la miraba jugar sonriente, feliz de verla tan contenta.

—¿Brindamos? —me dijo acercándose a mí con dos copas llenas de cava.

—¿Me quieres emborrachar? —bromeé.

—En absoluto, quiero que estés bien sobria para lo que te voy a decir —me susurró al oído cogiéndome de la mano y sacándome

hasta la terraza desde donde se veía el mar.

—¡Qué frío! —susurré sin poder evitarlo.

—Ven, déjame que te abrace —añadió rodeándome con los brazos y mirándome a los ojos.

—Entre el mar y la luna de fondo y estas vistas…

—Shhhh. —Me calló dándome un beso—. Julieta, me haces muy feliz.

—Y tú a mí, cariño —le respondí dándole un beso en los labios.

—Soy tan feliz que quiero estar contigo para siempre, con esta sensación que me invade por dentro, que hace latir mi corazón fuerte y me pone esta sonrisa de tonto enamorado siempre que te tengo cerca.

—Te quiero, cariño —le dije emocionada por lo que me decía.

—Y yo a ti —me dijo mientras no dejaba de besarme.

Estuvimos besándonos y abrazándonos un buen rato, hasta que él me propuso hacer otro brindis.

—Brindemos.

—¿Por?

—Por ti y por mí.

—Por nosotros.

—Porque estemos juntos…

—Siempre.

—Porque me gustaría saber…

—¿El qué?

—Si te quieres casar conmigo —me preguntó besándome.

—Por supuesto, mi amor —le respondí devolviéndole su beso.

Unos días antes de que Romina y Ariel regresaran a Buenos Aires, nos casamos en aquella misma playa que había dado la bienvenida al año nuevo con nosotros. A pesar de que era invierno, fue un día soleado más propio del mes de abril que de principios de enero. Ariel y Mónica fueron los testigos de nuestra boda y Romina nos llevó los anillos.

La verdad es que no fueron muchos los invitados a nuestra boda, apenas un puñado, pero todos eran amigos de verdad, personas que ocupaban un lugar especial en nuestro corazón. Por supuesto, la familia Lin no faltó en ese grupo de elegidos que nos acompañó, porque, sin duda, ya eran parte de mí y, ahora, de nosotros.

Un año después…

—¡Qué bonito que os ha quedado el piso, tía! —me decía Mónica cada vez que venía por casa.

En los últimos meses habíamos hecho obras y ahora teníamos una cocina y un baño nuevos, suelo de tarima y muebles nuevos para nuestra habitación y el comedor. Las otras dos habitaciones continuaban como estaban hacía un año, no sabíamos aún lo que queríamos hacer en ellas y por eso habíamos decidido dejarlas como estaban.

—Sí, a mí me encanta la cocina, pero al baño le estoy cogiendo una tirria…

—¿Y eso? —preguntó Mónica sorprendida—. Si es precioso. Me encanta cómo os ha quedado la ducha. Un día tengo que venir a probar la alcachofa esa del techo, tiene que ser un gustazo notar cómo cae el agua desde arriba.

—Jo, es que llevo unos días con el estómago revuelto y cada mañana vomito, y tengo la taza del wáter aborrecida.

Mónica empezó a reír sin parar.

—¿De qué te ríes? —La miré con cara extrañada y sorprendida de que mi amiga se riera de mi dolor de estómago.

—Pues que tú no tienes dolor de estómago. —Siguió riendo.

—Lo sabré yo —dije con cara de fastidio.

—Tú lo que tienes es un embarazo como la copa de un pino —dijo sin parar de reír.

—¡Hala, Moni! ¿Qué dices?

—Pues que tienes toda la pinta de estar embarazada, mira qué tetas se te han puesto, tía —dijo mirando mi escote.

—Anda, anda…

—¿Qué no? Vamos a comprar una prueba de embarazo y mañana por la mañana cuando te levantes te lo haces, a ver quién tiene razón.

—Estás loca, pero, vamos, que ya te digo que no puede ser —le respondí con un pellizco en el estómago por si mi amiga estaba en lo cierto, y pensando en todas las veces en que Matías y yo lo habíamos hecho sin protección.

—Como estés embarazada, me pido ser la madrina. —Rio.

—¡Hecho! —respondí con una risa nerviosa.

Al día siguiente, después de pasar toda la noche intranquila por si Mónica estaba en lo cierto, me levanté muy pronto, no eran ni las siete de la mañana de aquel domingo de principios de diciembre. Desperté a Matías, porque él me había dicho la noche anterior que quería estar conmigo cuando hiciera la prueba, y medio muerto de sueño se levantó y esperó mientras hacía el test.

Estuvimos abrazados durante los tres minutos que decían las instrucciones que eran necesarios para ver el resultado. Salimos del baño, porque no queríamos estar pendientes de la respuesta que nos daba hasta que pasara el tiempo indicado. Cuando pasaron los tres minutos, entramos al lavabo cogidos de la mano y con los ojos cerrados.

Cuando estábamos delante de la pila del baño, donde descansaba la prueba de embarazo, abrimos los ojos a la vez y comprobamos sorprendidos cómo aquellas dos rayas de color rosa nos confirmaban que íbamos a ser padres. Mis vómitos matutinos no eran una gastroenteritis pasajera, como yo creía, sino un pequeño bebé hecho de Matías y de mí que se estaba formando detrás de mi ombligo.

Lloramos abrazados y nos besamos incrédulos de que íbamos a ser padres. Aunque era una noticia que no esperábamos, el solo hecho de imaginarnos con un bebé nuestro entre los brazos, nos hacía la pareja más feliz del mundo.

Íbamos a ser uno más en nuestra pequeña familia, un ser producto de nuestro amor que venía a unirnos para siempre.

INMA BRETONES MARTÍNEZ nació en Barcelona, ciudad en la que reside junto a sus dos hijas, sus dos gatos y sus dos chihuahuas. Es licenciada en Historia por la Universitat Autònoma de Barcelona y ejerce como profesora de secundaria. También es bloguera y escritora de novela contemporánea.

En 2019, publicó sus primeras novelas, *Olvídate de mí* y *Quédate*; y en 2020, *La cautiva*, su tercera novela. Junto a otras escritoras también ha publicado *Vamos a contar mentiras*, un libro de relatos solidario, y *Lacras*, un libro de relatos sobre la cara menos bonita de nuestra sociedad.